

CÓMO TRATÓ JESÚS A LA GENTE

Autor: Morris Venden

Año: 1986

jesusyyo.com

CÓMO TRATÓ JESÚS A LA GENTE.....	1
Introducción.....	4
Capítulo 1: Cómo Trató Jesús a los Cambistas del Templo	7
Capítulo 2: Cómo Trató Jesús a los Caídos.....	19
Capítulo 3: Cómo Trató Jesús a los Temerosos.....	35
Capítulo 4: Cómo Trató Jesús a los Parias	48
Capítulo 5: Cómo Trató Jesús a los de Corazón Quebrantado	61
Capítulo 6: Cómo Trató Jesús a los Pecadores.....	73
Capítulo 7: Cómo Trató Jesús a los Endemoniados ..	85
Capítulo 8: Cómo Trató Jesús a los Pobres	97
Capítulo 9: Cómo Trató Jesús a los Publicanos y Recaudadores de Impuestos	107
Capítulo 10: Cómo Trató Jesús a los Forasteros	117
Capítulo 11: Cómo Trató Jesús a las Mujeres.....	128
Capítulo 12: Cómo Trató Jesús a los Desesperanzados	139
.....	
Capítulo 13: Cómo Trató Jesús a sus Discípulos	150
Capítulo 14: Cómo Trató Jesús a sus Vecinos	161

Capítulo 15: Cómo Trató Jesús a los Dirigentes Religiosos.....	171
Capítulo 16: Cómo Trató Jesús a la Gente Común ..	183
Capítulo 17: Cómo Trató Jesús a los Mundanos.....	194
Capítulo 18: Cómo Trataron a Jesús en el Jardín.....	204
Capítulo 19: Cómo Trató Pedro a Jesús.....	219
Capítulo 20: Cómo Trató Pilato a Jesús.....	233
Capítulo 21: El Camino de la Cruz.....	245

INTRODUCCIÓN

Jesús. Sin duda ya han escuchado hablar de él en alguna ocasión, han leído sobre su persona y cantado acerca de él. Han meditado en las paradojas de su vida: cómo puede ser el Cordero de Dios y a la vez el León de la tribu de Judá. Es tanto Abogado como Juez. Es simultáneamente Hombre y Dios. Sus enseñanzas son las más sencillas, pero las más profundas de todos los tiempos.

Los niños más pequeños acudían a él sin temor. Sin embargo, cuando vino a esta tierra, los imperios del mundo y el reino de las tinieblas temblaron de miedo. El culpable de pecado encuentra aceptación y paz en su presencia, mientras que los que confían en su propia justicia se sienten incómodos. Vino a este mundo por primera vez envuelto en el manto de la pobreza y la ignominia, pero regresará con poder y gloria indescriptibles, para reinar como Rey de reyes para siempre jamás.

Ningún libro podrá pintar un cuadro completo de él. Todos los libros que se han escrito acerca de su persona jamás podrán describirlo cabalmente, puesto que las posibilidades de hallar nuevas dimensiones de su vida y carácter son tan infinitas como la misma eternidad.

Este libro ofrece otra perspectiva de la vida de Jesús, una que mantiene un énfasis específico en mente: cómo trató Jesús a las personas. Comienza al inicio de su ministerio, donde los evangelistas ofrecen descripciones detalladas de su interacción con toda clase de personas y grupos.

Dentro de este marco visualizamos nuevamente las paradojas de su vida. La gente común escuchaba contenta sus enseñanzas, pero los sacerdotes y dirigentes, aunque creían y temblaban, lo rechazaron hasta el final. Daba la bienvenida a los pecadores, a las ramera y los ladrones. Trataba a los grupos minoritarios de sus días con dignidad. Tenía compasión de los temerosos, los humildes y los sufrientes, sin embargo, reprendía a los orgullosos y los engreídos.

Y el resultado de su misión de salvación fue tal, que ninguno de aquellos cuyas vidas él tocó, permaneció igual. Cada una de las personas con las cuales entró en contacto tuvo que tomar la decisión de aceptarlo o rechazarlo cuando reconocieron su identidad. Ubíquese usted mismo en el cuadro mientras seguimos estas escenas de la vida de Jesús. Visualícelo, y extiéndale sus brazos hoy y permítale derrumbar las barreras de su vida. Jesús ama a cada

individuo, y tiene un lugar para usted en su corazón. Deseamos sinceramente que llegue a conocerlo y a confiar en él cada vez más. En estas páginas lo invitamos a meditar sobre la forma en que Jesús trató a las personas.

CAPÍTULO 1: CÓMO TRATÓ JESÚS A LOS CAMBISTAS DEL TEMPLO

Después de su ungimiento como el Mesías en el Jordán, Jesús asistió a una boda en Caná, con sus primeros discípulos. Aquella boda era un asunto familiar, ya que los involucrados eran parientes del Señor. Allí Jesús realizó su primer milagro, convirtiendo el agua en vino en respuesta a la fe de su madre, quien le presentó la necesidad del momento.

Inmediatamente después, viajó a Jerusalén para realizar su primer acto público: la purificación del templo. Esta acción llamó la atención general a su misión.

Registrado en Juan 2, el episodio presenta una perspectiva sumamente interesante acerca de la manera en que Jesús trataba a las personas. Nótese que el capítulo comienza con el relato de la boda de Caná, seguido de la purificación del templo y luego, Juan 3 relata la entrevista que sostuvo con Nicodemo. La secuencia es tremendamente significativa.

«Después de esto [es decir, la boda de Caná] descendieron a Capernaúm, él, su madre, sus hermanos y

sus discípulos; y estuvieron allí no muchos días. Estaba cerca la pascua de los judíos; y subió Jesús a Jerusalén» (Juan 2:12-13).

El viaje a Jerusalén, Jesús lo realizó entre un grupo grande de personas. Jesús era tan poco conocido en este momento que podía mezclarse con los viajeros que se dirigían a Jerusalén y simplemente pasar desapercibido. Sin embargo, antes de mucho esto sería imposible. La escena nos muestra a Jesús yendo de Capernaúm a Jerusalén. Lo hacía como cualquier otro viajero, conversando con personas que hablaban acerca del Mesías que pronto vendría.

«Y (Jesús] halló en el templo a los que vendían bueyes, ovejas y palomas, y a los cambistas allí sentados. Y haciendo un azote de cuerdas echó fuera del templo a todos, y las ovejas y los bueyes; y esparció las monedas de los cambistas, y volcó las mesas; y dijo a los que vendían palomas: Quitad de aquí esto, y no hagáis de la casa de mi Padre casa de mercado. Entonces se acordaron sus discípulos que está escrito: El celo de tu casa me consume» (Juan 2:14-17).

¿Qué es un mercado? Un mercado es un lugar de compra y venta. Un mercado es un lugar donde uno

obtiene algo por lo cual ha trabajado. Un mercado es un lugar donde uno puede obtener ganancias. Un mercado no es un lugar apropiado para tener una iglesia, puesto que una iglesia es un almacén de regalos. Jesús quiere que su iglesia se constituya en un almacén de regalos, no la clase de almacén donde uno compra regalos, sino donde uno los recibe. Dios no quiere que su iglesia sea un mercado. Fue por esta razón que, durante el primer día de su ministerio público, Jesús hizo algo tan asombroso que antes de terminarlo, ya había algunos que querían darle muerte.

Al considerar lo que él hizo aquel día, notemos los diferentes grupos de personas con quienes se relacionó. Estaban los mercaderes, que vendían corderos, vacas y palomas. Estaban los cambistas, que ayudaban a las personas a comprar y vender. Y luego estaban los dirigentes religiosos, quienes servían a Dios por intereses personales.

En los días de Jesús, el puesto de sumo sacerdote se vendía en un millón de dólares. Esto, definitivamente, no era la intención de Dios. Si el puesto tenía el precio de un millón de dólares, el que lo compraba, frecuentemente se endeudaba hasta el cuello y se veía en la necesidad de

recuperar su inversión. Por lo tanto, se ponía de acuerdo con los cambistas, los compradores y los vendedores. Él obtendría un porcentaje de las ventas y de esta manera podría pagar la deuda en la que había incurrido para llegar a ser sumo sacerdote. Estas cosas sucedían en los días de Jesús; así de corrupta era la religión.

Y luego estaban los discípulos. ¡Cómo los sorprendió Jesús! Hasta el momento habían conocido a un Jesús ecuánime y sumamente discreto. Podrían haberse unido a los niños para cantar: «Oh Jesús, tan dócil y sereno, mira hoy a este humilde ser». Pero aquel día temblaron.

No me digan, entonces, que Jesús era delicado y endeble, como frecuentemente lo pintan los artistas. Cualquiera que haya trabajado en una carpintería sin la ayuda de herramientas de alto poder, cortando tablones de cuatro por cuatro, y todo lo demás que normalmente se hace en un taller de éstos, realmente no puede ser tan débil como se representa a Jesús en los cuadros de los artistas. Al momento de levantar el látigo, lo más probable es que se haya arremangado el manto exponiendo un brazo musculoso. Pero no fue esto lo que más impresionó a las personas. Algo más se hizo palpable aquel día. Destellos de su divinidad se hicieron visibles a través del

manto de su humanidad. Cuando el ruido y la confusión se tornaron repentinamente en silencio sepulcral, y los ojos de un hombre se movían sobre la turba, eran fuerzas superiores las que estaban en movimiento. Los discípulos quedaron sorprendidos al ver lo que sucedía.

Debemos recordar, sin embargo, que Jesús no acostumbraba a gritar cediendo a la ira. Había lágrimas en su voz cuando pronunciaba las palabras de reproche.

Otra categoría de personas que había en el templo aquel día era la multitud de víctimas de los que comerciaban con la religión y de los que servían a Dios por intereses personales. A primera vista, se podría pensar que, al limpiar el templo, Jesús lo hizo primordialmente para ahuyentar a los ladrones. La verdad del asunto es que lo hizo para lograr que los pobres, los enfermos, los paralíticos y los desanimados pudieran entrar. Lo hizo para beneficiar al gentío que había en el lugar.

Se les había vendido una lista de bienes. Tenían la idea de que uno debía trabajar arduamente para llegar al cielo; la idea de que uno debe comprar corderos y palomas, cuando en realidad tanto el Cordero como la Paloma son totalmente gratis.

En la multitud había gente sumamente pobre, sin los medios suficientes para comprar un cordero. Se les iba el sueño por las noches, contemplando el techo de sus habitaciones, pensando si algún día lograrían alcanzar el reino eterno. Si la religión fuese algo que se puede adquirir con dinero, los ricos vivirían y los pobres perecerían.

Luego estaba el grupo de personas pudientes que tenían suficientes recursos, los ricos manipuladores que hacían todo lo posible por ejercer su influencia en el templo. Ellos dormían bien por las noches porque se sentían seguros. Pero la suya era una seguridad falsa, basada en lo que ellos mismos hacían para ganarse el favor de Dios. Y de alguna forma, tarde o temprano, Dios debía despertarlos de su gran engaño.

Jesús deseaba reeducar a la gente que llegaba a Jerusalén sólo para las fiestas, y luego regresaban a sus lugares de origen. Anhelaba alcanzar tanto a los que no tenían ninguna seguridad como a aquellos que poseían una seguridad falsa. Así que, expulsó a los ladrones.

De acuerdo con lo registrado en Mateo, él les dijo: No conviertan la casa de mi Padre en un mercado; no la conviertan en una cueva de ladrones. Léase el relato textualmente en Mateo 21:13. No sólo robaban dinero, sino

que le robaban la gloria a Dios, y también la paz a la gente y la seguridad a los menos capaces. Por eso Jesús los sacó.

Nótese, sin embargo, que la gran multitud se metió en el templo en vez de huir junto con los cambistas, sacerdotes y rabinos. El bullicio y la confusión del mercado se convirtieron en alabanzas y adoración de parte de los enfermos que recibieron sanidad. Los niños comenzaron a gritar alabanzas a Jesús. En la actualidad cualquiera puede gritar, vitorear y abuchear en el estadio, y todos consideran que es una actitud normal. Pero en muchos lugares, si alguien dice «Amén» en la iglesia, es considerado como una persona rara. Cuando los dirigentes y cambistas que habían huido del templo finalmente se detuvieron, se armaron de valor y regresaron lentamente al templo; entonces escucharon las alabanzas a Dios en vez del bullicio propio del mercado. Esto los perturbó. Se sentían mucho más cómodos con el ruido del mercado que con las alabanzas a Dios.

Pero las buenas nuevas son de que Jesús no odiaba a los ladrones. Jesús no procuraba hacerles daño. Él amaba a los mercaderes, igual que a los cambistas. Amaba a los dirigentes religiosos. Después lo demostraría al asistir a fiestas con ellos. Concurriría a las reuniones de los

cobradores de impuestos (publicanos). Se codearía con los sacerdotes y dirigentes. Jesús sentía lástima por ellos, por su temor e ignorancia. Deseaba poder alcanzarlos con su amor, a la misma vez que atendía las necesidades de la multitud.

Hubo otro evento más aquel día, que generalmente no se incluye en esta historia. En la turba, posiblemente detrás de uno de los pilares, bien protegido por las sombras, había un hombre. Un hombre solitario. Era uno de los dirigentes religiosos, un miembro del Sanedrín. Permaneció allí parado, observando cuanto sucedía en aquel lugar, y quedó impresionado.

Nicodemo vio a los mercaderes salir huyendo; vio a los cambistas hacer lo mismo. Vio las mesas volcadas. Sintió un poder inexplicable que emanaba de la persona de Jesús. Vio fluir las lágrimas de sus ojos; escuchó cómo su voz se quebraba. Escuchó los gritos de «¡Hosana!» Observó cómo sanaba a los enfermos. Lo vio todo desde las sombras de uno de los pilares. Aparentemente no huyó con los demás. Él lo observó todo.

Y dijo para sus adentros, debo entrevistarme con este Hombre. Hay algo aquí que el razonamiento humano no puede explicar. Y en Juan 3 vemos que Nicodemo acude a

Jesús, como consecuencia directa de haber limpiado el templo. Nicodemo vino por su propia voluntad para escuchar acerca del don de salvación. Pero ahora nos enfrentamos a un enigma, a un problema.

Jesús desea que el templo se convierta en un establecimiento de regalos. No quiere que sea un mercado. Sin embargo, el último libro de la Biblia habla acerca de comprar oro refinado en fuego, un manto blanco y colirio para los ojos. El mismo Jesús, en algunas parábolas, dice que debemos comprar porque ya hemos vendido todo lo que teníamos para obtener la perla de gran precio; debemos venderlo todo para obtener el tesoro que está escondido en el campo. ¿De qué está hablando?

Bueno, una cosa de la que sabemos que no está hablando es del oro y de la plata. En el cielo el oro carece de valor. ¡Es el material que se usa para recubrir los caminos! La moneda del cielo consiste en vender todo lo que nosotros somos o creemos ser, todo lo que tenemos o creemos tener. Consiste en darnos cuenta de nuestra insignificancia y estar dispuestos a dejar de depender de nosotros mismos. Es venir a Jesús y aceptar sus dones. Así funciona la moneda.

Cuando Jesús nos dice que vendamos todo y compremos el campo, lo que realmente nos está diciendo es: «Ríndete completamente, abandona la idea de que lo puedes ganar con tus propias fuerzas. Si eres un hombre poderoso -agrega- ya no dependas de tu poder. Si eres rico, no confíes en tus riquezas. Si eres inteligente o talentoso o apuesto, no dependas de esas ventajas ni confíes en ellas». Al reconocer nuestra incapacidad de producir nuestra propia justicia y al colocarnos completamente bajo su control, comenzamos a usar la moneda del cielo.

Confiar en Dios es probablemente una de las mejores definiciones que podamos hallar para el vocablo que tan frecuentemente se utiliza en los círculos cristianos: rendirse. La confianza involucra dependencia de otra persona y no de uno mismo. Pero rendirse no siempre es fácil. Hay ocasiones en las que hacemos tanto esfuerzo por entregarnos, que nos apegamos más a lo que somos, y a lo que tratamos de vencer. Nos olvidamos de que sólo Jesús puede lograr nuestra entrega. Es un regalo.

La fe es un don de Dios; el amor también lo es. El manto blanco es una dádiva divina igual que el arrepentimiento. La obediencia es un obsequio de Dios y

la victoria también. La paloma del Espíritu Santo es un don que trae consigo todos los demás dones de Dios. El Cordero es un don, es el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo. La sumisión también es un don. Hay otra realidad que debemos notar en esta historia. Cuando hablamos del Espíritu Santo, cuando hablamos de la obra que Dios lleva a cabo en nuestros corazones, se nos recuerda la gran verdad que fue enseñada con la purificación del templo. Jesús anunció allí cuál sería su misión como Mesías al iniciar su obra terrenal. No sería sólo salvar a las personas para siempre, sino cumplir el propósito de que cada ser creado llegara a ser un templo y morada del Creador.

Por causa del pecado, la humanidad dejó de ser un templo para Dios. Contaminado por la maldad, el corazón del hombre dejó de revelar la gloria de la Divinidad. Los atrios del templo en Jerusalén, llenos de tráfico y profanación, representaban fielmente el templo del corazón, contaminado por la presencia de pasiones sensuales y pensamientos impuros. Al purificar el templo de los compradores y vendedores del mundo, Jesús anunció su misión de limpiar el corazón de las impurezas del pecado, de los deseos mundanales, de pasiones

egoístas desenfrenadas, de los hábitos malignos que corrompen el alma.

¿Ya se dio cuenta de que nadie puede deshacerse de la hueste maligna que se posesiona del corazón? ¿Ya se dio cuenta de que sólo Jesús puede limpiar el templo del alma? Pero él jamás entrará a la fuerza. No entra en el corazón como lo hizo en el templo de antaño. En vez de eso, él nos dice: «He aquí yo estoy a la puerta y llamo» (Apoc. 3:20).

Él le invita a que lo acepte no sólo como el Cordero de Dios, sino también como el Sumo Sacerdote de los cielos, quien siente nuestras penas y dolencias, y quien fue tentado en todo igual que nosotros. Él le invita a acudir abiertamente al trono de la gracia, donde podrá obtener misericordia y hallar gracia que le ayudará en el tiempo de necesidad. (Véase Hebreos 4:15-16.) Todo el poder del cielo y la tierra reside en la persona de Jesucristo. Sin él, nadie tendría esperanzas de triunfar; pero con él, el fracaso es imposible.

¡Todos aclamen el poderoso nombre de Jesús!
¡Ángeles, postrados adorad! -Edward Perronet

CAPÍTULO 2: CÓMO TRATÓ JESÚS A LOS CAÍDOS

En la pequeña aldea de Betania, a unos cinco kilómetros de Jerusalén, vivían dos hermanas, María y Marta, y su hermano Lázaro. Aparentemente Lázaro era quien traía el sustento al hogar. Papá y mamá ya no estaban, así que María, Marta y Lázaro vivían juntos en aquel pueblecito.

Uno puede imaginar a Lázaro yendo y viniendo al trabajo todos los días con su bolsa de almuerzo en la mano. Al regresar cansado a su hogar, se entera de las noticias y se acuesta a dormir, sólo para iniciar nuevamente la rutina al día siguiente.

¡Marta era una persona que siempre estaba ocupada! Podía dirigir un convite en la congregación, una fiesta de bodas o un día de campo de la iglesia. Nunca se mostraba más contenta que al estar en la cocina, probando una receta nueva. Marta era una persona buena. Nunca hacía cosas malas. Es posible que lo más malo que hubiera hecho fuera comerse las uñas cuando su procesadora de alimentos no le funcionaba. Era una persona religiosa. Era

difícil no serlo en esa época y en ese lugar. Cada sábado por la mañana transitaba por la gastada vereda de su casa a la sinagoga.

María, por otro lado, se interesaba más en el mundo social. Cada vez que se organizaba un día de campo de la iglesia, se la invitaba para dar la bienvenida y hacer que las personas se sintieran cómodas. Era una persona atractiva, tal vez hasta hermosa.

Pero María llevaba una carga secreta de culpa y miseria en su alma, que nadie sospechaba. Tenía que ver con su tío Simón: Simón el Fariseo.

Los fariseos eran personas muy respetadas en sus días. A cualquiera que se le preguntaba: «¿Quién es su hijo?», respondía orgullosamente: «Mi hijo es fariseo».

Por eso, Simón era un pilar en Betania. Era un dirigente de iglesia. Era respetado en la comunidad. Los vecinos apreciaban su relación con la familia de María, Marta y Lázaro. Como su pariente más cercano, se esperaba que él cuidara de sus familiares. Pero en cierta ocasión, Simón comenzó a mirar demasiado a María, y aprovechándose de su posición, pronto la indujo a ceder a sus demandas.

Aparentemente nadie sabía lo que sucedía. Simón siguió siendo dirigente de la sinagoga. María siguió sonriendo, conversando y complaciendo a las personas. Pero la carga de culpa que llevaba era muy pesada para ella.

En algunas ocasiones trató de razonar con su tío, trató de liberarse de su dominio. Pero en aquella época no se le hacía demasiado caso a las mujeres y sería la palabra de ella contra la de él. Él la amenazó con exponerla públicamente y aun con la muerte. La culpó de haber provocado todo el problema, y María finalmente desechó la idea de verse liberada de su poder.

Como suele suceder cuando una persona religiosa se involucra en un pecado secreto, María empezó a tratar de autoinfligirse castigos. Los corderos y la sangre, los sacrificios matutinos y vespertinos, todo le recordaba que alguien tenía que pagar. Y cuando uno trata de pagar el precio por su propio pecado y trata de castigarse a sí mismo, uno de los mejores métodos es cometer el mismo pecado una y otra vez. Con esto, la persona logra sentirse peor. Y hacer que uno se sienta peor es una buena forma de autocastigarse. Si la persona se sigue castigando a sí misma, comete el mismo pecado una y otra vez hasta que

queda sólo una cosa por hacer: saltar de un puente alto en algún lugar como la máxima expresión de autocastigo.

Así que María comenzó a castigarse a sí misma, y como resultado, se dio a conocer en el poblado como una mujer de vida fácil. Las mamás comenzaron a hablar de ella.

- ¿Ya escucharon acerca de María?

-Tengan cuidado con María. Asegúrense de que sus jóvenes no se junten con ella.

Las habladurías aumentaron hasta que un día la situación se puso tan mal para María, que decidió salir de Betania. Recogió sus pertenencias y se trasladó de la montaña con siete colinas, a una aldea cerca del mar llamada Magdala. Después fue más conocida como María de Magdala o María Magdalena.

La visualizo como a una persona que llegó a Magdala para iniciar una nueva vida. Comienza a buscar trabajo. Pregunta en la lencería, pero no necesitan ayuda en ese lugar. Solicita trabajo en el almacén de abarrotes cercano, pero tampoco hay lugar para ella. Tal vez hasta solicitó la ocupación de cocinera, esperando que lo poco que había

aprendido de Marta le sirviera para su nuevo empleo. Pero allí tampoco necesitaban ayudantes.

Después de caminar por las calles de Magdala en busca de trabajo y con una creciente sensación de hambre, un día María cedió a la tentación de ganar un poco de dinero fácil. ¿Por qué no?, pensó. Después de todo, ya estás metida en este lío. Al cabo que hay más corderos en el rebaño de donde salieron los anteriores. María logró encontrar hombres dispuestos a pagar el precio. Y aunque parezca extraño, encontró cierto nivel de aceptación. Pero el peso de su culpa se tornó aún más insoportable. Se le hacía más y más difícil olvidar aquellos días felices en Betania, antes de la muerte de sus padres, antes de su caída con Simón, días cuando todavía vivía en paz.

En cierta ocasión llegó un predicador ambulante a la aldea de Magdala. No fue a predicar a la sinagoga. No hubiera habido lugar para tanta gente. Hablaba con la multitud allí mismo al aire libre. Decía cosas como: «Venid a mí todos los que estáis trabajados y cargados, y yo os haré descansar» (Mateo 11:28). «Al que a mí viene, no le echo fuera» (Juan 6:37). «No he venido a llamar a justos, sino a pecadores, al arrepentimiento» (Mateo 9:13).

María permaneció un tanto distanciada de la multitud, escuchando atentamente. Nunca había oído cosas como éstas. Al oír estas palabras, sintió un calor extraño en el corazón. Esperó a que todos se fueran, entonces se acercó a él para derramarle su corazón y su tremenda necesidad de ayuda.

Este predicador itinerante se postró de rodillas y oró por ella ante su Padre, para que le brindara toda la ayuda que necesitaba. María aceptó al nuevo Maestro. El diablo fue reprendido. Y María se convirtió instantáneamente.

¡Qué historia más maravillosa!

Me gustaría decir que la historia terminó allí y que María vivió feliz desde ese momento en adelante. Sin embargo, no fue así, porque el predicador salió del pueblo, pero María permaneció en él. Tal vez debió haber buscado otro lugar donde vivir. Allí en Magdala vivían las mismas personas, los mismos amigos, las mismas voces en el mercado que la llamarían por su nombre. A medida que transcurría el tiempo, María descubrió que, aunque ella aceptó la paz que este Predicador le había ofrecido, la atracción hacia las cosas de este mundo todavía era demasiado fuerte; y María cayó nuevamente.

En esta historia tenemos uno de los ejemplos más hermosos de cómo trató Jesús a los caídos.

Jesús regresó al pueblo. Una vez más lo rodeó la multitud y lo escucharon. María nuevamente se ubicó a cierta distancia de los demás y se preguntaba si todavía podría ser verdad. Sí. Jesús seguía diciendo: «Al que a mí viene, no le echo fuera». Todavía era verdad.

Ella se le acercó y descubrió que la seguía aceptando. Nuevamente le derramó su corazón y sus necesidades con lágrimas en los ojos. Una vez más él cayó de rodillas y clamó a su Padre por ella. Y de nuevo Jesús se fue del pueblo, pero María no.

Me gustaría decir que este fue el fin de la historia. Pero María volvió a caer, y volvió a caer, y volvió a caer. Pero cada vez que Jesús llegaba al pueblo, ella estaba entre la multitud. Siempre se sentía atraída hacia Aquel que decía: «Al que a mí viene, no le echo fuera».

Luego, un día María recibió una invitación para ir a Jerusalén. Es posible que el mensajero le ofreciera una suma grande de dinero por sus servicios. Tal vez se le dijo que se le tramitaría su boda. Es posible que se le dijera que la necesitaban en casa, o que su tío Simón la mandaba a llamar. Cualquiera que fuera el método, a María se le

tendió una trampa. Y lo que tanto había temido, que su pecado produjera un escándalo, se hizo realidad.

La puerta del departamento que le habían ofrecido se abrió de par en par. Voces estridentes la declaraban pecadora y que merecía morir. Manos rudas la tomaron ásperamente y fue arrastrada a la calle. María apretó los ojos y deseó morir.

La arrastraron entre la multitud y la arrojaron a los pies de Jesús. Gritos de condenación llenaban el aire mientras María yacía humillada en el suelo temblando, esperando los golpes de las piedras que terminarían con su vida. Seguramente había llenado su copa de iniquidad, y ya ni Jesús podría ayudarla.

Mientras esperaba allí, avergonzada y temerosa, los gritos de la turba se fueron acallando poco a poco. María esperaba sentir en cualquier momento el primer impacto. Pero, para su sorpresa, escuchó una voz tierna que le preguntaba, «Mujer, ¿dónde están los que te acusaban? ¿Ninguno te ha condenado?»

María finalmente levantó la cabeza. Todos sus acusadores habían desaparecido. Increíblemente escuchó las palabras de Jesús que le decían: «Ni yo te condeno; vete, y no peques más». Una vez más María se postró a los

pies de Jesús, implorando su perdón y pidiendo su poder (véase Juan 8). Y aquel día María aprendió algo que no había aprendido en las ocasiones anteriores y que es tiempo que aprendamos nosotros también.

María aprendió que era posible encontrar a Jesús a través de su Palabra, de orar a Jesús dondequiera que ella estuviese. Aprendió que era posible permanecer a los pies de Jesús aun cuando él no estuviera en el pueblo ... Y usted, ¿ya descubrió esta misma realidad? Es difícil pecar cuando uno está a los pies de Jesús. Hay poder en su presencia.

Y aunque Jesús continuara su camino, María estaba dispuesta a seguir a sus pies, en busca de su presencia constante. Luego, a María se le ocurrió una idea muy brillante. ¿Por qué no regresar a casa, a Betania con Lázaro y Marta? Ni bien se le ocurrió la idea, sintió que la sangre le corría más rápidamente por las venas. Seguramente el poder de Jesús sería suficiente para tratar hasta con su tío Simón. Así que empacó sus cosas y se dirigió a Betania.

Al acercarse al pueblo, comenzó a escuchar una llamada de advertencia muy triste, pero frecuente en aquellos días. Mientras más se acercaba, más claramente oía la voz. Era un leproso que estaba fuera de los muros de Betania.

El sonido era muy común. En esa región la lepra era vista como una marca del dedo de Dios. Se la consideraba un juicio; en realidad, cualquier enfermedad era un juicio de Dios, consecuencia directa de una vida pecaminosa. Pero la lepra era la peor de todas. No importaba si la persona era el presidente municipal de la ciudad, un dirigente de la sinagoga o un fariseo. Cuando uno se enfermaba de lepra, se lo declaraba inmundo. Debía abandonar rápidamente el pueblo. La persona normalmente se sentaba junto al camino y debía anunciar su calamidad con el grito de «¡Inmundo, inmundo!», rogándole a alguien que le arrojase un poco de comida. Así que cuando María se acercó al poblado, casi pasó por alto este grito tan común, hasta que de repente reconoció algo muy familiar en la voz que anunciaba «Inmundo». Era su tío Simón, el mismo que años antes la había inducido a una vida de pecado. Cuando yo escuché eso, me dije a mí mismo: ¡Qué bueno! ¡Simón se merecía eso y más! ¡Que se pudra allí al lado del camino! ¡Imaginen mi forma de pensar!

María se cubrió el rostro con su rebozo y siguió su camino hacia Betania, tratando de aceptar el hecho de que ya no tenía nada que temer de Simón el Fariseo.

Estaba muy ansiosa de ver nuevamente a Marta y Lázaro. Subió corriendo los escalones de la casa y atravesó el umbral de la puerta. Qué reunión más conmovedora, donde fluyeron lágrimas de alegría porque la familia estaría nuevamente junta. Pero, empezó a correr la voz:

-Ya regresó María. Cuídense de ella. ¿Ya supieron lo que sucedió en Jerusalén?

-Dicen que cambió.

-Bueno, su cambio no durará mucho tiempo. He oído que ya había cambiado en el pasado, pero jamás fue un cambio duradero. Lo único que les puedo decir es que no la pierdan de vista, ya verán. Así hablaba la gente en esos días.

Fue muy difícil para María vivir en medio de los chismes y habladurías, pero se quedó, con la determinación de compartir con alguien las noticias acerca del Amigo que había encontrado, el Amigo que siempre mostró amor y aceptación hacia ella, el Amigo que no la condenaba, pero que le dio el poder para no pecar más. Ella quería que otros hallaran a ese Amigo a cuyos pies le encantaba sentarse. Esperaba ansiosa el momento cuando éste visitara Betania.

Y así sucedió. En cierta ocasión Jesús subió la montaña para visitar a Betania con sus doce compañeros. Al acercarse al pueblo, escuchó el mismo sonido triste que había oído María: «¡Inmundo, inmundo!»

Parece casi imposible de comprender. Pero a Jesús se le dificultaba pasar de largo cuando se topaba con los leprosos, a pesar de que nueve décimas de los sanados jamás se molestaran en agradecerle.

Así que Jesús se detuvo ante el clamor de Simón el leproso. Tocó lo intocable y le devolvió la salud. No insistió en que lo aceptara como su Salvador personal. Simplemente lo limpió.

Antes, yo pensaba que las únicas personas que podían recibir sanidad eran las que estaban listas para ser trasladadas al cielo. Pero Jesús sanó a Simón el pecador, el impuro, el que no se había arrepentido, cuando todavía ni siquiera lo había aceptado como Salvador. Jesús sanó a Simón debido a que era Jesús, no por lo que era Simón. ¿Alguna vez se ha preguntado cómo se habrá sentido María cuando escuchó la noticia? Tal vez Jesús le aseguró que el poder que Simón tuvo sobre ella quedaría destruido.

Pero el don de sanidad era algo sumamente difícil de aceptar para un fariseo. Un fariseo está acostumbrado a

ganarse sus propias recompensas. Este regalo de parte de Jesús era demasiado generoso para que Simón lo aceptara pasivamente. Así que después de regresar a Betania y de haber sido restaurado a su posición de liderazgo en la aldea, uno no puede menos que imaginárselo dando vueltas en su cama por la noche, caminando de un lado a otro en su habitación durante el día, tratando de pensar en qué hacer. No había podido ganarse la sanidad ni hacer mérito alguno para merecerla. Pero de repente se le ocurrió una idea: No me la gané de antemano, pero ¿por qué no ganármela después de los hechos? Simón dijo para sus adentros, le pagaré a este hombre por lo que me ha hecho. Daré una fiesta en su honor (véase Mateo 26; Juan 12).

Pensó rápidamente. Marta sería la que le prepararía los alimentos; eso estaría muy bien. Pero a María no la invitaría. Simón se sentía incómodo en presencia de María. ¿Quién puede predecir? Tal vez haya contraído lepra al relacionarse con él; más vale no arriesgarse.

Cuando llegó la noche señalada, María quedó en casa. Le habría encantado estar entre los invitados a la fiesta, aun cuando algunos todavía se portaban un poco indiferentes

cuando ella se les acercaba. Pero lo que realmente le pesaba a María era el hecho de que no podría ver a Jesús.

Había oído decir a Jesús que pronto iría a Jerusalén y que allí sería traicionado y entregado en manos de pecadores y lo matarían. A un costo muy elevado, María había comprado una libra de perfume de nardo puro para ungir a Jesús después de su muerte. Pero no le gusta la idea de regalar flores en un funeral. Deseaba darle su regalo de amor a Jesús ahora, cuando todavía estaba vivo.

De pronto toma el perfume y sale rápidamente por las calles de Betania, haciendo planes mientras apura el paso. Entra por la puerta trasera de la casa y atraviesa la cocina. Marta trata de impedirle la entrada, pero nada puede detenerla.

Se mueve cautelosamente por la habitación apenas iluminada con aquellas pequeñas lámparas de aceite de olivo, hasta el lugar donde está el Señor. Su plan es abrir el frasco de perfume, ungir los pies de Jesús y salir rápidamente. Nadie lo notaría. Pero ella olvida una cosa. Cuando uno abre un frasco de perfume de nardo, el más caro del mercado, éste proclama su presencia. Ahora, todas las miradas de la habitación se dirigen hacia ella. La mirada de Simón, quien ocupa la cabecera de la mesa,

parece arrojarle dagas mortíferas. Allí están Judas y todos los demás apóstoles. Ella derrama el perfume sobre la cabeza y los pies de Jesús. Pero ha olvidado traer una toalla o cualquier cosa para enjugarlo, así que María hace lo que en esos días era imperdonable: sólo una mujer callejera se soltaría el cabello en público. Pero ella no piensa en eso. Deja libre su cabellera y con ella comienza a limpiar los pies de Jesús.

Y Simón, en el extremo de la mesa piensa para sí: Este, si fuera profeta, conocería quién y qué clase de mujer es la que lo toca, que es pecadora.

En ese momento María escucha la voz amigable de Jesús que dice: «Dejadla. Buena obra me ha hecho. Y dondequiera que se predique este evangelio, en todo el mundo, también se contará lo que ésta ha hecho, para memoria de ella».

Luego dirigiendo la mirada a Simón, le dice: «Simón». Al instante comienzan a sudarle las manos a Simón. Jesús continúa: «Tengo algo que decirte». Simón se prepara para lo peor. Espera que le arranquen de golpe la máscara de santidad. Había oído decir que Jesús podía leer los pensamientos de las personas. Se prepara para recibir lo peor.

Pero Jesús le cuenta una pequeña historia acerca de dos deudores, uno de los cuales debía una gran cantidad y otro que sólo debía una cantidad mínima. Ambos deudores fueron exonerados de sus deudas (véase Lucas 7). Nadie comprendió la historia más que Simón, María y Jesús. Simón entendió totalmente el mensaje. ¡Cuán bien lo comprendió!

Simón quedó atónito por el amor y la compasión de un Hombre que podría haberlo expuesto públicamente por lo que realmente era; pero veló su mensaje a través de una parábola, y lo protegió de sus amigos.

El corazón de piedra de Simón fue quebrantado. Comprendió todo lo que Jesús había hecho por él y que jamás podría pagárselo. Allí, en su propia fiesta, Simón aceptó a Jesús como su Maestro, Señor y Salvador. Y Jesús conquistó también a Simón.

¡Qué excelsa historia!

Si Jesús pudo aceptar a María y a Simón, seguramente podrá aceptarnos a usted y a mí hoy, perdonándonos y amándonos hasta el fin.

CAPÍTULO 3: CÓMO TRATÓ JESÚS A LOS TEMEROSOS

¿Ha sentido temor alguna vez? Cuando era pequeño, ¿alguna vez sintió temor al ver los relámpagos o al escuchar los truenos? ¿Alguna vez sintió temor al estar solo en la noche? ¿Alguna vez ha sentido temor de envejecer, de ser sometido a una cirugía, o de perder su empleo? ¿Ha sentido temor al cambio, de hacer nuevas amistades, de perder viejas amistades? ¿Alguna vez ha temido no llegar al cielo o perder la vida eterna?

El temor es tan viejo como el pecado. Lo primero que notamos en Génesis, después que Adán y Eva comieron del fruto prohibido, es que se escondieron. Dios salió en busca de ellos y les dijo:

-Adán, ¿dónde estás?, ¿por qué te escondiste?

-Tuve miedo -respondió Adán.

¿Por qué tuvo temor? Por causa del pecado.

El último libro de la Biblia, el Apocalipsis, desacredita a los temerosos (cobardes). «El que venciere heredará todas las cosas, y yo seré su Dios, y él será mi hijo. Pero los cobardes e incrédulos, los abominables y homicidas, los

fornicarios y hechiceros, los idólatras y todos los mentirosos tendrán su parte en el lago que arde con fuego y azufre, que es la muerte segunda» (Apocalipsis 21:7-8). Qué variedad de compinches acompaña a los temerosos en este pasaje. Se desacredita a los cobardes (temerosos) en la Escritura, porque Dios tiene algo mejor que el temor para su pueblo.

Hay un episodio en la vida de Jesús que nos introduce directamente al tema. Se encuentra en Marcos 4: la historia de la tormenta en el Mar de Galilea. Aquel día, cuando llegó la noche, les dijo a sus discípulos: «Pasemos al otro lado» (Marcos 4:35). Nótese que fue Jesús quien sugirió que fueran al otro lado del lago aquella tarde. No fue idea de los discípulos ni imprudencia de ellos. No fue un asunto de que se metieran en una situación difícil. Emprendieron la travesía bajo la orden e invitación de Jesús.

Jesús dijo: «Pasemos al otro lado. Y despidiendo a la multitud, le tomaron como estaba, en la barca; y había también con él otras barcas. Pero se levantó una gran tempestad de viento, y echaba las olas en la barca, de tal manera que ya se anegaba. Y él estaba en la popa, durmiendo sobre un cabezal; y le despertaron, y le dijeron: Maestro, ¿no tienes cuidado que perecemos?

«Y levantándose, reprendió al viento, y dijo al mar: Calla, enmudece. Y cesó el viento, y se hizo grande bonanza. Y les dijo: ¿Por qué estáis así amedrentados? ¿Cómo no tenéis fe? Entonces temieron con gran temor, y se decían el uno al otro: ¿Quién es éste, que aun el viento y el mar le obedecen?» (Marcos 4:36-41).

Usted quedaría impresionado, también, con una experiencia como ésta. Pero regresemos al relato, tratemos de ubicarnos en aquel marco e imaginémonos cómo sucedieron las cosas.

Había sido un día muy ajetreado. Jesús había contado muchas parábolas. Había sanado a los enfermos. Había dado consuelo a los corazones perturbados. Ahora se sentía cansado. Estaba exhausto y tenía hambre. ¿Dios? Sí. Tenía hambre y estaba cansado; ¡tal vez más cansado que los demás! Así que emprendieron el viaje hacia el otro lado del mar en busca de un lugar apartado para descansar.

Sin previo aviso, como sucede con tanta frecuencia en ese mar, un recio viento sopló desde las lomas de Gadara y convirtió las aguas tranquilas en olas espumosas y amenazantes. Las olas, hechas una furia por los vientos, eran arrojadas sobre la embarcación de los discípulos, amenazando con tragársela. Indefensos en las garras de la

tempestad, desfalleció su ánimo al ver que el bote comenzaba a llenarse de agua.

Absortos en sus esfuerzos por salvarse, habían olvidado que Jesús estaba a bordo. Ahora, al darse cuenta de que todo era en vano y que sólo les esperaba la muerte, recordaron quién fue el que dio la orden de cruzar el mar. En Jesús estaba su única esperanza. En su impotencia y desesperación clamaron: «¡Maestro! ¡Maestro!»

La versión de Mateo de este episodio utiliza las palabras «¡Señor, sálvanos!» (Mateo 8:25). Ellos no dijeron: «Señor, ayúdanos». Existe una tremenda diferencia entre las dos expresiones. El incidente aclara el asunto del poder divino y el esfuerzo humano, si bien les parece. ¿Dónde estaba su cooperación? Habían agotado sus propios recursos y se daban cuenta de que todo lo que podían hacer era clamar, «¡Señor, sálvanos!» Él tendría que hacerlo todo.

Ellos ya habían hecho todo lo que podían. Eran pescadores robustos y experimentados, que habían vivido toda su vida a orillas de este lago. Conocían Galilea. Conocían las colinas y los vientos y las tormentas. Sabían bien lo que eran las grandes olas y cómo mantener el bote bajo control. Sabían cómo distribuir su peso y cómo mover

los remos. En honor a la verdad, ésta no era la especialidad de Jesús. Él había sido carpintero, no pescador. Ahora era predicador, y su trabajo consistía en hablar a las multitudes y sanar a los enfermos. Había trabajado arduamente durante todo el día y ahora dormía plácidamente. Ahora era tiempo de que ellos se encargaran de este aspecto del trabajo. Era su especialidad. Pero finalmente se dieron cuenta de que no podían con la tormenta.

Habían agotado todos sus recursos, sin resultados. Su bote se hundía. Finalmente se dirigieron a él con el clamor, «¡Señor, sálvanos, que perecemos!»

Jamás un alma ha elevado este clamor sin ser atendida. Jesús se levantó. Alzó aquellas manos tan acostumbradas a hacer el bien, y dijo al mar airado: «Calla, enmudece» (Marcos 4:39). De inmediato, la tormenta se disipó. Las olas del mar se quietaron. Las nubes se escurrieron por el espacio. Las estrellas brillaron en el cielo nocturno. El bote descansó sobre un mar apacible. Luego, dirigiéndose a los discípulos, Jesús les preguntó tristemente: «¿Por qué estáis así amedrentados? ¿Cómo no tenéis fe?» (vers. 40).

Y bien, ¿qué deberían haber hecho bajo estas circunstancias si en realidad hubiesen tenido fe? Si usted es una persona que tiene mucha fe y conduce su vehículo por

la autopista: súbitamente pierde el control del auto y avanza de frente hacia otro vehículo que viene en dirección opuesta, ¿qué debe hacer? ¿Relajarse y sonreír? ¿Soltar el volante? ¿Mirar el paisaje por la ventana?

Tal vez convenga recordar a los misioneros moravos que estaban a bordo en el barco con Juan Wesley. Este se dirigía a Norteamérica para predicar el mensaje de salvación a los indios, pero se sentía frustrado. Llegó a decir: «Yo vine a América para convertir a los indios, pero ¿quién convertirá a Juan Wesley?» Había surgido una tormenta en el Atlántico, y parecía que perecerían en el fondo del mar. Los moravos, sin embargo, no tenían miedo.

Juan Wesley quedó sumamente impresionado. Les preguntó por qué estaban tan tranquilos. Ellos respondieron: «No tenemos miedo de morir».

Sólo porque alguien tiene fe no significa que no se hundirá hasta el fondo del mar. La fe no significa que no lo quemarán en la hoguera como sucedió con Huss y Jerónimo. La fe no significa que se curará del cáncer.

Y hay una cosa más. Las personas que tienen fe no hacen de Dios su último recurso. Ante cualquier prueba

inesperada, acuden a él tan naturalmente como la flor busca el sol.

Dos personas conversaban acerca de un amigo que sufría por su salud. Uno de ellos comentaba cómo su amigo había probado varios medicamentos y médicos, todos sin los resultados deseados. Finalmente terminó su descripción de la situación diciendo: «Creo que lo único que resta es orar».

A lo que su compañero respondió:

- ¡Vaya! ¿Acaso llegó a ese extremo?

La persona que tiene fe nunca olvida que Jesús está a bordo, sino que acude a él ante cualquier emergencia.

Bueno, los discípulos no tenían fe. Jesús se los señaló, pero de todas maneras los salvó. Y esas son buenas noticias. Él los salvó a pesar de su falta de fe.

Hoy día tenemos muchos temores. Sentimos temor con respecto a nuestra salud y nuestros hijos y nuestras casas y nuestros terrenos. Nos da temor lo que otros puedan pensar de nosotros. El pobre teme por lo que pueda necesitar, y el rico por lo que pueda perder. A veces sentimos temor por el futuro de la iglesia y por nuestra salvación.

El solo hecho de tener a Jesús a bordo no es garantía de que no tendremos temor; no lo fue con los discípulos. Aunque Jesús estuvo a bordo, se olvidaron de él cuando azotó la tormenta y se vieron abrumados por las olas. Lo mismo ocurre hoy. Podemos tener una relación con Jesús y todavía no depender de él para todas nuestras necesidades. Los discípulos tuvieron una relación con Jesús. Caminaron juntos, conversaron juntos, oraron juntos, trabajaron juntos. Eran personas muy allegadas a Jesús. Pero hubo ocasiones en que demostraron que, a pesar de su estrecha relación con el Señor, todavía no dependían de él para todas sus necesidades.

Pero Jesús permaneció con ellos. Era paciente con ellos y los animaba a confiar en él. Y llegó el momento en que estos mismos hombres temerosos pudieron enfrentarse valientemente al aceite hirviente, la espada, las llamas o la crucifixión con la cabeza hacia abajo. Lo lograron gracias a que aprendieron las lecciones de fe y confianza que Jesús les enseñó.

El amor de Jesús ahuyenta el temor y produce una diferencia. La Biblia dice que el perfecto amor echa fuera el temor. (Véase 1 Juan 4:18.) A primera vista, uno puede hacerse la siguiente pregunta: ¿quién posee perfecto

amor? ¿Si no poseemos perfecto amor, podemos evitar el temor? Pero no se trata de nuestro perfecto amor. Cristo es el único que posee perfecto amor. Y él es el que echa fuera el temor.

Supongo que la mayoría de los padres han tenido la experiencia de lanzar a sus hijos al aire cuando tenían dos o tres años. A mí me encantaba jugar así con mis hijos. Los impulsaba hacia arriba y cómo se reían y demostraban paz y tranquilidad absolutas, confiando en que papito los amaba y los tomaría en sus manos antes de caer.

Una noche comenzamos a jugar en el banco del piano. Mi hijo se subía al banco, daba un tremendo salto y caía en mis brazos. El juego siguió hasta que yo quedé exhausto. Luego le dije:

-Ya se acabó, hijo. No más.

-Una vez más, papá. Una vez más.

Y finalmente, haciendo un intento de acabar con el juego, me di vuelta y me alejé del lugar, convencido de que él había comprendido mis palabras.

Pero él ni siquiera miró. Esta vez cuando se subió al banco del piano y se lanzó al aire, yo estaba al otro lado de la habitación y él cayó con fuerza en el piso. ¡Me sentí

muy mal! Sin embargo, aprendí que no hay nada como el amor y la confianza de un niño. Jesús lo dijo: «Que si no os volvéis y os hacéis como niños ...» (Mateo 18:3). Y nos invita a echar todas nuestras cargas sobre él, ya que él se preocupa por nosotros (véase 1 Pedro 5:7). Pero existe una gran diferencia. Él nunca se cansa. Siempre está allí. Él ha prometido: «No te desampararé ni te dejaré» (véase Hebreos 13:5). Sin embargo, en realidad, nadie se arroja totalmente sobre Jesús hasta que se convence de aquel amor y reconoce que ha llegado al final de sus propios recursos.

Nótese dónde estaba Jesús durante la tormenta. Él dormía plácidamente en la embarcación. No tenía miedo. A veces nos sentimos tentados a pensar que esto fue porque él era Dios. El compositor de cantos nos dice: «Este es Dios, y no hay mar que pueda hundir el barco donde él yace, el Amo de la tierra y del mar y de los cielos». M.A. Baker.

Pero hay algo más que no debemos pasar por alto; algo que nos dice cómo vivió su vida Jesús. Cuando despertó para hacerle frente a la tormenta, su estado anímico era de perfecta paz. No había rastro de temor en su mirada ni en sus palabras, puesto que no existía temor

en su corazón. Pero no descansaba tranquilo sabiéndose Todopoderoso. No fue como Amo de la tierra y del mar y de los cielos que descansó apaciblemente. Depuso voluntariamente ese poder. Él dijo: «No puedo yo hacer nada por mí mismo» (Juan 5:30). Confió en el poder de su Padre. Jesús descansó en la fe, en el amor y en los cuidados de Dios. El poder de aquella palabra que calmó la tormenta era el poder del Dios de los cielos, y no el poder de Dios que existía en su interior. Si los discípulos hubieran confiado en él, habrían sido guardados en paz. Su temor en el tiempo de prueba reveló su incredulidad. En sus esfuerzos por salvarse, se olvidaron de Jesús, y fue sólo cuando en la desesperación de su autodependencia acudieron a Jesús, cuando él estuvo en condiciones de salvarlos.

Nótese aquí la aplicación espiritual involucrada en el milagro realizado por Jesús. Cuando consideramos el tema de la salvación, cuán frecuentemente nos encontramos preocupados por si seremos salvos o no. Y todo esto desvía nuestra atención de Jesús, la única fuente de fortaleza. Se nos invita a someter nuestras almas a Dios y confiar en él (véase 1 Pedro 4:19). Si lo hemos aceptado como nuestra esperanza y salvación, él jamás nos dejará. Nosotros podemos abandonarlo, pero él jamás nos abandonará.

¿Y qué hay acerca de vivir una vida de cristiano? Algunas personas son capaces de aceptar el sacrificio de Jesús en la cruz, pero cuando leen Apocalipsis 3:5, «El que venciere será vestido de vestiduras blancas; y no borraré su nombre del libro de la vida», quedan al borde de la desesperación. Dicen o piensan lo siguiente: «Jamás podré hacer eso. Jamás seré un triunfador. Caigo y fácilmente fallo, demasiado a menudo».

¡Cuántas veces nuestra experiencia se parece a la de los discípulos! Cuando se desata la tempestad de la tentación, cuando se liberan los relámpagos y las olas nos anegan, luchamos solos con la tormenta, olvidándonos que hay Uno que puede ayudarnos. Confiamos en nuestras propias fuerzas hasta perder toda esperanza y resignarnos a perecer. Pero, de pronto, nos acordamos de Jesús, y si acudimos a él en busca de auxilio, nuestro clamor no será en vano. Aunque reprenda con tristeza nuestra incredulidad y autosuficiencia, nunca deja de brindarnos la ayuda que necesitamos. Como cristianos, sólo hay una cosa que debemos temer: confiar en nuestras propias fuerzas, soltarnos de la mano de Cristo e intentar caminar solos el sendero cristiano.

Pero mientras dependamos de Cristo, como él dependió de su Padre aquí en esta tierra, estaremos seguros. No hay razón para temer mientras confiemos en su perfecto amor.

CAPÍTULO 4: CÓMO TRATÓ JESÚS A LOS PARIAS

¡Esta es la historia de un hombre cuyos amigos levantaron el techo de una casa y lo bajaron por el hueco! Se encuentra en Marcos 2:1 en adelante. «Entró Jesús otra vez en Capernaúm después de algunos días; y se oyó que estaba en casa. E inmediatamente se juntaron muchos, de manera que ya no cabían ni aun a la puerta; y les predicaba la palabra.

«Entonces vinieron a él unos trayendo un paralítico, que era cargado por cuatro. Y como no podían acercarse a él a causa de la multitud, descubrieron el techo de donde estaba, y haciendo una abertura, bajaron el lecho en que yacía el paralítico. «Al ver Jesús la fe de ellos dijo al paralítico: Hijo, tus pecados te son perdonados ...

«Pues para que sepáis que el Hijo del Hombre tiene potestad en la tierra para perdonar pecados (dijo al paralítico): A ti te digo: Levántate, toma tu lecho, y vete a tu casa.

«Entonces él se levantó en seguida, y tomando su lecho, salió delante de todos de manera que todos se

asombraron, y glorificaron a Dios, diciendo: Nunca hemos visto tal cosa» (Marcos 2:1-12).

¿Quién fue este hombre que llegó a ser el protagonista de este relato? Me gustaría sugerir que era un don nadie en ese pueblo. Era un inválido. Era una persona atada a su cama por las circunstancias de la vida. Seguramente no resaltaba demasiado en el poblado. Como si fuera poco, era un paria. Cualquiera que sufría de alguna aflicción o enfermedad, era tildado de ser un gran pecador, ¡un pecador no arrepentido que seguía en su vida de pecado! Y en este caso, la acusación era cierta.

En algunas ocasiones Jesús dijo que la enfermedad o la aflicción no tenía nada que ver con el pecado de la persona. Lo dijo acerca del hombre ciego registrado en Juan 9. Los discípulos le preguntaron:

- ¿Quién pecó, éste o sus padres? -A lo cual Jesús respondió: -Ninguno.

Sin embargo, al ciego se lo consideraba un gran pecador debido a su padecimiento. El hombre de esta historia no sólo era considerado pecador, sino que era un gran pecador. La evidencia es que su enfermedad era resultado directo de una vida pecaminosa, y muchos

comentaristas de la Biblia consideran que era una enfermedad social. Así que era un paria.

Lentamente, sus amistades fueron alejándose de él, hasta quedar solo con sus compañeros de pecado. Uno podría conjeturar que los que lo llevaron a Jesús eran de su misma clase. Este hombre sabía lo que es una conciencia ardiente, y sabía cómo empujarla a lo más recóndito de su mente. Sabía cuán malo es el pecado por experiencia propia. Sabía qué se siente ser un paria. Conocía la sensación de culpabilidad y cómo el diablo golpea a las personas con este sentimiento. Conocía de primera mano lo aborrecible que es el pecado, a pesar de seguir amándolo. Había experimentado la inquietud, los deseos insatisfechos, las ataduras de las que trataba en vano de escapar.

Sabía que ni siquiera sus motivos eran correctos. ¿Por qué buscaba ayuda? ¿Alguna vez ha descubierto que una calamidad, aflicción o pena lo impulsan a acudir a Dios en ese momento? Eso se conoce como la teología de la desesperación: interesarse en Dios sólo cuando uno no puede escapar de sus problemas.

Bajo estas circunstancias este hombre acude a Jesús. Eso es lo único bueno que ha hecho. Probó otros métodos,

y ha sido defraudado muchas veces. En cierta ocasión estuvo a punto de que lo depositaran en una tumba incógnita, puesto que la enfermedad había avanzado demasiado. Consultó con los mejores médicos, pero éstos no pudieron ayudarlo, y pronunciaron su caso como incurable. Fue con los fariseos y dirigentes de la iglesia, pero éstos lo defraudaron. Dijeron que no había esperanzas para él, que era un gran pecador y un paria de Dios y de los hombres. Sus amigos también lo abandonaron. Pero en su último intento por ayudarlo, lo bajaron por el techo, y ése fue el momento más grande de su vida.

Una gran multitud rodeaba a Jesús. Capernaúm no era una aldea pequeña, por lo menos no en aquellos tiempos. Si fuésemos hoy, descubriríamos que es un lugar muy tranquilo, excepto por los turistas y sus activas cámaras. Pero se aprecian las ruinas a orillas del Mar de Galilea. Se distinguen bien los restos de la casa de Pedro, lugar donde se llevó a cabo este suceso.

Después que Jesús limpió el templo, salió de Judea y se dirigió a Galilea para comenzar su ministerio en ese lugar. Ya había limpiado a un endemoniado en la misma sinagoga. Esas noticias habían circundado todo el pueblo,

aun entre los que no asistían a la iglesia. El paralítico también había escuchado acerca de ese prodigio.

La mamá de la esposa de Pedro también fue curada por Jesús, y esa misma tarde, después de la puesta de sol, multitudes se presentaron ante él y recibieron sanidad antes que finalmente se apartara de la gente para orar en la soledad y quietud de las colinas. Se produjo otro milagro, algo que no había sucedido desde los tiempos de Eliseo. Un leproso fue sanado. A medida que la noticia circulaba entre la gente, la multitud se hizo tan numerosa que Jesús tuvo que retirarse de Capernaúm a un lugar deshabitado donde descansar.

Ahora Jesús había regresado a Capernaúm. Se encontraba en la casa de Pedro. Había tanta gente allí, que era imposible que cupiera una persona más. Pero a sugerencia del enfermo, sus amigos lo subieron al techo de la casa, rompieron las tejas, y lo bajaron por entre las vigas.

Esto hubiera sido bastante vergonzoso para cualquiera con inhibiciones normales. ¿Se imagina hacer eso y exponerse a la burla de la multitud? Todos se quedaron viendo cómo lo bajaban frente a ellos. Pero él había agotado todos los recursos. Estaba desesperado. Cuando

una persona está al borde de la muerte, no le importa lo que piensen los demás.

Allí estaba la gente. Estaban los sinceros, los reverentes, los incrédulos y los curiosos. Había un grupo de espías de Jerusalén, los fariseos y saduceos que procuraban la muerte de Jesús. Uno puede ver a la multitud amontonada, adentro y afuera de la casa, escuchando por las ventanas y parados en las puertas. Uno puede escuchar el silencio repentino en la habitación después del golpeteo en el techo y sentir la tensión en el aire cuando comienza a bajar un hombre solo en su camilla, exactamente frente a Jesús. El relato cuenta que Jesús vio la fe de ellos. No hay que pasar por alto el hecho de que la fe de los cuatro que lo trajeron también se tomó en cuenta. Desconocemos sus nombres. No se han escrito himnos en su honor, ni se relata la historia de sus vidas. Pero ellos trajeron a este hombre en los brazos de su fe a la presencia de Jesús.

Y ahora vienen las palabras que convierten este incidente en el momento cumbre de la vida de este hombre. «Hijo». ¿Hijo? ¿Quiere decir que el Dios del universo le dice a una persona, «cómo estás hijo»? ¿Qué sucedió con el Dios de justicia del que tanto hemos oído?

¿Qué en cuanto al Dios que tiene una lista y que la revisa una y otra vez para ver a cuántos puede impedirles la entrada al cielo? ¿Quiere decir que el propio Dios llamó a este hombre -el que tiene un negro historial de pecado-, su hijo? Efectivamente. El que habla es Dios. Y Dios lo llama «hijo».

Luego, Mateo agrega una pequeña frase que Marcos no incluyó en su versión del relato: «Ten ánimo» (véase Mateo 9:2). Me encanta esa frase. ¿Es posible que también hoy alguien necesite ánimo? ¿Es posible llegar al punto de agobiarse tanto por el sentimiento de culpa, remordimiento y pecado? ¿Habrá alguien que, al mirar este relato, pueda ver más que una pequeña historia, y ubicarse a sí mismo en el cuadro?

¿Tenemos hoy representantes de la multitud que se aglomeraba en la casa de Pedro: los curiosos, los sinceros, los reverentes, los incrédulos? ¿Tendremos hoy alguno que represente al hombre paralítico? Si fuese así, entonces estas palabras tienen validez: «Ten ánimo, hijo; tus pecados te son perdonados».

Jesús sabía que como primer punto en su lista de prioridades este hombre deseaba tener paz con Dios. Jesús también sabía que, una vez cumplida esta prioridad, todas

las demás bendiciones vendrían por añadidura. Así que le dijo: «Hijo, tus pecados te son perdonados».

A este hombre le preocupaba más tener paz con Dios que cualquier otro asunto; vivir o morir le era indiferente, si tan sólo sus pecados le eran perdonados. Todo lo demás, se sentiría feliz de dejarlo en las manos de Dios.

Tuve un amigo durante mis días de estudiante, persona tranquila, un poco mayor que todos los demás, oriundo de Corea, donde había pertenecido a la infantería de marina. Había tenido a su cargo a un pelotón de soldados. En cierta ocasión, en la oscuridad de la noche, alumbrados por las estrellas, se dirigieron hacia una colina que pensaban tomar para las fuerzas aliadas.

Ellos entendían que la colina a sus espaldas había quedado libre de enemigos; pero alguien había hecho un trabajo muy descuidado, y todavía quedaba un soldado comunista con su ametralladora.

Al comenzar el ascenso de la montaña, de repente la ametralladora abrió fuego sobre el pelotón. De una pasada barrió con la última fila de hombres, elevó su arma unos grados y disparó nuevamente, barriendo la siguiente fila. Elevó el arma unos grados más y repitió la misma operación. Era un hombre muy hábil con su arma.

Mi amigo, al frente de su pelotón, sabía que no tenía demasiado tiempo. Podía oír a sus hombres quejándose de dolor, algunos de ellos en agonía mortal.

Pero él se había criado en un hogar cristiano. Sabía acerca de Jesús, de su segunda venida, del cielo y de la eternidad. Y le había dado la espalda a todo. Pero ahora, a pesar de sus motivos equivocados, miró hacia el cielo y dijo: «Dios, no me queda mucho tiempo. No te pido que me salves la vida. No tengo mérito alguno. Pero, por favor, ¿me permitirás levantarme en la resurrección correcta?»

Era lo único que le interesaba: obtener la paz con Dios. Todo lo demás era secundario.

Por extraño que parezca, bajó de la colina sin siquiera un rasguño. Más tarde ingresó en una institución cristiana con el fin de llegar a ser un ministro de Dios, después de lo cual regresó a las fuerzas armadas como capellán. Su gran anhelo era ayudar a otros que andaban como él mismo anduvo. ¿Por qué lo hizo? Porque Dios le había dado un bono: no sólo el perdón, la paz y la esperanza de la vida eterna, sino la vida misma, aquí y ahora. Y cuando eso le sucede a uno, lo que se desea realmente es ¡contarlo a los demás!

De manera que este hombre paralizado se recostó en su camastro o colchoneta o lo que haya sido, y se regocijó con las buenas nuevas: «Hijo, tus pecados te son perdonados». Su rostro cobró un brillo singular. Sus ojos se iluminaron, y hasta las funciones del cuerpo comenzaron a cambiar. Es difícil precisar el momento exacto cuando el perdón y la sanidad se fusionaron, pero cuando esto sucedió el hombre se convirtió en una nueva criatura. Experimentó una felicidad que nunca había sentido. Pero en un grupo siempre hay alguien que lo arruina todo. Los dirigentes de la iglesia tenían negros pensamientos. Jesús pudo adivinar sus pensamientos y pudo detectar su lenguaje corporal. Les dijo: «¿Qué es más fácil, decir al paralítico: Tus pecados te son perdonados, o decirle: Levántate, toma tu lecho y anda? Pues para que sepáis que el Hijo del Hombre tiene potestad en la tierra para perdonar pecados (dijo al paralítico): A ti te digo: Levántate, toma tu lecho, y vete a tu casa» (Marcos 2:9-11).

¿Fue fácil para el paralítico obedecer las palabras de Jesús o le fue difícil? Cuando en el principio el Creador habló, ¡hasta el polvo obedeció sus órdenes! A su voz, los mundos llegaron a la existencia. ¿Hubiera sido fácil que el hombre se quedara acostado en su catre?

En ocasiones nos dedicamos a especular sobre lo que hubiera sucedido si el paralítico no hubiese creído. ¿Qué habría pasado si se hubiera detenido a analizar, qué hago primero: ejerzo la fe o muevo los músculos? ¡La verdad es que no había tiempo para eso! Me gustaría sugerir lo siguiente. Cuando uno está en presencia del Dador de la Vida y él dice, «levántate, toma tu lecho y anda», ¡uno no puede hacer otra cosa sino obedecer! ¡Uno no se detiene a dialogar ni debatir el punto! Uno se levanta inmediatamente ante la palabra creativa y todopoderosa de Dios.

El hombre, de un brinco, se puso de pie. Tomó su lecho. Y por favor, notemos, ¡ahora era alguien! ¡No tuvo que salir por el hueco del techo! Donde instantes antes no había lugar para pasar, de repente la multitud le hizo lugar.

El hombre salió por la puerta, cargando su cama y se dirigió hacia su hogar. Su rostro irradiaba un brillo singular por la maravilla del milagro realizado en su favor. No hay evidencia de que su esposa e hijos hubieran estado con él ese día. Deben de haberlo visto salir de casa muchas veces en busca de doctores, curanderos o los últimos charlatanes. Incontables han de haber sido las ocasiones en las que lo contemplaron volver lentamente,

completamente derrotado. Por lo mismo, creemos que ellos se quedaron en casa.

Ahora están mirando por la ventana abierta o por el postigo de la ventana o por encima del cerco delantero. No lo pueden creer. No se parece a papá, pero ¡es papá! Está corriendo, brincando y casi bailando de emoción. Tiene vida nueva. Tuvo un encuentro con el Salvador.

Rodean a su padre y esposo y él les cuenta la historia. Todo hace suponer que de ese momento en adelante la esposa y los hijos gustosos hubieran entregado sus vidas por el Señor Jesucristo.

¿Por qué lo hizo Jesús? ¿Por qué venía a la gente ofreciéndoles sanidad? Porque él quería que todos supiesen que tiene poder en este mundo para perdonar los pecados. Jesús hizo a los pecadores sus mejores amigos en este mundo, y hoy, todavía tiene la misma aceptación, disposición y poder para perdonar.

Actualmente aún hay muchas personas a las que les falta seguridad y paz. Pero me gustaría invitarle a unirse al pobre paralítico, que demostró que sin importar de quién se trate, o dónde haya estado o qué haya hecho, Jesús sigue aceptando a los que acuden a él. Todavía los perdona.

Esto puede hacer que su paso asuma una nueva determinación, con una vida nueva en el alma, puesto que Dios no sólo tiene poder para perdonar, sino también para sanar, cambiar y habilitar a la persona para caminar en novedad de vida. Todo esto sucede en la presencia de Jesús.

Cuán agradecidos debemos estar hoy de que todavía podamos acudir a la presencia de Jesús, y que él ha prometido aceptarnos, perdonarnos y limpiarnos.

El salmista lo expresó de la siguiente manera: «Bendice, alma mía, a Jehová, y bendiga todo mi ser su santo nombre.

Bendice, alma mía, a Jehová, y no olvides ninguno de sus beneficios.

Él es quien perdona todas tus iniquidades, El que sana todas tus dolencias; El que rescata del hoyo tu vida, El que te corona de favores y misericordias.» -Salmos 103: 1-4

CAPÍTULO 5: CÓMO TRATÓ JESÚS A LOS DE CORAZÓN QUEBRANTADO

¿Has asistido alguna vez a un buen funeral? ¿Crees que es posible calificar un funeral como «bueno»? Tenga en cuenta la posibilidad mientras miramos los tres relatos de las Escrituras donde Jesús enfrentó lo que llamamos muerte. Los consideraremos para descubrir cómo trató Jesús a los quebrantados de corazón.

El primero de estos relatos se encuentra en Lucas 7, comenzando con el versículo 11: «Y aconteció que, al día siguiente, entrando en una ciudad llamada Naín, iban con él muchos de sus discípulos, y mucha gente. Llegó cerca de la puerta de la ciudad, y he aquí que llevaban a un hombre muerto, hijo único de su madre, y ella era viuda: y mucho pueblo de la ciudad estaba con ella. Y cuando Jesús, al verla, tuvo compasión de ella y le dijo: No llores. Y acercándose, tocó el féretro, y los que lo llevaban se detuvieron. Y dijo: Joven, a ti te digo: Levántate. Y el que muerto se sentó y comenzó a hablar, y lo entregó a su madre. Y todos tuvieron miedo, y glorificaban a Dios, diciendo: Un gran profeta ha resucitado entre nosotros, y que Dios ha visitado a su pueblo.» Versículos 11-16.

¿No fue un buen funeral? ¡Me gusta ese! No empezó muy bien, pero terminó con una entrada triunfal de regreso al pueblo de Naín.

Intentemos reconstruir un poco la historia. La aldea de Naín estaba a unas veinte o veinticinco millas de Cafarnaúm, en las costas de Galilea. La aldea de Naín estaba a sólo cinco millas de Nazaret. En aquellos días no tenían un ataúd cerrado. El muerto era envuelto en una sábana de lino y colocado sobre una especie de camilla de mimbre.

Si la familia fuera pobre, habría al menos dos flautistas y una plañidera contratados. Si la familia fuera más acomodada, habría muchos flautistas y plañideras contratados. Esta viuda al parecer era amada por la gente del pueblo, y casi todo el pueblo estaba en la procesión.

Al salir del pueblo, se encontraron con otra gran procesión, la multitud seguía a Jesús. Entonces ves a estos dos grupos de personas reuniéndose en el camino angosto, justo en las afueras del pueblo de Naín.

Una de las primeras cosas que notamos acerca de cómo Jesús trata a los quebrantados de corazón son sus primeras palabras a esta viuda. Él dijo: «No llores». ¡Qué cosa más extraña que dijera! Se espera que la gente llore

en los funerales. ¿Está mal llorar en un funeral? No. Jesús mismo lloró ante la tumba de Lázaro. Entonces, ¿qué está diciendo? Él estaba diciendo que se sentía mal por ella. Encontró su corazón conmovido por su dolor. Él tuvo compasión de ella. «No llores.» Él sabía que ella no necesitaría llorar, porque sabía lo que iba a hacer.

Entonces Jesús hizo algo inusual. Se acercó y tocó el féretro. Ningún judío habría considerado tal cosa. Los que llevaban el féretro se detuvieron y cesaron los lamentos de los dolientes. ¿Puedes sentir la tensión en el aire? La multitud se reunió alrededor del féretro, esperando contra toda esperanza. Estaba presente uno que había desterrado las enfermedades y vencido a los demonios. ¿Estaba también la muerte sujeta a Su poder?

Con voz clara y con autoridad, se pronuncian las palabras: «Joven, a ti te digo: Levántate». Versículo 14. Esa voz perfora los oídos del muerto. El joven abre los ojos. Jesús lo toma de la mano y lo levanta. Su mirada se posa en su madre y se unen en un largo y alegre abrazo.

La multitud mira en silencio, como hechizada. Silenciosos y reverentes, permanecen por un momento como si estuvieran en la misma presencia de Dios, lo cual de hecho lo están. Luego comienzan a glorificar a Dios.

¿Cómo te hubiera gustado haber estado allí? ¡Ese fue un buen funeral!

La segunda experiencia se encuentra en el quinto capítulo de Marcos, y esta vez está involucrada una niña pequeña. Cuando una niña de doce años se va a dormir, en cierto modo es diferente a lo que ocurre con una persona mayor que ya ha vivido 60 años más. Comencemos en Marcos 5:22. «He aquí, viene uno de los principales de la sinagoga, llamado Jairo; y cuando lo vio, se postró a sus pies y le suplicó mucho, diciendo: Mi pequeña hija yace al borde de la muerte; te ruego que vengas y pongas tus manos sobre ella, y será sanada, y vivirá. Y Jesús fue con él, y mucha gente lo seguía, y lo apretujaba.» Versículos 22-24.

Mientras Jesús iba con este gobernante hacia su casa, hubo una interrupción: la mujer que tocó el borde de su manto fue sanada y alabada por su gran fe.

La historia continúa en el versículo 35: «Mientras él aún hablaba, vinieron de casa del principal de la sinagoga, unos que dijeron: «Tu hija ha muerto; ¿por qué molestas al Maestro?»»

No perdamos el impacto de esas palabras. ¿Crees que a Jesús le supone algún problema resucitar a los muertos?

¿Crees que es algún problema para el Dador de vida, Aquel que nos creó a todos en el principio, Aquel que mantiene nuestros corazones latiendo ahora mismo? ¿Crees que es algún problema para Él seguir yendo hacia la casa de Jairo?

Pero el mensajero dice: «No le molestes más». Imagínese en los zapatos de Jesús. Habéis venido de la sala de audiencias del Altísimo. Tienes la seguridad de tu Padre de que Él obrará a través de ti y de que todo el poder en el cielo y en la tierra está disponible para ti. Puedes pronunciar la palabra y la niña volverá a la vida. ¿Sería un gran problema para ti ir a despertarla? ¡No! ¡En cambio, sería un gran problema mantenerse alejado!

Recuerdo el funeral de un niño de primaria. Todos sus compañeros sabían que iba a morir. La única pregunta era cuándo. Un día, Hank se fue a dormir y celebramos el funeral allí, en la iglesia. Todos los niños de la escuela vinieron y uno por uno bajaron y se despidieron de Hank.

Mientras estaba allí y observaba, recuerdo haber imaginado cómo habría sido en los días de Jesús. Oh, cuánto anhelaba que Jesús caminase hacia el altar, lo tomara de la mano y lo despertara.

Jesús podría haber llamado la atención sobre sí mismo. Pero estaba tan decidido a glorificar a su Padre que podía

entrar en la cámara de la muerte, llamar a alguien a la vida y luego desaparecer. De hecho, terminó diciendo: «No se lo digas a nadie». Ver versículo 43. Si pudiéramos hacer algo así, querríamos asegurarnos de que llegue a los titulares. Y es por eso por lo que no podemos hacerlo. A la mayoría de nosotros no se nos puede confiar el poder de Dios, porque nos destruiría.

Bueno, los mensajeros dijeron: «No molestes más al Maestro». Y tan pronto como Jesús escuchó eso, le dijo a Jairo: «No temas, cree solamente». Véase el versículo 36. Así trató Jesús a los quebrantados de corazón. Habló palabras de consuelo y aliento.

«Y no permitió que nadie le siguiera, excepto Pedro, y Jacobo, y Juan, hermano de Jacobo. Y vino a casa del principal de la sinagoga, y vio el alboroto, y a los que lloraban y se lamentaban mucho. Y cuando entró, les dijo: ¿Por qué alborotáis y lloráis? La niña no está muerta, sino que duerme. Versículos 37-39.

Nunca olvidemos que lo que nosotros llamamos muerte, Jesús lo llamó sueño.

«Y se burlaban de él.» Versículo 40. El flautista, los dolientes contratados, los vecinos y amigos se burlaban de Jesús. La habían visto tumbada en su jergón, silenciosa y

quieta. Dijeron: «No intenten decirnos que no está muerta».

«Pero cuando los hubo echado a todos, tomó al padre y a la madre de la muchacha, y a los que estaban con él, y entró donde estaba acostada la muchacha. Y tomó la mano de la muchacha, y le dijo, Niña a ti te digo, levántate.» Versículos 40-41.

Instantáneamente un temblor atraviesa la forma inconsciente. Los pulsos de la vida vuelven a latir. Los labios se abren con una sonrisa. Los ojos se abren ampliamente, como si estuvieran dormidos, y la niña mira con asombro al grupo que está a su lado.

Ella se levanta y sus padres la estrechan en sus brazos y lloran de alegría. ¿Te imaginas la escena?

Aquel que trató así a los quebrantados de corazón ha prometido volver. Todavía tiene el mismo poder sobre el enemigo y sobre su prisión. Él todavía tiene el mismo poder para despertar a los que duermen y consolar a los que lloran.

El tercer caso del encuentro de Jesús con la muerte se encuentra en la historia de María, Marta y Lázaro, registrada en Juan 11. A Jesús le encantaba visitar los

hogares de estos amigos suyos. Siempre que estaba en Betania, encontraba algo de tiempo para pasar con ellos.

Pero cuando Lázaro enfermó, Jesús no estaba en la ciudad. Fue una enfermedad terrible. El médico se mostró serio desde el principio. Las cosas no pintaban bien. Entonces María y Marta enviaron un mensajero a buscar a Jesús. Era un gran proyecto, pero lo encontraron. Y cuando lo encontraron y le contaron la condición de Lázaro, dijo: «Esta enfermedad no es de muerte». Verso 4.

El mensajero regresó a Betania y dijo: «Tenemos buenas noticias. Jesús dice que la enfermedad de Lázaro no es de muerte». Y las hermanas corrieron a la habitación de Lázaro y le dijeron: «Lázaro, no tienes que preocuparte. Recibimos noticias de Jesús. No vas a morir».

«¿En serio?»

«Sí, eso es lo que le dijo al mensajero. No morirás».
«¡Seguro que así será!»

Continuó teniendo esperanzas, pero siguió empeorando. Finalmente entró en coma y luego murió. Debe haber sido difícil para María y Marta aceptarlo. ¡Qué prueba de su fe en Jesús!

De regreso a donde estaba Jesús, dijo a sus discípulos: «Ahora vamos a volver, porque Lázaro duerme». Vea el versículo 11. Y dijeron: «¿Dormido?»

«Sí, está dormido».

Ahora los discípulos estaban preocupados, porque ya habían oído que la gente cerca de Jerusalén buscaba la vida de Jesús. Había un complot por Su vida, y ellos pensaron que, si regresaban con Él, estarían involucrados en el mismo complot. Temiendo por su propio pellejo, dijeron: «No volvamos allí. Si Lázaro está dormido, después de haber estado tan enfermo, que bueno. Déjenlo dormir. Necesita dormir. Quedémonos aquí». Véanse los versículos 8-12. Jesús dijo: «Vuelvo y voy a despertarlo del sueño».

«¡Oh no, no hagas eso!»

Y en ese momento, Jesús finalmente, de mala gana, dijo lo que solemos decir. No te lo pierdas, por favor. A Jesús no le gustó la palabra muerte. No lo llamó «muerte». Jesús dijo finalmente: «Nuestro amigo Lázaro ha muerto». Pero Él prefirió llamarlo sueño, y a mí también me gusta más esa palabra. Porque cuando duermes, no todo es malo. Cuando duermes, llega la hora de despertarte. Véase el versículo 14.

Cuando veas a un ser querido que cree en Jesús, pero al que no le queda mucho tiempo de vida, puedes unirte a Jesús para decir: «Esta enfermedad no es de muerte». Para el creyente, la muerte es un asunto menor. El tiempo de duelo se puede cambiar por un tiempo de regocijo, cuando el ser amado ha dormido en Jesús. No nos entristecemos como los que no tienen esperanza, porque sabemos que el que duerme en Jesús pronto será despertado.

Al mirar más allá del presente, los tiempos de duelo pierden su aguijón. Esperamos con ansias el momento en que Jesús venga a despertar a los que duermen. Aquí, en medio de la historia de Lázaro, encontramos el famoso versículo: «Yo soy la resurrección y la vida; el que cree en mí, aunque esté muerto, vivirá; y todo el que vive y cree en mí, no morirá jamás». ¿Crees esto? Versículos 25-26.

¿Podría hacer la misma pregunta hoy? Jesús dijo: «Todo el que vive y cree en mí, no morirá jamás». ¿Crees eso? Aquellos que creen en ello pueden tener buenos funerales, aunque puedan llorar. A menudo lloramos cuando decimos adiós, incluso cuando los amigos parten para un largo viaje. Está bien llorar. Pero no lloramos como los que no tienen esperanza. Véase 1 Tesalonicenses 4:13.

Bueno, Jesús salió al cementerio con María y Marta, y la multitud los siguió. Caminó hasta la puerta de la tumba excavada en la roca y dijo: «Quita la piedra. Quitla la piedra».

Incluso Martha retrocedió y dijo: «No, estás yendo demasiado lejos». Jesús había dicho que Lázaro estaba durmiendo. Pero cuando quitaron la piedra, ya llevaba cuatro días dormido. Esta vez nadie podía discutir si estaba realmente muerto o no.

Pero quitaron la piedra y observaron sin aliento, mientras Jesús hacía una oración sencilla. Y entonces Jesús ordenó: «¡Lázaro, sal fuera!». Versículo 43.

Algunos han dicho que, si Él no hubiera elegido a Lázaro, ¡todo el cementerio habría cobrado vida! Quizás eso sea cierto. Pero Lázaro salió y fue devuelto a su familia y amigos. ¡Qué historia!

Podemos regocijarnos hoy, por la buena noticia de que lo que llamamos muerte es sólo sueño, y que Cristo todavía tiene el poder de despertarnos del sueño y darnos vida eterna. Podemos regocijarnos de que Él todavía tiene poder sobre la muerte y la tumba. Si bien nos consuela en nuestros momentos de duelo, nos invita a esperar el día en que Él regrese, y la muerte sea devorada en victoria.

CAPÍTULO 6: CÓMO TRATÓ JESÚS A LOS PECADORES

Cuando era chiquillo, me sentaba y lamentaba, Porque a mi hermanito le tocaba la mejor rebanada de pan.

Mi padre acostumbraba citarnos estos versos a mi hermano y a mí. ¡Ocasionalmente era necesario! Cierta Navidad, unos hermanos de la iglesia muy amables nos regalaron una bolsa de caramelos navideños a cada uno. Eran caramelos de los duros que duraban en la boca varias horas antes de deshacerse. Mis padres, inmediatamente se preocuparon. No querían que se nos dañaran los dientes, ni el estómago. Así que establecieron un reglamento. Podríamos disfrutar de un caramelo por vez, y sólo a la hora de la comida. Nada de dulces entre comidas.

Bueno, eso era demasiado para un chiquillo como yo. Así que, haciendo caso omiso de la orden de mi padre, comí dulces entre comidas. Mi padre se enteró del asunto, e inmediatamente destruyó mi bolsa de caramelos. Después de eso, ¡me afligí tanto por la salud de mi hermano, que vacié su bolsa de caramelos en el inodoro!

¿Por qué asumimos este tipo de actitud? ¿Por qué será que nos esforzamos tanto por llevarles la delantera a los demás, ya sea en la manifestación extrema de la guerra o en los inocentes juegos de salón? ¿Qué hace que los partidos de fútbol y otros deportes se hayan convertido en un pasatiempo nacional tan popular? ¿Por qué nos preocupamos tanto por quién será el ganador, quién quedará arriba, quién será el primero?

Todo comenzó con el pecado, ¿no cree usted? Empezó cuando Lucifer decidió ser el más grande. Es una tendencia que pareciera formar parte de nuestra misma naturaleza. Hasta los discípulos de Jesús fueron culpables una y otra vez de querer ser el mayor. Contemplando su experiencia, se nos da un hermoso ejemplo de cómo Jesús trató a los grandes pecadores.

¿Es posible que los santos pequen? ¿Cómo trata Jesús a los santos que pecan? ¿Es posible estar pecando, y seguir haciéndolo, y a la vez seguir siendo un cristiano? Sugiero que esta es una pregunta muy práctica. ¡Y tiene una respuesta tan emocionante que me comen las ansias de presentársela! Pero trataremos de construir nuestro caso, observando en la Escritura cómo trató Jesús a esta clase de gente.

«Y llegó a Capernaúm; y cuando estuvo en casa, les preguntó: ¿Qué disputabais entre vosotros en el camino? Mas ellos callaron; porque en el camino habían disputado entre sí, quién había de ser el mayor» (Marcos 9:33-34).

Había llegado el tiempo cuando Jesús debía ir a Jerusalén. Los discípulos estaban seguros de que había llegado la hora de establecer su reino, su reino terrenal. Y ellos tenían negocios inconclusos que debían atender. El negocio que tenían entre manos era decidir quién sería el presidente del grupo, quién sería el primer ministro, quién sería el mayor en el reino.

Los discípulos continuaron discutiendo por el camino a Jerusalén, procurando terminar sus negocios pendientes. Pero ellos sabían que lo que hacían estaba mal, porque se quedaron atrás. En realidad, cuando Jesús llegó a los límites de la ciudad de Capernaúm, sus discípulos se habían quedado tan atrás que ni siquiera podía oírlos.

Es curioso. Estos discípulos habían estado tres años con Jesús. En repetidas ocasiones declararon su fe en él, que era el Hijo de Dios. ¡Pero ahora los vemos tratando de hablar en voz tan baja como para que Dios no pudiera escucharlos!

Esto nos enseña algo sumamente interesante acerca del pecado. Es difícil cometer pecados en presencia de Jesús. ¿Ya descubrió esto? Hasta las personas más débiles hallan que es difícil pecar en presencia de alguien que aman y respetan. Por alguna razón tenemos que sentir que estamos lejos de Dios, y alejados de Jesús para poder seguir pecando.

Pero los discípulos llegan a Capernaúm, y acompañan a Jesús a la casa donde se van a hospedar. Cuando Jesús encuentra un momento de quietud, les pregunta: «¿De qué hablaban allá en el camino?»

Los discípulos comienzan a patear el suelo. Se mueven de aquí para allá, mostrándose nerviosos. Simplemente no contestan la pregunta. La Biblia dice: «Mas ellos callaron.» ¡Era un buen momento para mantenerse callados! Cuando mis padres me preguntaron lo que había sucedido con la bolsa de caramelos de mi hermano, ¡yo también quedé callado!

Pero Jesús insistió y finalmente uno de los discípulos dijo: -Bueno, nos preguntábamos quién llegará a ser la persona más importante en tu nuevo reino.

La vida de Jesús era una vida de humildad. Se despojó de sí mismo y tomó forma de siervo, de acuerdo con

Filipenses 2. Aquel que había recibido el homenaje y la adoración de todas las huestes celestiales, vino a este mundo a nacer en un establo. Aquel que había sido rico llegó a ser pobre, para que nosotros por medio de su pobreza llegáramos a ser ricos. Una y otra vez trató de transmitir este mensaje a sus discípulos: que la verdadera grandeza tiene sus raíces en la humildad. Y todavía a estas alturas no habían aprendido esta lección.

En este momento, Jesús bien podría haber dicho:

- ¡Largo de aquí, miserables! Denme otros doce para volver a empezar.

Pero en vez de hacer eso, se sentó con ellos y les dijo: «Si alguno quiere ser el primero, será el postrero de todos, y el servidor de todos. Y tomó a un niño, y lo puso en medio de ellos; y tomándole en sus brazos les dijo: El que reciba en mi nombre a un niño como éste, me recibe a mí; y el que a mí me recibe, no me recibe a mí sino al que me envió» (Marcos 9.35-37). Jesús constantemente usaba a niños como ejemplos para demostrar cómo es, en realidad, el reino de los cielos.

Jesús fue bueno con sus discípulos. No los condenó. Siguió tratando de enseñarles pacientemente las lecciones que tanto necesitaban aprender. Sobre todo, siguió

caminando con ellos, y siguió siendo buen compañero de ellos. Jesús siguió trabajando con ellos, viajando con ellos y confiándoles su obra y su misión.

De esta lección de la Escritura se infiere que los discípulos eran culpables de pecado. ¿Qué pecado? El pecado del orgullo. Podríamos pensar: No debemos ser orgullosos. Pero todos tenemos un poco de orgullo. El mundo entero lo practica. Lo cierto es que la santificación es tarea de toda la vida. Tal vez antes de morir habremos vencido ese pequeño problema.

Pero si lo estudiamos bien, descubriremos que el orgullo es uno de los peores pecados ante los ojos de Dios. Es uno de los más ofensivos porque es diametralmente opuesto a la misma naturaleza divina. Y fue el orgullo el pecado que nos hundió en la condición desesperada en que se encuentra este mundo.

De modo que el pecado del cual eran culpables los discípulos no sólo era un pecado, sino que era uno de los peores pecados. Y ellos sabían que estaban mal, y sabían lo que estaban haciendo, pero no cambiaron. Continuaron con su pecado todo el tiempo que anduvieron con Jesús. A decir verdad, seguían siendo los mismos aquella noche

que participaron de la primera Santa Cena en el aposento alto poco antes de la crucifixión.

Esto es, según mi definición, pecado conocido, pecado continuo, pecado habitual, pecado acariciado y persistencia en el pecado.

Este texto nos enseña la manera en que Jesús trata a los pecadores que viven en pecado: aquellos que saben que están en pecado, y, sin embargo, continúan su vida de pecado.

Alguien ha dicho que el problema con estos discípulos era que no se habían convertido. Pero ellos habían recibido la orden de ir y echar fuera a los demonios, sanar a los leprosos y levantar a los muertos. ¿Pueden personas no convertidas hacer eso? Eran los mismos a los que Jesús dijo cuando regresaron de su misión con los setenta: «Regocijaos de que vuestros nombres están escritos en los cielos» (véase Lucas 10:20). Pero Juan 3:3 dice que ni siquiera podemos ver el reino de los cielos a menos que nazcamos otra vez. Por lo tanto, no puedo aceptar la premisa de que estos discípulos no estaban convertidos. ¿Entonces qué?

¿Cómo trata Jesús a los discípulos que son culpables de ser pecadores declarados? Él hizo su declaración clásica

en Mateo 12:31: «Todo pecado ... será perdonado a los hombres». ¿Acaso no son éstas buenas nuevas? Y si toda forma de pecado les es perdonada, tendría que incluir los pecados conocidos, pecados continuos, pecados habituales. Incluiría el perdón de los peores pecados, como el orgullo, además de otros pecados, como asesinato y adulterio, o el que fuere.

Jesús prometió perdonar todo pecado, y siguió caminando con los discípulos mientras ellos aprendían lo que él trataba de enseñarles.

Podría resultar fácil concluir que, después de todo, tal vez no sea tan malo pecar. Quizá pecar no es tan grave. Podría ser que la obediencia y el triunfo sobre el pecado no sean tan necesarios o posibles. Pero necesitamos recordar lo que Jesús dijo a María cuando la arrastraron a sus pies. Le dijo: «Yo no te condeno». Esas son buenas nuevas.

Pero no se detuvo allí. ¿Qué más le dijo?: «Ve, y no peques más». También esas son buenas nuevas.

Dios ama a los pecadores, es verdad. Pero odia al pecado. Nos ha provisto de su poder para que salgamos victoriosos sobre el mal. Nos ha dotado del poder necesario para obedecer, poder para ser victoriosos.

Además, ha provisto de su perdón a los cristianos nuevos, débiles e inmaduros, y sigue caminando con ellos.

Tenemos a nuestra disposición el poder de ir y no pecar más. Pero es la aceptación y el amor de Jesús, una continua relación con él, la que nos brinda este poder de ir y no pecar más. Por eso es sumamente necesario que cualquier pecador que insiste en su pecado pueda contar con la presencia acogedora de Jesús, puesto que todavía está aprendiendo a experimentar el poder que está a su disposición.

La única persona que se sobrepone a sus errores es la que sabe que es amada y aceptada, aun cuando sigue cometiéndolos. ¿Acaso esto no puede llevarnos al libertinaje? ¡No! Es esta misma relación con Jesús la que nos conduce a la victoria. Basándose en el relato bíblico, podemos concluir que es posible sostener una relación con Dios y acariciar un pecado simultáneamente. Los discípulos sostenían una relación con Dios y acariciaban un pecado a la misma vez, ¿no es verdad? Pero aun cuando sea posible mantener una relación con Dios y un pecado acariciado en la vida simultáneamente, tarde o temprano uno de los dos tendrá que salir.

Judas era inteligente. Él conocía bien este principio. Decidió que no quería soltarse de su pecado, así que deliberadamente desechó su relación con Jesús en favor del pecado.

Con esto llegamos al meollo sobre los pecados. Pecados acariciados, de presunción y conocidos. Judas sabía lo que tenía que hacer para vencer el pecado, pero deliberadamente decidió hacer lo contrario. Cuando alguien desecha su relación con Jesús porque desea seguir con su pecado, está pisando arena movediza. Tal vez usted haya conocido o conozca a personas que no quieren ser demasiado religiosas, porque temen que su estilo de vida podría cambiar. Este fue el caso de Judas.

Pero los demás discípulos prefirieron seguir con Jesús, a pesar de todo. Juan, por ejemplo, fue el discípulo que siempre estuvo ahí. Nada lo apartó del lado de Jesús. Sin embargo, necesitó tres años para aprender a aceptar la victoria que Jesús le ofrecía. Y a pesar de que sus problemas eran tan detestables como los de Judas, él siguió caminando con Jesús.

Transcurren los años. Juan es el último de los discípulos que aún vive. Todos los demás han sufrido el martirio. Tal vez lo visitan algunos amigos allí en Roma. Escuchan

palabras como éstas: «Amados, amémonos unos a otros; porque el amor es de Dios» (I Juan 4:7).

Y ellos le dicen: Juan, has cambiado.

Juan los mira y les pregunta: ¿Quién, yo?

Porque las personas que cambian son las últimas en notarlo, las últimas en publicarlo. La gracia de Dios había estado obrando en la vida de Juan. A él se lo conocía como uno de los hijos del trueno, pero ahora escuchamos de sus labios las palabras «Amados, ahora somos hijos de Dios, y aún no se ha manifestado lo que hemos de ser; pero sabemos que cuando él se manifieste, seremos semejantes a él, porque le veremos tal como él es» (1 Juan 3:2)

Por favor, amigo mío, permítame recordarle que si usted acepta a Jesús como un amigo personal día tras día y se relaciona con él por medio de la oración y el estudio de su Palabra; si nada lo retira de su lado, se unirá a Juan el amado en experimentar la transformación de su carácter. No importa la naturaleza de su pecado, éste se desvanecerá.

En ocasiones nos impacientamos y tratamos de fijarle tiempo a nuestro crecimiento. ¡No lo haga! Ese es el departamento de Dios. Es trabajo del Espíritu Santo. El

principio del crecimiento cristiano es primero la brizna, luego la espiga, luego la mazorca madura en la espiga. La producción del fruto lleva tiempo.

Pero el amor tiene su propia salvaguarda contra la licencia. A medida que continuamos amando a Jesús, más extraña se nos hace la idea de abaratar la gracia de Dios. Y mientras crecemos, aprenderemos con los discípulos a amar y confiar en él plenamente. Cuán agradecidos podemos estar por el mensaje del tratamiento que dio Jesús a los grandes pecadores.

CAPÍTULO 7: CÓMO TRATÓ JESÚS A LOS ENDEMONIADOS

El coro terminó de cantar el especial de la mañana, y con un suave rozar de togas, los cantantes regresaron a sus lugares en el balcón, buscando una posición cómoda para escuchar el sermón.

La iglesia estaba llena esa mañana, y se percibía una emoción reprimida en el ambiente, ya que el orador tenía una reputación de ser controversial. No siempre se lo invitaba a expresar sus ideas públicamente, y se rumoraba que uno de esos servicios casi había terminado en revuelta. El anciano encargado de la plataforma evidenciaba estar nervioso al mirar al invitado, y movió la cabeza como indicando que era tiempo de comenzar.

Ni bien el orador había llegado a la plataforma, cuando las puertas al fondo de la sinagoga se abrieron violentamente. Gritando y convulsionando por todo el pasillo central venía el endemoniado hasta caer a los pies de Jesús. Puede leer la historia en Lucas 4:33-36. Había entrado en la sinagoga un hombre que tenía un espíritu de demonio inmundo, el cual exclamó a gran voz. La

descripción no deja de ser graciosa: un demonio ¡inmundo! Después de todo, ¿cuántos demonios limpios existen? Pero por lo menos podemos suponer que en lo que a los demonios concierne, este demonio en particular aparentemente era muy malo.

El endemoniado exclamó a gran voz, diciendo: «Déjanos; ¿qué tienes con nosotros, Jesús nazareno? ¿Has venido para destruirnos? Yo te conozco quién eres, el Santo de Dios».

Nótense los pronombres; son sumamente interesantes. «Déjanos en paz. ¿Qué tienes con nosotros? ¿Has venido para destruirnos?» Evidentemente el demonio comenzó a hablar tanto por él mismo como por el hombre a quien poseía. Pero luego terminó con «Yo te conozco». Tal vez el hombre no se daba cuenta quién era Aquel en cuya presencia había sido arrojado tan violentamente. Pero el demonio ciertamente sabía delante de quién estaba.

Ha de haber sido un demonio bastante intrépido. Tal vez se creía muy valiente aquel día cuando decidió interrumpir el servicio que Jesús -Aquel que lo había formado y le había dado vida-, dirigía. Intrépido o no, sin embargo, no ha de haber sido un demonio muy inteligente. Debería haber sido más listo, porque terminó

derrotado, igual que cualquier demonio cuando está en presencia de Jesús. El Señor lo reprendió, diciendo: «Cállate, y sal de él. Entonces el demonio derribándole en medio de ellos, salió de él, y no le hizo daño alguno. Y estaban todos maravillados, y hablaban unos a otros, diciendo: ¿Qué palabra es ésta, que con autoridad y poder manda a los espíritus inmundos y salen?» En la Biblia se registran siete confrontaciones de Jesús con los demonios. Antes de discurrir sobre la segunda ocasión, por favor note los siguientes tres puntos:

1. El encuentro y la conversación de Jesús con el demonio fueron breves.
2. De inmediato obligó al demonio a abandonar a su víctima.
3. Por lo menos en este caso particular, no hubo la presencia de un intercesor.

No hubo persona alguna que hubiera estado involucrada en traer al hombre afligido a los pies de Jesús ni en buscarle ayuda. Él vino solo. A decir verdad, ni siquiera era capaz de pedir ayuda por sí mismo, porque cuando trataba de expresarse, era el demonio quien hablaba. No obstante, Jesús pudo liberarlo y salvarlo de la fuerza del maligno.

El segundo caso se encuentra en Mateo 9:32-34 y es muy corto. «Mientras salían ellos, he aquí, le trajeron un mudo, endemoniado. Y echado fuera el demonio, el mudo habló; y la gente se maravillaba, y decía: Nunca se ha visto cosa semejante en Israel».

En este caso hubo intercesión, puesto que dice «le trajeron un mudo, endemoniado». Nuevamente, sin embargo, notamos que el encuentro fue breve. Y la evidencia señala que los demonios fueron obligados a salir inmediatamente al mandato de Jesús. Las personas que lo trajeron no podían hacer nada para ayudarlo. Pero sabían lo suficiente como para traerlo ante Jesús, y era lo mejor que podían hacer, ¿no cree? Hoy día, cualquiera que conozca a alguien que esté atormentado u oprimido o en problemas, haría bien en seguir el ejemplo de estas personas, trayendo al atribulado a los pies de Jesús. Es el único que tiene el poder de sanarlo y restaurarlo.

El tercer caso que estudiaremos se encuentra registrado en Mateo 12. «Entonces fue traído a él un endemoniado, ciego y mudo; y le sanó, de tal manera que el ciego y mudo veía y hablaba» (vers. 22).

El registro sigue con el diálogo entre Jesús y los fariseos. Pero el encuentro real entre Jesús y los demonios

fue breve y concluyó con la derrota total del enemigo. Los dirigentes religiosos acusaron a Jesús de haber echado fuera a los demonios con el poder del diablo. En cambio, Jesús les presentó argumentos difíciles de contradecir y les contó una parábola acerca de una casa vacía barrida y adornada a la que regresaron muchos demonios para tomar el lugar de uno que fue echado fuera. Regresaremos a este punto más adelante, pero por lo pronto continuemos con el cuarto encuentro de Jesús con los demonios.

Este es uno de los encuentros más conocidos: los endemoniados que fueron liberados y los demonios que condujeron a una manada de cerdos por el precipicio hacia el mar. Se registra en Mateo 8 y Lucas 8. En esta instancia, Jesús sostiene un diálogo breve con los demonios. Según el registro de Lucas 8, él preguntó: «¿Cómo te llamas?»

Y ellos respondieron: «Nuestro nombre es Legión» (véase el vers. 30).

En los días de Cristo, el ejército romano se dividía en legiones. Cada legión se componía de tres a cinco mil soldados.

¡Aparentemente el diablo tenía suficientes demonios como para desperdiciar entre tres y cinco mil de ellos en

uno o dos hombres! Aunque hay evidencia bíblica de posesión múltiple, no hay evidencia de que se tenga que tratar a cada demonio individualmente.

Cuando Jesús dio la orden todos salieron. Un negocio en paquete, si bien les parece. Los demonios se fueron al hato de cerdos, y éstos se precipitaron al mar y la gente corrió a pedirle a Jesús que saliera de su país antes que ellos perdieran más de sus recursos.

En este caso no hubo intercesor. Nuevamente los demonios demostraron falta de criterio, o tal vez falta de control propio al venir ante la presencia de Jesús voluntariamente. Pero fueron suficientemente perceptivos como para decir, como se registra en Mateo 8:31: «Si nos echas fuera, permítenos ir a aquel hato de cerdos».

Seguramente sabían de antemano cuál sería el resultado de esa confrontación.

Encontramos el quinto caso registrado en Mateo 15:21-28. Es la historia de la mujer cananea cuya fe era muy grande. Insistió en permanecer en la presencia de Jesús, aunque fuera por las migajas de la mesa del Maestro. Su problema era que su hija era gravemente atormentada por un demonio. Al final de su conversación Jesús le dijo: «Oh mujer, grande es tu fe; hágase contigo como quieres».

Mateo concluye su relato de este milagro diciendo: «y su hija fue sanada desde aquella hora».

Hubo un intercesor en este caso, pero la hija que estaba poseída ni siquiera estuvo presente. Recibió su liberación en ausencia, podríamos decir. Pero, aunque no haya estado en su presencia inmediata, a la orden de Jesús, fue liberada al instante.

El sexto caso se encuentra en Marcos 9:14-29. Es un relato largo. Jesús bajó del monte de la transfiguración. Había llevado a tres de sus discípulos en este recorrido tan especial. Los otros nueve estaban celosos y alegaban entre ellos quién sería el más grande. En ese estado, trataron de enfrentarse a los demonios, pero a su vez, el demonio los enfrentó a ellos. Aunque Jesús jamás perdió una batalla, sus discípulos sí conocieron la derrota. Cuando Jesús llegó al lugar de los hechos, el padre del niño le explicó la situación y le dijo:

-Si tú pudieras hacer algo ...

Jesús le respondió: Al que cree todo le es posible.

Luego el hombre agregó: -Creo, pero no lo suficiente. Por favor, ayuda mi incredulidad. Jesús levantó al muchacho, y hubo una gran liberación aquel día.

Después que las multitudes se hubieron esparcido, los discípulos preguntaron a Jesús por qué ellos no habían podido sacar al demonio. Y Jesús les advirtió:

-Este género con nada puede salir, sino con oración y ayuno. Pero hasta donde sabemos, Jesús -quien sacó al demonio- no había estado ayunando. Resulta fácil aceptar una interpretación literal de este relato, y pensar que de alguna manera Dios quedará impresionado si nos privamos de alimentos. Pero esto no encaja muy bien con lo que dijo Jesús acerca de que Dios estaba dispuesto a dar buenas dádivas a sus hijos. Los dones de Dios no se ganan, son dados gratuitamente. Por lo tanto, ¿a qué se refería Jesús?

Jesús hablaba acerca de la relación continua con su Padre. No procuró elevarse a un nivel espiritual superior sólo por esta ocasión. Más bien, pasaba tiempo todos los días en comunión y compañerismo con su Padre. Esto era más importante para él que comer. Esta relación fue la que lo mantuvo bajo el control de su Padre y permitió que estuviera preparado para hacerle frente a cualquier artimaña del diablo que se le presentara.

Por otro lado, sus discípulos no habían pasado la noche entera ni las horas de la madrugada en

compañerismo con el Cielo como él lo había hecho. Se quedaron dormidos mientras alegaban entre sí acerca de quién sería el mayor. Por decisión propia se habían separado del poder del cielo, y de esa manera tuvieron que hacerle frente al enemigo con sus propias fuerzas endebles. En cualquier momento que tratemos de hacerle frente a los poderes de las tinieblas por nuestras propias fuerzas, ciertamente seremos vencidos. A menos que tengamos el poder de Jesús, sería un grave error intentar una confrontación con el diablo. Él es más fuerte que nosotros y saldrá victorioso cada vez. Sólo el poder de Jesús es suficientemente fuerte para vencer al enemigo, y este poder está al alcance de cada uno de nosotros a través de una relación diaria con Dios.

No sólo somos incapaces de hacerle frente a la posesión demoníaca en su forma extrema, sino que tampoco podemos hacer frente a las tentaciones y engaños del enemigo en nuestras propias vidas. No podemos vencer al pecado por nuestras propias fuerzas, sino sólo por las fuerzas que provienen del cielo, en la medida que acudimos a Jesús y le permitimos que pelee nuestras batallas.

Finalmente, el séptimo caso, registrado en Marcos 16:9. En esta ocasión, no se trata de una historia, como en las anteriores. Tenemos una referencia de algo que ya sucedió.

«Habiendo pues resucitado Jesús por la mañana, el primer día de la semana, apareció primeramente a María Magdalena, de quien había echado siete demonios».

Probablemente aquí podríamos especular, si Jesús echó fuera a siete demonios juntos en una ocasión, o si echó fuera demonios de María en siete ocasiones diferentes. Me quedo con esta última posibilidad en virtud de la parábola que Jesús contó en Mateo 12. Veamos lo que dice en los versículos 43-45.

«Cuando el espíritu inmundo sale del hombre, anda por lugares secos, buscando reposo y no lo halla. Entonces dice: volveré a mi casa de donde salí; y cuando llega, la halla desocupada, barrida y adornada. Entonces va, y toma consigo otros siete espíritus peores que él, y entrados, moran allí; y el postrer estado de aquel hombre viene a ser peor que el primero. Así también acontecerá a esta mala generación».

¿Qué trata de decirnos Jesús con esto? Que hay algo más importante que la expulsión del espíritu. También es

necesario mantenerlo fuera. ¿No es verdad? Y aparentemente, María tuvo que aprender esta amarga lección.

Una persona puede experimentar una liberación grandiosa del pecado, aun de posesión demoníaca, pero a menos que experimente de primera fuente una conexión vital con Dios y una relación continua con él, todos los días, por medio del estudio de la Biblia y la oración, no será suficiente.

Nosotros jamás podremos erradicar el pecado. Simplemente no hay lugar para él cuando Jesús entra.

Podemos llegar a varias conclusiones del estudio de estos casos. Primero, cuando Jesús echaba fuera demonios, lo hacía de manera inmediata. Segundo, los echaba fuera a todos juntos, no uno por uno. Tercero, en ocasiones había un intercesor, en otras no. Evidentemente no es esencial tener un intercesor. Y cuarto, echar fuera a demonios no es cosa del otro mundo!

En Lucas 10, cuando los setenta regresaron y dijeron: «Señor, aun los demonios se nos sujetan en tu nombre», Jesús en esencia les respondió: «¿Y qué? Satanás fue echado del cielo hace mucho tiempo. Es un enemigo vencido» (véanse los vers. 17-20).

La manera como Jesús trató a los endemoniados es una buena noticia. Fueron buenas nuevas en Palestina; sigue siéndolo en nuestros días. Jesús nunca perdió un solo caso. Los demonios gritaban pidiendo misericordia en su presencia. Por lo tanto, no debemos temerles, siendo que el grandioso nombre de Jesús sigue siendo el más grande poder en esta tierra. Mediante él, podemos ser liberados del poder del enemigo.

CAPÍTULO 8: CÓMO TRATÓ JESÚS A LOS POBRES

Un amigo mío y su hijo conducían por una calurosa autopista en California hace varios años, y pasaron por un puesto de helados. Mi amigo decidió que a su pequeño hijo de diez años le vendría bien un cono de helado. Entonces detuvo el auto, le dio diez centavos a su hijo, y le dijo que corriera a buscar un cono de helado.

En un momento, el niño regresó del puesto de helados casi llorando. Todavía tenía los diez centavos, y le dijo a su padre que el hombre no le vendería ni un cucurucho de helado. Entonces el padre salió del auto, se acercó al hombre y le preguntó: «¿Qué pasa aquí? ¿Por qué no le vendes a mi hijo un cono de helado?».

El dueño del puesto de helados dijo: «No vendemos conos de helado de nueve centavos. Su hijo quería un cono de helado de nueve centavos».

Entonces, mi amigo pastor se dio cuenta de que su hijo de diez años ya había dedicado su diezmo de los diez centavos al Señor, entre el auto y el puesto de helados. Así

que se relajó, le explicó al dueño del lugar lo sucedido, y se disculpó por el malentendido.

El hombre dijo: «¿Es eso lo que haces con el centavo de tu moneda de diez centavos? ¿Se la das al Señor?» «Bueno», dijo, «Te diré lo que haces, hijo. Le das toda tu moneda de diez centavos a Señor, y te daré un cono de helado.» Y puso una cucharada, dos cucharadas y tres cucharadas hasta que el helado se escurrió y se lo entregó al niño. Una vez más se cumplió la promesa que Dios abriría las ventanas de los cielos y derramaría bendición. Dios se deleita en honrar a los que le honran.

En Marcos 12 hay una historia sobre cómo Jesús trató a los pobres, aquellos que tenían muy poco, pero eligieron poner a Dios primero en sus donaciones. La historia comienza en el versículo 41: «Jesús, sentado frente al tesoro, vio cómo la gente echaba dinero en el tesoro».

Quizás recuerdes que, en los días de Cristo, aparentemente, la forma habitual de recibir ofrendas era colocar un recipiente en el vestíbulo. Y cuando la gente salía de la iglesia, pusieron sus ofrendas. ¡Personalmente desearía que pudiéramos revivir ese método para recibir la ofrenda! Pero, no obstante, ese era el método en los días de Jesús.

Jesús pudo estar allí en el vestíbulo y observar. «Y muchos ricos echaron mucho. Y vino una viuda pobre, y echó dos blancas, que equivalen a un cuarto». Versículos 41-42.

Un caramelo vale sólo una fracción de uno de nuestros centavos. Incluso el centavo que el hijo de mi amigo apartó del cono de helado, valía más que lo que tenía esta viuda. Pero ella arrojó su ofrenda, y Jesús la vio.

«Y llamando a sus discípulos, les dijo: De cierto os digo, que esta viuda pobre echó más que todos los que echaron en el tesoro; porque todos echaron de lo que les sobraba; pero ella de su necesidad echó todo lo que tenía, incluso todo su sustento.» Versículos 43-44.

Esta era una viuda pobre, pero me gustaría sugerir que era una viuda rica y pobre. La Biblia habla de aquellos que son ricos en fe. Y si tuvieras que elegir entre ser rico en fe, o rico en bienes de este mundo, ¿cuál elegirías? Puede que sea fácil dar una respuesta rápida. ¿Pero cuál preferirías realmente?

Esta era una viuda rica y pobre, y obtuvo buenas calificaciones de Jesús mismo, lo cual debe haber escuchado. Aparentemente, Jesús estaba tan cerca de ella,

que ella pudo escuchar lo que pasaba entre Jesús y sus discípulos.

Este encuentro tuvo lugar a mediados de la última semana de la vida de Jesús, apenas unos días antes de la crucifixión. Debe haber traído aliento al corazón de Jesús ver la fe de esta mujer. Y debe haber sido alentador para ella escuchar lo que dijo Jesús.

Jesús solía pronunciar palabras de agradecimiento. Desde que era niño, era conocido por pronunciar palabras de aliento y alegría. Y esta viuda debió salir del templo con paso más ligero, con esperanza en el corazón, con coraje para un día más, por su contacto con Jesús ese día.

De esta historia surgen varias lecciones sobre el dar, y los principios bíblicos del dar. En primer lugar, nuestra capacidad para dar depende de tres cosas: el dinero que tenemos, las posesiones que tenemos, y el poder adquisitivo que tenemos. A veces, el dinero o el flujo de efectivo de las personas se pierden en posesiones. En Mateo 19, Jesús le dijo al joven rico: «Ve, vende todo lo que tienes y dalo». Vea el versículo 21. «Deshazte de algunas de tus inversiones».

La norma bíblica para dar se encuentra en Malaquías, donde se describe el método de Dios. Nos pide que

cedamos en el plan de porcentaje. Realmente, esa es la única manera justa de medir las donaciones. A veces podemos engañarnos pensando que hemos dado mucho, simplemente porque hemos dado más dólares que otra persona. Pero en la historia de esta viuda, tenemos otro principio: Dios mide lo que damos, no por la cantidad del regalo, sino por la cantidad que nos sobra después de haber dado. Y según Su medida, esta mujer había dado más que todos los demás, porque dio todo lo que tenía.

Tomemos un ejemplo moderno. Supongamos que un estudiante universitario que intenta avanzar en la escuela puede ganar 100 dólares adicionales durante el mes. Según el principio bíblico del diezmo, que es el 10 por ciento, él debe devolverle a Dios 10 dólares, lo cual en realidad no es un regalo. Es sólo ser honesto. No es ser generoso. La enseñanza bíblica es que el 10 por ciento de nuestro aumento pertenece a Dios de todos modos.

Pero si ese mismo estudiante, también dejara caer una moneda de veinticinco centavos en el plato de ofrendas durante el mes además de su diezmo, podría pensar que no había dado mucho.

Otra persona, con un empleo estable y un salario regular, podría ganar 2000 dólares durante el mes, pagar

200 de diezmo y depositar 5 en el plato de ofrenda. Y esa persona habría dado la misma cantidad que el estudiante.

Y la persona que gana 10000 en un mes, devuelve 1000 en diezmo, y pone 25 en el plato de ofrenda, ha dado el mismo porcentaje que el estudiante que dio el trimestre. Eso realmente nos dice algo acerca de la justicia de Dios, ¿no es así?

Quizás sea posible malinterpretar la lección de la historia de la viuda, y decir: «Debemos dar todo lo que tenemos a la iglesia».

No, eso no es lo que Jesús está diciendo, y no es lo que Él espera. Está bien que le quede algo. A Abraham le quedaba algo. Abraham era rico. Y Abraham obtuvo buenas calificaciones. Otros en las Escrituras tenían grandes riquezas: Job, David y Salomón, por nombrar sólo algunos. Es legítimo tener una base a partir de la cual ganar más dinero, siempre y cuando ese aumento no eclipse nuestro sentido de necesidad, y llegue a ser más importante para nosotros que el tesoro celestial. David lo dijo bien en el Salmo 62:10: «Si las riquezas aumentan, no pongas tu corazón en ellas».

Consideremos otro caso histórico: la historia del rico tonto. Se encuentra en Lucas 12, comenzando con el

versículo 16. «Y les refirió una parábola, diciendo: La tierra de un hombre rico producía en abundancia; y él pensaba dentro de sí, diciendo: ¿Qué haré, porque no tengo granero donde depositar mis frutos?» Y ahí mismo se lo perdió. ¿De quién fueron los frutos?

«Y él dijo: Esto haré: derribaré mis graneros, y los edificaré mayores, y allí pondré todos mis frutos y mis bienes. Y diré a mi alma: Alma, muchos bienes tienes guardados para muchos años; descansa, come, bebe y regocíjate. Pero Dios le dijo: Necio».

Eres un tonto, hombre. Has olvidado quién es el que mantiene latiendo tu corazón. Has olvidado quién es realmente el dueño de la fruta y del ganado en las mil colinas, y del oro y la plata y de todas las minas. «Esta noche te será demandada tu alma: ¿de quién serán entonces las cosas que has provisto? Así es el que hace para sí tesoro, y no es rico para con Dios». Versículos 16-21.

Aquí tienes un contraste con la viuda pobre. Ella dio todo lo que tenía y se quedó con todo lo que él tenía. ¡Qué diferencia!

Es parte de la naturaleza humana que cuanto más dinero tienes, más dinero gastas. Construimos graneros

más grandes. ¿Graneros? Bueno, tal vez no nos gusten todos los graneros. Pero qué fácil es usar nuestro aumento para casas más grandes, mejores autos, vacaciones más caras, y olvidar las necesidades de los pobres, descuidar la obra del Señor, olvidar quién es quien da el poder de obtener riqueza.

Otra lección de cómo Jesús trató a la viuda pobre, es que el más pobre, el más humilde, y el que pasa desapercibido para los estándares mundanos, todavía tiene un gran valor a los ojos de Jesús. Según los estándares y medidas de su época, las mujeres eran ciudadanas de segunda clase. Una mujer que había perdido la compañía de su marido había perdido algo más que su estatus en la sociedad. Y una mujer viuda y pobre estaba entre las más bajas de todas.

La gente de la época de Cristo medía la espiritualidad por la riqueza y los logros. Incluso los discípulos de Cristo, cuando Jesús les dijo lo difícil que era para un hombre rico entrar en el reino de los cielos, preguntaron: «¿Quién, pues, podrá salvarse?» Véase Mateo 20:23-25.

Era comúnmente aceptado que cuanto más rico eras, más alto estabas a los ojos del cielo, y a los ojos de los hombres.

Pero en esta historia vemos que el suelo está nivelado al pie de la cruz. Esta viuda, en su pobreza y humildad, pudo dar más que todos los demás, más que todos los ricos, los honrados y los notados.

Esto fue cierto no sólo en el porcentaje que dio, sino también en los resultados de su donación. Debido al elogio de Jesús por su pequeña ofrenda, otros se han sentido alentados a traer lo poco que tienen, que de otro modo habrían considerado demasiado pequeño para ser aceptado. Y si bien las ofrendas de los fariseos ricos hace mucho que han sido olvidadas, las dos blancas de esta viuda han sido el comienzo de una corriente de pequeños obsequios, que se ha ampliado hasta el día de hoy.

Ella dio porque amaba, y eso fue lo que marcó la diferencia. Y es el amor de Jesús lo que hace que todas nuestras donaciones, grandes o pequeñas, tengan valor a los ojos del cielo.

Nuestra donación debe ser una respuesta y un reflejo del don de Jesús. «Porque conocéis la gracia de nuestro Señor Jesucristo, que, aunque era rico, por amor a vosotros se hizo pobre, para que vosotros con su pobreza seáis ricos». 2 Corintios 8:9.

Cuán agradecidos podemos estar por las riquezas que son nuestras en Cristo Jesús. Y cuán agradecidos podemos estar por la forma en que trató a la viuda pobre dándole riquezas eternas.

CAPÍTULO 9: CÓMO TRATÓ JESÚS A LOS PUBLICANOS Y RECAUDADORES DE IMPUESTOS

En Lucas 19 se registra la historia de Zaqueo, que era un hombre muy pequeño. La suya es una historia cautivadora. Contiene todo el drama de la vida real. Tiene su lado cómico. Y contiene una invitación espiritual profunda para el que verdaderamente busca a Dios.

«Habiendo entrado Jesús en Jericó, iba pasando por la ciudad. Y sucedió que un varón llamado Zaqueo, que era jefe de los publicanos y rico, procuraba ver quién era Jesús; pero no podía a causa de la multitud, pues era pequeño de estatura. Y corriendo delante, subió a un árbol sicómoro para verle; porque había de pasar por allí. Cuando Jesús llegó a aquel lugar, mirando hacia arriba, le vio, y le dijo: Zaqueo, date prisa, desciende porque hoy es necesario que pose yo en tu casa. Entonces él descendió aprisa, y le recibió gozoso. Al ver esto, todos murmuraban diciendo que había entrado a posar con un hombre pecador. Entonces Zaqueo, puesto en pie, dijo al Señor: he aquí, Señor, la mitad de mis bienes doy a los pobres; y si en algo

he defraudado a alguno, se lo devuelvo cuadruplicado. Jesús le dijo: Hoy ha venido la salvación a esta casa; por cuanto él también es hijo de Abraham. Porque el Hijo del Hombre vino a buscar y a salvar lo que se había perdido» (Lucas 19:1-10).

Jericó era una ciudad interesante. Había capturado la imaginación de muchos niños como el lugar de la batalla en el tiempo de Josué, cuando los muros de la ciudad se derrumbaron. La maldición sobre la Jericó de aquella época significaba que la antigua ciudad jamás sería reconstruida. Pero más tarde se construyó otra urbe, una ciudad moderna, que llegó a ser el hogar de Zaqueo en los días de Jesús.

Jericó era una ciudad hermosa, pero llegó a tener una reputación negativa por sus publicanos y recaudadores de impuestos. En ella, un judío podía volverse traidor a su pueblo, venderse a los romanos y de esa manera vivir bien. En ella un hombre podía hacerse rico, porque se le daba una porción de los impuestos que recolectaba. Y si lo que juntaba era mucho, sus ingresos aumentaban. Zaqueo no sólo era publicano, sino también jefe de los publicanos. Era el director de la Secretaría de Hacienda para el área de Jericó.

Pero era un hombre pequeño. A pesar de su corta estatura, había alcanzado un lugar prominente que le permitía caminar por las calles de Jericó y hacer temblar a la gente, debido a su poder, a la oficina que representaba y a su autoridad. Verdaderamente no parecía un candidato apto para el reino de los cielos, por lo menos de acuerdo con nuestras normas. Sin embargo, él había oído hablar acerca de Jesús. El Espíritu Santo ya había comenzado a trabajar en su corazón. Y Zaqueo desesperadamente quería ver a Jesús.

Dice que quería saber quién era él. No dice que quería ver lo que él hacía ni oír lo que él decía. Quería ver quién era Jesús. Quería llegar al meollo del asunto. Una cosa es conocer algo acerca de lo que Jesús hacía o decía. Pero es muy diferente conocerlo. A decir verdad, mucho de lo que Jesús decía, ya se había dicho en la literatura rabínica. Recuérdese que hubo milagros en los días de Elías, Eliseo y los demás profetas. Natanael y Felipe, dos de los discípulos de Jesús, lo habían considerado como algo más que el simple hijo de José de Nazaret. Para ellos era Hijo del Dios del cielo. Eso hacía toda la diferencia del mundo.

Hoy sucede lo mismo, ¿no le parece? Abrahán Lincoln realizó muchos actos bondadosos. Podemos aprender

mucho de los escritos de Confucio u otros hombres sabios. Los dirigentes religiosos de todos los tiempos han hablado acerca de Dios. Pero lo que le dio valor a las palabras y acciones de Jesús fue la fuerza de su identidad, quién era él en sí. Zaqueo, aunque pequeño, se dio cuenta de esto y quiso conocerlo personalmente.

Pero no podía ver a Jesús por causa del gentío. Esto sucedía frecuentemente en los días de Cristo. En el segundo capítulo de Marcos notamos la historia del paralítico que deseaba ser sanado y perdonado por sus pecados. No podía llegar hasta Jesús debido a la muchedumbre que lo rodeaba. Finalmente tuvieron que hacer un hueco en el techo para permitirle llegar a la presencia de Jesús. En el quinto capítulo de Marcos se halla el relato de la mujer enferma que sólo quería tocar el borde del manto, y difícilmente lo logró, debido a las multitudes. En el octavo capítulo de Lucas, hasta la misma mamá y hermanos de Jesús querían verlo, pero no podían por causa del gentío.

Hoy puede suceder lo mismo, ¿verdad? Es posible estar tan ocupados, vernos tan presionados por las necesidades de nuestro prójimo, incluso haciendo la obra del Señor, que nos olvidamos del Señor de la obra. En la

misma iglesia es posible que estemos tan presionados que perdamos de vista al Señor.

Y ahora, de repente vemos a este hombre Zaqueo, quien normalmente transitaba con gran dignidad las calles de Jericó, corriendo junto con los chicos de la calle, tratando de llegar al árbol más cercano. Obviamente, en su afán por ver a Jesús, se olvidó en gran medida de sí mismo. Su necesidad era de tal magnitud que en el afán de encontrar la ayuda que buscaba, perdió sus inhibiciones habituales.

Esto sucede con mucha frecuencia. Recuerdo haber oído acerca de un terremoto en California hace varios años. En medio del sismo, un señor trataba de consolar a sus vecinos histéricos. Se encontraba en el cerco del patio delantero de su casa diciendo a las mujeres y los niños que no había razón para gritar de esa manera. Que todo saldría bien.

Luego descubrió que todo lo que traía puesto era un par de zapatos. Corrió a su casa y se topó con la novedad de que su puerta delantera todavía estaba con llave, y había un tremendo hueco en la tela metálica por donde él había salido. Se le habían olvidado todas sus inhibiciones

al ver que su vida estaba en peligro. Zaqueo tenía un motivo supremo. Jesús vendría a la ciudad.

Tenía que ver a Jesús. Tenía que saber quién era él. Si existía una oportunidad, por remota que fuera, de encontrar la solución a sus noches de insomnio y el sentimiento de culpabilidad que lo agobiaba, nada en este mundo se lo impediría. Así que de repente se encuentra en la rama de un árbol que está encima del lugar por donde Jesús tendría que pasar.

Luego, Jesús se detiene bajo el árbol, mira hacia arriba y le da a Zaqueo la sorpresa más grata de su vida. No sólo lo ve allá arriba, sino que lo llama por su nombre: «Zaqueo, date prisa, desciende» (vers. 5).

Esta podría haber sido una situación embarazosa. Conozco un poco acerca de esta situación por experiencia personal. Cuando hace varios años vivíamos en Grand Junction, Colorado, el rodeo llegó al pueblo. Nuestro hijo de diez a doce años en aquel tiempo estaba muy emocionado. Quería ver el rodeo. En Grand Junction, Colorado, el rodeo es como el día de las verduras en un pueblo pequeño; es decir, el acontecimiento más grande del año. El pueblo entero estaría en el rodeo, incluyendo algunos de mis feligreses. Sin embargo, no estaba muy

seguro de que a todos mis miembros les gustaría que su pastor asistiera a uno de estos eventos. Pero mi hijo quería ir al rodeo. Así que finalmente decidimos ir juntos al lugar de los hechos, treparnos a uno de los árboles pegados al cerco y mirar desde allí.

¡No esperaba ver a ninguno de mis feligreses sentado en los árboles! Qué sorpresa me llevé cuando finalmente nos acomodamos en la rama de un árbol con una magnífica vista del rodeo, unos muchachitos del árbol vecino nos reconocieron y exclamaron: - ¡Vaya! ¡Pastor Venden ...!

Al preocuparme por mi hijo y su deseo de ver el rodeo había perdido todas mis inhibiciones. Sin embargo, éstas volvieron a mí de una manera repentina, y la situación se tornó muy vergonzosa. Zaqueo estaba tan interesado en ver a Jesús y descubrir quién era, que aparentemente no sintió vergüenza de ser descubierto en el árbol con los chiquillos de la calle. A pesar de la multitud que lo observaba, la Biblia dice que descendió aprisa y le recibió gozoso. Le había llegado la gran oportunidad de su vida.

Descendió aprisa. Isaías lo dijo en el capítulo 57 de su libro, en el versículo 15: «Habito con el quebrantado y humilde de espíritu». Jesús lo dijo: «Bienaventurados los

pobres en espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos» (Mateo 5:3).

Zaqueo se trepó a un árbol por más de una razón. Estaba allí no sólo física sino espiritualmente. Y Jesús lo invitó a bajar y postrarse a los pies de la cruz, reconociendo su gran necesidad.

Zaqueo descendió. Su lugar no era el árbol. Otro debía estar en el madero: Jesús, poco tiempo después, fue clavado en la cruz. Zaqueo recibió gozosamente a Jesús. Y cuando eso sucedió, la turba comenzó a quejarse y murmurar. Decían que Jesús había aceptado la invitación a entrar en la casa de un gran pecador. ¿Por qué escogió a este miserable para comer con él? ¿Acaso no había personas respetables e influyentes en la ciudad de Jericó a cuyos hogares él podría haber acudido?

Las multitudes se quejaron de lo mismo en otra ocasión cuando dijeron: «Este a los pecadores recibe, y con ellos come» (Lucas 15:2). Pero esas son las buenas nuevas. Ese es el evangelio en una sola oración. Si no fuera por el hecho de que Jesús recibe a los pecadores y come con ellos, no habría esperanza hoy para usted y para mí. ¿Acaso no se alegra de que él esté dispuesto a ser el invitado de personas pecadoras?

En este momento se presenta lo extraño de la historia, algo que nos ha inquietado a muchos. Aparentemente el publicano comenzó a tocar sus propios tambores de moralidad. «Entonces Zaqueo, puesto en pie, dijo al Señor: he aquí, Señor, la mitad de mis bienes doy a los pobres; y si en algo he defraudado a alguno, se lo devuelvo cuadruplicado» (Lucas 19:8). ¿Qué está haciendo? Algunos pueden pensar que él está tratando de ganarse la salvación. Pero nótese la respuesta. Él dijo: «Hoy ha venido la salvación a esta casa» (vers. 9).

Zaqueo no tuvo que esperar hasta haber cubierto sus huellas y haber dado el 50 por ciento, y haber restaurado el 400 por ciento. No, la salvación no estaba en esa acción. La salvación le llegó a Zaqueo cuando aceptó a Jesús en su casa y en su corazón. Cuando se recibe a Cristo como Salvador personal, viene junto con él la salvación al alma.

El deseo de Zaqueo de restaurar y de dar a los necesitados era una indicación de que él ya había aceptado esta salvación; no era un paso para ganar la salvación. ¿Hay diferencia? Era el resultado de la salvación, no la causa. Ese día, el día que Zaqueo aceptó a Jesús, la salvación llegó a su casa.

¿Y qué en cuanto al día siguiente? Hay otra frase clave en esta historia. Jesús dijo: «Hoy es necesario que pose yo en tu casa» (véase el vers. 5). Una vez que haya aceptado la salvación, una vez que haya bajado de su pedestal, una vez que haya permitido que Jesucristo sea exaltado, deberá escuchar esas palabras con las que ya nos hemos familiarizado. «Date prisa, desciende, porque hoy es necesario» -mañana es necesario-, es necesario que todos los días Jesús pose en tu casa.

No basta aceptarlo sólo una vez, no importa cuán grande sea su necesidad. Jesús quiere morar con nosotros, permanecer con nosotros. En Apocalipsis 3:20 dice: «He aquí, yo estoy a la puerta y llamo; si alguno oye mi voz y abre la puerta, entraré a él, y cenaré con él, y él conmigo». Jesús sigue insistiendo: «Hoy es necesario que pose yo en tu casa», en tu corazón, en tu vida.

CAPÍTULO 10: CÓMO TRATÓ JESÚS A LOS FORASTEROS

Un doctor judío de Los Ángeles formaba parte del cuerpo médico de un hospital perteneciente a una denominación protestante. En cierta ocasión contó sus experiencias de cómo era un extraño en ese lugar y de qué manera llegó a ser una persona de confianza. Estaba a punto de graduarse de su especialidad médica y una parte de su examen final consistía en entrar en el cuarto de un paciente que jamás había visto y salir en unos minutos con un diagnóstico. Se había entrenado bien a los pacientes para que no dieran a conocer su padecimiento.

Este médico judío entró en el cuarto que se le había asignado, donde había una mujer en la cama. Él pensó para sí, más vale que pruebe suerte, así que preguntó:

- ¿Qué tiene?

-Usted es el médico, averígüelo -le respondió la paciente.

De modo que comenzó a examinarla. Después de unos momentos le pidió que se diera vuelta en la cama, y ella se movió como dos centímetros.

El médico insistió:

-Discúlpeme, por favor, pero necesito que se voltee.

La mujer se movió otros dos centímetros.

Para entonces, y en su frustración, el médico empezó a pronunciar frases y palabras seleccionadas en yiddish, ignorando que la dama también era judía. Ella lo miró unos instantes y le preguntó:

- ¿Es judío?

-Sí -respondió el médico.

- ¡Padezco diabetes! -le confió la dama.

Él explica que jamás se había sentido más integrado o afiliado a un grupo como en esa ocasión.

Ya sea que se esté hablando acerca de la práctica médica o de la iglesia o del mundo en general, es posible ser alguien de casa o un intruso. En realidad, si pensamos unos instantes, veremos que es posible ser de casa aun cuando se esté afuera; o ser un forastero, aun cuando se sea de casa.

Con esto en mente, es emocionante notar cómo trató Jesús a los forasteros de sus días para descubrir quiénes eran realmente los de casa.

«Y el siervo de un centurión, a quien éste quería mucho, estaba enfermo y a punto de morir. Cuando el centurión oyó hablar de Jesús, le envió unos ancianos de los judíos, rogándole que viniese y sanase a su siervo. Y ellos vinieron a Jesús y le rogaron con solicitud, diciéndole: Es digno de que le concedas esto; porque ama a nuestra nación, y nos edificó una sinagoga.

«Y Jesús fue con ellos. Pero cuando ya estaban cerca de la casa, el centurión envió a él unos amigos, diciéndole: Señor, no te molestes, pues no soy digno de que entres bajo mi techo; por lo que ni aun me tuve por digno de venir a ti; pero di la palabra, y mi siervo será sano. Porque también yo soy hombre puesto bajo autoridad, y tengo soldados bajo mis órdenes; y digo a éste: Ve, y va; y al otro: Ven, y viene; y a mi siervo: Haz esto, y lo hace. «Al oír esto Jesús se maravilló de él, y volviéndose, dijo a la gente que le seguía: Os digo que ni aun en Israel he hallado tanta fe. 'Y al regresar a casa los que habían sido enviados, hallaron sano al siervo que había estado enfermo» (Lucas 7:2-10).

Jesús se maravilló de la fe del centurión. En los evangelios se registran dos ocasiones específicas cuando Jesús se maravilló, y por razones opuestas. En ésta, se

maravilló por la fe de un forastero. En la otra, por la falta de fe de los de casa, el grupo religioso de sus días.

Supongo que ha oído hablar acerca de las siete maravillas del mundo. ¡La última vez que revisé la lista, eran unas 280! Pero consideremos las siete maravillas de esta historia: siete elementos de los cuales podemos maravillarnos al repasar esta experiencia.

El primero tiene que ver con el centurión, el cual envió a unos ancianos a Jesús para que le contaran acerca de su siervo que estaba enfermo. ¿No es maravilloso que un gentil -considerado como un perro por el pueblo religioso de sus días-, tuviera el valor de hacer lo que hizo? Los gentiles eran forasteros. Se consideraba que no eran dignos de que Dios los tomara en cuenta, ni de recibir sus bendiciones y salvación. Así que verdaderamente ha de haber tenido mucha fe para intentar siquiera ingresar al sistema judío.

No sólo era gentil, sino también romano. Los romanos, en los días de Jesús, eran la clase de personas que, si hacía frío, podían detener en la calle a un judío y despojarlo de su abrigo; si un romano llevaba una carga muy pesada, podía obligar a algún judío que se la llevara. Los soldados romanos no se conocían por su amabilidad, cortesía ni

virtudes. Este hombre no sólo era soldado romano, sino también un centurión, encargado de cien hombres del ejército romano. Era un candidato poco probable para ejercer gran fe.

El segundo elemento del que podríamos maravillarnos en esta historia es el hecho de que el centurión era un cristiano. Evidentemente su fe provenía de una experiencia personal con Dios, y sabía algo acerca de Dios, aun antes de conocer a Jesús. En realidad, conocía suficientemente acerca de Dios como para percibir que Jesús era Dios. Ni siquiera los judíos del tiempo de Jesús lo habían reconocido. Estaban tan ocupados en tratar de ser buenos, externamente, que no tuvieron tiempo para reconocer la identidad del Galileo. Pero el centurión sabía quién era.

Él dijo: «Yo tengo autoridad». Luego describió los límites de su autoridad. Pero se veía a sí mismo como un simple reflejo en la presencia de Aquel que tenía todo el poder del cielo y de la tierra. Reconoció en Jesús a Uno que tenía autoridad; su fe aceptó a Jesús como Uno enviado por Dios. Aparentemente en su mente no existían dudas al respecto. Todo el pueblo religioso de sus días podría haberse unido a él, si lo hubieran deseado.

El tercer elemento que me gustaría destacar de este centurión es el hecho de que él no pidió señales. La gente de sus días siempre pedía señales. «Muéstranos una señal y creeremos». Jesús les dijo en una ocasión:

-Ustedes no creerían, aunque resucitara a uno de los muertos.

Más tarde, lo comprobó al resucitar a Lázaro, y no sólo no creyeron, sino que hicieron un complot para matar tanto a Jesús como a Lázaro, a quien había levantado de los muertos. La señal no hizo ninguna diferencia.

Al noble judío que acudió a Jesús, le dijo:

-Si no viereis señales y prodigios, no creeréis.

Cuán fácil es fundamentar nuestra confianza en Dios cuando recibimos las respuestas que hemos pedido. Jesús percibió en el corazón del noble judío la fe condicional de alguien que no creería a menos que viera señales y prodigios. Pero no fue así con este centurión romano. Aceptó a Jesús tal cual era, aun antes de ver las señales y los prodigios.

Un cuarto elemento que debería maravillarnos de esta historia es la condición del siervo. Era un hombre que estaba muriéndose. La petición del centurión era más que

simplemente rogar que se lo sanara de una gripe o resfrío. Este hombre estaba en problemas serios. Yacía en su lecho de muerte. Sin embargo, el centurión estuvo dispuesto a pedir lo aparentemente imposible. Él creía que el Creador del universo podía decir la palabra y su siervo sanaría.

¿Está usted dispuesto a pedir algo grande a Dios? ¿O tiene miedo de que si le pide algo grande no se lo conceda? ¿Tiene suficiente fe sólo para traer a los pies de Dios las peticiones pequeñas? ¿O se parece al centurión que le trae a Dios las peticiones imposibles?

Un quinto elemento que puede maravillarnos es el hecho de que la fe del centurión era tan grande que pudo decirle a Jesús: «Sólo di la palabra y mi siervo sanará». Imagínese ir al médico hoy por causa de un problema serio de salud de un ser querido. ¿Estaría dispuesto a decir: «Sólo di la palabra. Dinos cuál medicina lo sanará, y eso será suficiente?»

Este hombre tuvo la oportunidad de decidir si el Gran Médico le haría una visita a domicilio o no. Y él rehusó esta oportunidad diciendo: «No es necesario. Sólo di la palabra». Eso requiere mucha fe, ¿no le parece?

En este punto se puede ver la lección espiritual de la historia. Al concentrarnos en el milagro de la sanidad

podríamos perder de vista la lección más profunda. Sabemos que no todos los que oran y piden sanidad física son sanados en el acto. Hasta los más consagrados sufren y mueren en este mundo de pecado.

Pero es un principio eterno y universal que Dios se complace en perdonar los pecados. Y la única condición que se requiere es que acudamos a él y se lo pidamos. En su plan lleno de sabiduría, Dios no incluye la sanidad de las enfermedades físicas de todos. De lo contrario, ya habríamos desarrollado un mundo lleno de cristianos por interés del arroz, gente que le sirve sólo por los favores que pueden obtener de él. Dios quiere un pueblo que le sea fiel hasta la muerte, que testifique ante el mundo que seguirá amándolo y confiando en él sin importar lo que suceda.

Pero cuando se trata del perdón de los pecados, él perdona todos nuestros pecados, y aún más. Él también sana todas nuestras enfermedades espirituales. Acudimos al Gran Médico en busca de algo más que el perdón. Vamos a él para ser sanados. Y su plan es que nos levantemos y caminemos en una vida nueva. La victoria, la obediencia y el triunfo, no sólo el perdón, están al alcance de todo aquel que acuda a sus pies.

Su voluntad para cada uno de nosotros no es sólo que hallemos perdón de nuestros pecados cuando los confesemos, sino que también seamos limpiados de toda injusticia. Esa es su palabra, y en la medida que la aceptemos por fe, en esa misma hora veremos su cumplimiento.

El sexto elemento digno de destacar del centurión es su humildad. Los dirigentes judíos que le presentaron a Jesús la petición de este oficial romano dijeron: «Es digno de que le concedas esto». Si buscas a alguien que sea digno, a quien quieres darle tus buenas dádivas, tenemos a uno. Nos ha construido una sinagoga. Seguramente merece una bendición adicional por eso. Pero el centurión mandó a decirle: «No soy digno». «No soy digno siquiera que entres en mi casa. Sólo di la palabra y mi siervo sanará».

Hay una gran diferencia entre tener valor y ser digno. Frecuentemente sentimos que carecemos de valor. Ese es uno de los grandes problemas del mundo actual. Mucha gente siente que no vale nada. Jesús probó en la cruz que sí valemos. Pero eso no nos hace dignos.

Cuando el centurión dijo, «no soy digno», evidenció lo genuino de su fe. Fe genuina es confianza en otro, y

cuando confiamos, reconocemos que tenemos necesidad de otro. Reconocer que necesitamos a Jesús cada día es una experiencia de humildad. Pero sólo aquel que llega a estar humildemente al pie de la cruz, puede experimentar las bendiciones de la cruz.

Me gustaría unirme al centurión hoy y decir: «Señor, no soy digno del más mínimo de tus favores, pero Jesús dejó el cielo por mí». Y Jesús probó que, ante sus ojos, en Cristo somos de mayor estima que todo el universo.

El séptimo elemento por el que podríamos maravillarnos del centurión es que, aunque él era un forastero, un pagano ante los ojos de los líderes judíos, fue transformado por Dios y demostró una verdadera preocupación por el prójimo. Él dijo: «Por favor, sánalo, porque lo quiero mucho». ¿Puede imaginar a un oficial del ejército diciendo estas palabras?

¿Tiene usted a alguien a quien quiere mucho? Puede acudir a los pies de Jesús y decirle: «¿Puedes hacer algo por esta persona? Él o ella significa mucho para mí». Esto es lo que caracteriza a una verdadera persona: cuando tiene la compasión y el espíritu de Jesús y se interesa más en el prójimo que en cualquier otra cosa.

¿Puede imaginar la conclusión de esta historia? Cuando Jesús escuchó acerca del siervo del centurión, dijo sin vacilación: «Iré y lo sanaré».

Han pasado siglos y hoy vivimos al borde de la eternidad. Me imagino a Jesús hoy, a la diestra del Padre, a quien se le ha conferido todo el poder de la tierra y el cielo. Él mira a un mundo hundido en problemas, un mundo lleno de dolor, muerte y lágrimas. Puedo oír nuevamente su voz diciendo:

-Volveré. Volveré y los sanaré.

Pronto llegará el día cuando él vendrá y sanará a todos sus siervos, a quienes quiere entrañablemente. Habrá concluido la controversia. La pregunta del amor de Dios y su justicia se habrá resuelto para siempre. Y Jesús hará lo que ha querido hacer todo el tiempo. Nos habrá sanado a todos, a todos aquellos que hemos aceptado su amor. Dios mismo vendrá y morará con nosotros y limpiará todas las lágrimas. ¡Qué cuadro tan hermoso! ¡Qué magnífica esperanza! ¡Cuán bello amor el de Dios por nosotros!

CAPÍTULO 11: CÓMO TRATÓ JESÚS A LAS MUJERES

Actualmente hay mujeres que manejan martillos neumáticos o perforadoras de mano. Las hay conductoras de camiones, dependientas de gasolineras y oficiales de policía. Algunas personas han pensado y discutido largamente acerca del papel que desempeña la mujer en la iglesia. Alegan que, si los derechos de la mujer tienen méritos en otras áreas, ¿por qué no permitirles que ocupen cualquier posición dentro de la iglesia?

Para aquellos que se formulan estas preguntas -y tal vez para otros también-, el tema de cómo trató Jesús a las mujeres puede ser muy interesante. Debería ser de interés por lo menos para el 50 por ciento de los lectores de este libro; ¡sin embargo, no estoy seguro acerca de cuál 50 por ciento!

En años recientes, más de un autor ha presentado a Jesús como defensor de las mujeres. ¿Será esto verdad, a la luz de los cuatro evangelios? Si en realidad fuera adalid de las mujeres, ¿en qué sentido lo es y de qué manera defendió la feminidad?

Si consideramos los aspectos culturales y sociales de los días de Cristo, notaremos que los líderes de la iglesia, los rabinos, eran cualquier cosa menos defensores de los derechos de la mujer. En realidad, una oración proveniente de la literatura rabínica que pudo haber sido usada aun en sus días, reza de la siguiente manera:

«Bendito eres, oh, Señor nuestro Dios, Rey del universo, que no me hiciste pagano. Bendito eres, oh, Señor nuestro Dios, Rey del universo, que no me hiciste siervo. Bendito eres, oh, Señor nuestro Dios, Rey del universo, que no me hiciste mujer».

Esta oración ha sido alterada en años recientes -la han parchado un poco-, pero básicamente así decía y así se pensaba en los días de Cristo. Otro extracto de la literatura rabínica reza de la siguiente manera: «Feliz es aquel que tiene hijos, ay de aquel que tiene hijas». ¡Por favor, recuerden que éstas no son mis palabras! Sólo trato de establecer el trasfondo cultural de los días de Jesús. Definitivamente no era muy popular en esos días defender los derechos de la mujer.

En primer lugar, consideremos brevemente las enseñanzas de Jesús. Frecuentemente hacía referencia a la mujer en sus historias y parábolas. Todos recordamos la

parábola de la mujer que puso levadura al pan: una historia que explica el reino de los cielos. Hemos oído las parábolas de la oveja perdida, el hijo pródigo y la moneda perdida: una moneda perdida por una mujer probablemente era parte de su dote. Hemos escuchado acerca de las diez vírgenes en una parábola que habla acerca del fin del tiempo. Jesús contó una historia acerca de la viuda importuna, en la que ilustra la importancia de ser persistente en la oración. En una ilustración, Jesús habló acerca de la mujer de Lot y de la reina de Saba. Y ya hemos expuesto en detalle la manera como Jesús alabó a la viuda en el templo después que dio su ofrenda de dos blancas. En Mateo 21, después de la historia de los dos hijos -de los que sólo uno obedeció a su padre-, Jesús dijo que hasta las ramera entrarían al reino de los cielos antes que los dirigentes religiosos de sus días. En el primer sermón que presentó en Nazaret Jesús hizo referencia a la viuda de Sarepta de los tiempos de Elías.

Cuando habló a los discípulos acerca de su segunda venida, se refirió a dos mujeres que molían en el molino. Jesús hablaba frecuentemente acerca de mujeres ilustrando con ellas sus enseñanzas. Consideremos por unos momentos unos ejemplos de su relación con las mujeres. Un escritor lo explica de la siguiente manera: «En

su relación con las mujeres, el estilo de vida de Jesús era tal, que sólo se puede calificar como asombroso. Trató a las mujeres como verdaderos seres humanos, iguales a los hombres en todo aspecto. Jamás se escucharon de sus labios palabras de desprecio. Del mismo modo como el Salvador se identificó con los oprimidos y los desheredados, habló con las mujeres y acerca de las mujeres con completa libertad y sinceridad».

Al considerar la relación de Jesús con las mujeres, notemos en primer lugar su relación con su propia madre.

Cuando tenía 12 años, al realizar su primer viaje al campestre de Jerusalén, se separó de sus padres, y ellos siguieron su camino sin darse cuenta de que él no estaba con ellos. Cuando finalmente lo hallaron, después de buscarlo por tres días, lo reprendieron. Aun a la edad de 12 años, les respondió: «¿Por qué me buscabais? ¿No sabíais que en los negocios de mi Padre me es necesario estar?» (Lucas 2:49).

A simple vista uno puede pensar que Jesús se portó desafiante con sus padres. Pero no fue así, porque el registro del Evangelio testimonia que descendió con ellos y estuvo sujeto a ellos los siguientes 18 años. Pero hay una implicación muy clara en este pasaje y es que Jesús -por

primera vez- manifestó una tensión y equilibrio entre la lealtad hacia su familia y la lealtad hacia su Padre celestial.

La segunda referencia acerca de Jesús y su relación con su madre aparece en la historia de la boda de Caná. Recordamos que ellos necesitaban más jugo de uva. La mamá de Jesús acudió a él y le hizo saber la necesidad surgida. Y Jesús le respondió: «¿Qué tienes conmigo, mujer?» (véase Juan 2:4).

Muchas personas piensan que ésta fue una actitud algo ruda. Pero un estudio cuidadoso de las formas del lenguaje de esos días demuestra lo contrario. En realidad, puede haber sido una respuesta respetuosa. Sin embargo, la sugerencia permanece de que a pesar del respeto que tenía Jesús por su madre, debía velar cuidadosamente por el equilibrio entre ese respeto y el trabajo que su Padre le encomendó que hiciera.

La tercera referencia nos remite a Capernaúm, donde la mamá y los hermanos de Jesús trataron de verlo, pero no pudieron debido a la multitud presente. En vez de interrumpir su predicación, él dijo: «Todo aquel que hace la voluntad de mi Padre que está en los cielos ese es mi hermano, y hermana, y madre».

Nuevamente enfatiza que el servicio a Dios no puede ser relegado a un segundo lugar, aun frente a la relación familiar. Y su propia madre, aunque haya sido bendita entre las mujeres, no podía llegar al reino de los cielos por el solo hecho de ser su madre. Necesitaría sostener su propia relación con Dios.

La cuarta referencia a la relación de Jesús con su madre ocurre al pie de la cruz. Mientras pendía de la cruz, miró hacia abajo y la vio parada junto a Juan ... Juan, el que siempre estaba ahí. Jesús dijo: «¡Mujer, he ahí tu hijo!» y a Juan, «¡He ahí tu madre!» (Juan 19:26-27). De esta manera mostró un cuidado solícito por su madre hasta el mismo fin.

Ahora, otra área de la relación de Jesús que tiene que ver con las mujeres que eran seguidoras suyas. «Aconteció después, que Jesús iba por todas las ciudades y aldeas, predicando y anunciando el evangelio del reino de Dios, y los doce con él, y algunas mujeres que habían sido sanadas de espíritus malos y de enfermedades: María, que se llamaba Magdalena, de la que habían salido siete demonios; Juana, mujer de Chuza, intendente de Herodes y Susana, y otras muchas [¡y muchas otras!] que le servían de sus bienes» (Lucas 8:1-3).

Jesús tenía como sus seguidores a doce apóstoles y un grupo de mujeres galileas. ¿Por qué lo seguían? ¿Lo hacían por invitación de alguien? Jesús dijo a sus apóstoles en una ocasión: «No me elegisteis vosotros a mí, sino que yo os elegí a vosotros» (véase Juan 15:16). Bien podría ser que Jesús hubiera escogido a estas mujeres también.

¿Qué hacían ellas? Lo acompañaban. Y uno bien podría especular acerca del problema que se presentaba cuando llegaban a un poblado en busca de alojamiento. Lo sostenían financieramente. Hay evidencia que algunas de estas mujeres eran ricas. Lo acompañaron hasta el mismo fin. Cuando los doce discípulos huyeron en su carrera de cien metros tratando de salvar sus propios pellejos, las mujeres permanecieron cerca de él y fueron las primeras en recibir el mensaje de la resurrección.

Otro ejemplo de la relación que tenía Jesús con las mujeres es su amistad con María y Marta. Ya conocen la historia. Se encuentra en el décimo capítulo del Evangelio según San Lucas. Allí se dice que María se sentó a los pies de Jesús. ¿Qué significa esto? En los días de Cristo, el alumno se sentaba a los pies de su maestro. Es más, Marta llamó a Jesús «el Maestro» en Juan 11, cuando llamó a María y le dijo: «El Maestro está aquí». En los tiempos de Cristo

era inaudito que un rabino le enseñara a una mujer. De hecho, los rabinos decían que era preferible enseñarle a un samaritano que, a una mujer, ¡y ya saben lo que sentían por los samaritanos! Pero María se sentó a los pies de Jesús, y de los labios de su hermana Marta salió una de las más grandes afirmaciones acerca de Jesús y de quién era él en realidad. Sucedió en ocasión de la muerte de Lázaro. Jesús acababa de llegar a Betania. Marta dijo: «He creído que tú eres el Cristo, el Hijo de Dios que has venido al mundo» (Juan 11:27). ¿Cómo se puede pedir mayor fe que ésta?

Otro suceso que ilustra la relación de Jesús con las mujeres ocurrió cuando fue ungido en una fiesta en la casa de Simón. Los cuatro Evangelios lo registran. Lo que ocurrió allí habría sido mal visto por todos los judíos de sus días: Jesús permitió que una mujer lo tocara con el cabello suelto. (En aquellos días, soltarse el cabello era algo que sólo hacían las mujeres de la calle.) No sólo eso, sino que Jesús dijo, y quedó registrado para todas las generaciones, que esa mujer había hecho algo muy hermoso.

Luego tenemos a Jesús y a la mujer samaritana. En los días de Cristo, había una regla que decía: «Un hombre no debe estar solo con una mujer en una posada, ni siquiera

con una hermana o hija, debido a lo que los demás hombres puedan pensar. Un hombre no debe hablar con una mujer en la calle, ni siquiera con su propia mujer, y especialmente si no es su mujer, debido a lo que los demás hombres puedan pensar». ¡Esto nos muestra claramente qué clase de hombres había en aquellos días! Pero Jesús habló con la mujer junto al pozo, sin avergonzarse por haberlo hecho, quebrantando de esta manera la rígida costumbre judía.

La experiencia de Jesús y la mujer adúltera que fue arrastrada hasta su presencia, de igual manera quedó registrada. Él la defendió en presencia de todos los que estaban listos a condenarla. ¡Vaya, las experiencias de Jesús y su relación con las mujeres parecieran no tener fin!

¿Y qué en cuanto a Jesús sanando a mujeres? Sanó a la suegra de Pedro ... en el día de reposo. Quebrantó dos reglas a la vez, puesto que no sólo la sanó en sábado, sino que la tocó, la tomó de la mano.

Otra instancia quedó registrada en Lucas 13:10-17: la mujer que había sufrido una rara enfermedad por dieciocho años. Nuevamente, fue sanada en sábado, y Jesús la tocó públicamente, algo absolutamente prohibido entre los judíos.

También quedó anotada la historia del hijo de la viuda que fue resucitado en la aldea de Naín. Jesús interrumpió el cortejo fúnebre y trajo alegría a un corazón atribulado. Cuando resucitó a la hija de Jairo, Jesús nuevamente quebrantó las costumbres y tradiciones judías al tocar a la niña muerta y traerla nuevamente a la vida.

Cuando iba camino a esa cita, una mujer entre la muchedumbre se acercó a tocar el borde de su manto. Jesús se detuvo y preguntó: «¿Quién me tocó?» Llamó a esta tímida mujer, la sacó del anonimato y la reafirmó como una persona digna de recibir sanidad. Reconoció públicamente su fe y determinación. La trató como a un ser humano.

Una de las últimas experiencias de Jesús en relación con las mujeres sucedió en el camino al Calvario. Las mujeres lloraban. Tal vez no hayan tenido demasiado contacto previo con Jesús, pero sus corazones fueron tocados por su sufrimiento.

¡Deberíamos tener más hombres como ellas! Hombres como Simón el Cireneo, que no pudo callar al ver sufrir a un Hombre debajo de la cruz. Pero las mujeres lloraban, y Jesús las tomó en cuenta.

No se registra una sola instancia en los Evangelios cuando una mujer se haya mostrado hostil hacia Jesús. Jesús se asociaba espontáneamente con ellas y presentaba su mensaje por igual tanto a hombres como a mujeres. Trataba a las mujeres con deferencia en todo sentido. Escogió tanto a mujeres como a hombres para ser sus amigos especiales. Aceptó sus demostraciones de aprecio, las que calificó como algo hermoso. Nunca dudó en ministrar a las mujeres. Y demostró que era posible asociarse con ellas en un plano elevado y espiritual. Por la aceptación y consideración que mostró hacia las mujeres, puede considerársele como el paladín de las mujeres.

CAPÍTULO 12: CÓMO TRATÓ JESÚS A LOS DESESPERANZADOS

La ciudad de Jerusalén ha sido destruida muchas veces. Ciudades y aldeas de Palestina desaparecieron tal como se conocieron en los tiempos de Cristo. Con el paso de los años, las nuevas generaciones simplemente han construido nuevas ciudades sobre las antiguas.

Hace algunos años viajé a Tierra Santa en compañía de otras personas. Por entonces visitamos el estanque de Betesda. Queda a 24 metros debajo de la superficie de la ciudad actual, y uno puede descender por los escalones en espiral hasta llegar al nivel del estanque, en el mismo lugar donde estuvo en los días de Jesús.

Al llegar a los cinco pórticos, otras escaleras descienden aún más, hacia la oscuridad, hasta llegar a las aguas aún existentes del estanque. Uno de los de nuestro grupo en aquel tiempo, desapareció accidentalmente en el estanque, al tratar de bajar por la escalera oscura. ¡Para su sorpresa, las aguas lo movieron a él, en vez de que ellas fueran movidas!

Pero el estanque de Betesda sigue ahí y nos da una vislumbre de cómo era la situación en los tiempos de Jesús.

La historia del hombre en el estanque de Betesda se halla en el quinto capítulo de Juan: «Después de estas cosas había una fiesta de los judíos, y subió Jesús a Jerusalén. Y hay en Jerusalén, cerca de la puerta de las ovejas, un estanque, llamado en hebreo Betesda, el cual tiene cinco pórticos. En éstos yacía una multitud de enfermos, ciegos, cojos y paralíticos, que esperaban el movimiento del agua. Porque un ángel descendía de tiempo en tiempo al estanque, y agitaba el agua; y el que primero descendía al estanque después del movimiento del agua, quedaba sano de cualquier enfermedad que tuviese» (Juan 5:1-5).

Esto era el «abra-cadabra», la magia de sus días. El Lourdes donde la gente podía hallar salud y sanidad; por lo menos era lo que se creía.

«Y había allí un hombre que hacía treinta y ocho años que estaba enfermo. Cuando Jesús lo vio acostado, y supo que llevaba ya mucho tiempo así, le dijo: ¿Quieres ser sano? Señor, le respondió el enfermo, no tengo quien me meta en el estanque cuando se agita el agua; y entre tanto que yo voy, otro desciende antes que yo.

“Jesús le dijo: Levántate, toma tu lecho, y anda. Y al instante aquel hombre fue sanado, y tomó su lecho, y anduvo. Y era día de reposo aquel día” (vers. 5-9).

El resto del capítulo no es más que un seguimiento a esta historia. Jesús fue citado a la corte y se le hizo comparecer ante un tribunal terrenal. Jesús, el Señor del sábado, es acusado de violar el sábado. Si la situación no fuera tan trágica, hasta podría ser cómica. Jesús, el Creador, el que hizo todo lo que hay en el mundo, el responsable de mantener el corazón latiendo en el pecho de las mismas personas que lo acusaban. Es una situación sumamente interesante.

En seis ocasiones distintas acusaron a Jesús de quebrantar el sábado. Y al estudiar dichas circunstancias, notará que Jesús siempre decidió en favor de la persona, mientras que los dirigentes religiosos siempre favorecían la ley.

Pero en Mateo 12:12, Jesús dijo: «Es lícito hacer el bien en los días de reposo». Así que Jesús «quebrantó» el sábado para poderlo guardar. Y los dirigentes judíos, mientras trataban de guardarlo, lo quebrantaban. Cuando Jesús favorecía a la persona, en realidad exaltaba también

la ley. Estas dos no se excluyen mutuamente. Es lícito hacer el bien en los días de reposo.

La palabrita lícito es muy interesante. El texto no dice: «Sería lindo que hicieras el bien en sábado»; ni «es tu privilegio hacer el bien». En otras palabras, eso es lo que la ley requiere. Es como viajar por una de esas carreteras que tienen un cartel que dice «Velocidad mínima 60 kilómetros por hora» No sólo es permitido manejar más rápido que 60, sino que, si uno maneja más lento que esto, estaría quebrantando la ley. Hacer el bien en sábado es lo que requiere la ley, y Jesús vino para revelar el verdadero propósito del día de reposo. Dio un paso gigantesco al pasar por sobre toda costumbre y tradición, y mostrar el verdadero propósito de la observancia del sábado.

Aquel sábado, Jesús se paseaba por los cinco pórticos. La gente que yacía alrededor del estanque eran casos desahuciados. Sus familiares y amistades los llevaban a ese lugar como último recurso. Algunos habían erigido albergues rústicos junto al estanque; pero a otros los traían todos los días. Todos esperaban que las aguas fueran removidas para ser los primeros en bajar al estanque. Los enfermos deformados, lisiados y desesperanzados yacían por doquier esperando.

Jesús caminaba solo entre los sufrientes, sin que éstos lo notaran. Empezaba su ministerio. Más tarde, la gente lo seguiría, lo apretaría y estaría a sus pies. Pero aquel día no lo seguía la multitud, no había mujeres que empujaran entre los observadores, tratando de tocar el borde de su manto.

Así que Jesús caminó entre los pórticos observando a los sufrientes, deseando poder sanarlos. ¡Quería sanarlos a todos! Si yo hubiera estado allí y lo hubiera reconocido, y si hubiera sabido acerca de su poder, habría gritado: «¡Adelante Jesús! ¡Sánelos a todos!»

Pero él no podía hacerlo. Su misión todavía comprendía demasiadas cosas. Si los hubiera sanado a todos, habría concluido su trabajo prematuramente. A decir verdad, por sólo sanar a un hombre dio un paso gigantesco hacia la cruz. Esa es la razón por la cual no sanó a todos los leprosos. Si lo hubiera hecho habría interferido con su misión superior: la salvación de la humanidad. Por eso es por lo que Dios no puso fin al pecado hace tiempo. Por eso no puede sanar hoy a todos los enfermos, lisiados de los hospitales y asilos para ancianos e instituciones de enfermos mentales. Dios, en su infinita sabiduría, ha permitido que el pecado siga su curso hasta sus últimas

consecuencias para que todos lo identifiquen y sepan lo que realmente es. Y cuando el mundo llegue a su final, todos estarán plenamente convencidos de la malignidad del pecado.

Pero mientras Jesús caminaba por los pórticos, deseando sanarlos a todos y tal vez previendo el día cuando el pecado terminaría para siempre y todos serían restaurados, vio a uno cuyo caso era el más deplorable de todos. La compasión se apoderó de él.

Era un hombre que había padecido 38 años. Sus amigos y familiares lo abandonaron y el único hogar que le quedaba era éste, junto al estanque. De pronto Jesús se detiene, lo observa y le hace una pregunta aparentemente sin sentido.

- ¿Quieres ser sano?

- ¿Disculpe usted? ¿Qué cree que hago aquí?

- ¿Quisieras ser sano? -Evidentemente Jesús quería que el hombre lo dijera.

Y bien, ya saben su respuesta.

-Sí, es lo que busco, pero no hay quien me ayude aquí. No hay un hombre disponible. No tengo suficientes fuerzas para bajar al estanque. Alguien siempre me gana. Es inútil.

Jesús no pierde el tiempo. No mide sus palabras. Mira al hombre y con el poder que proviene del Dador de la vida, del Creador, de Aquel que hizo el universo, el poder que puso a brincar al polvo al mandato de su voz en la creación, da la orden: «Levántate, toma tu lecho, y anda».

Nótese la secuencia interesantísima en este momento. El registro dice que 1) inmediatamente el hombre fue sanado, 2) tomó su lecho, y 3) caminó.

Cuán fácil resulta introducirnos nosotros mismos en el cuadro. Quisiéramos un poco de crédito, un poco de gloria para nosotros. Y decimos: «Dios ayuda a aquellos que se ayudan ellos mismos». Queremos que los dones de Dios dependan, de alguna forma, de nuestros propios esfuerzos. Tal vez han escuchado la explicación, según algunas personas, que lo que hizo posible que este hombre caminara fue el hecho de forzar su voluntad, apretar los dientes y realizar un tremendo esfuerzo para obedecer el mandato de Jesús. Y en la medida que se esforzó por hacerlo, recibió sanidad y pudo caminar. ¡No fue así! Jesús lo sanó en el acto. En primer lugar, recibió sanidad; luego se levantó, tomó su cama y anduvo. El acto de caminar y tomar su cama fueron los resultados de haber recibido sanidad, no la causa.

Y vemos a este hombre caminando, digamos mejor brincando, alrededor del estanque. ¿Qué representa el estanque? Todo lo que hacemos para producir nuestra propia sanidad. El estanque puede simbolizar aquello que tratamos de hacer para lograr nuestra propia salvación, nuestra victoria o nuestra propia justicia.

Tal vez sólo unos pocos, cuya enfermedad era de origen mental, sanaron porque así lo creyeron. Pero este hombre era débil.

Carecía de fuerzas, no tenía energía para llegar a la orilla del estanque. Era un caso desesperado.

¿Se ha puesto usted en su lugar? No perdamos la lección espiritual de esta historia. ¿Cuál es su estanque hoy? ¿Ha estado tratando de ganarse el cielo procurando ser suficientemente bueno para llegar allá? ¿Acaso es ese su estanque? Jamás llegará por sus propias fuerzas.

¿Ha tratado de obtener la victoria sobre algún pecado en su vida? ¿No ha obtenido la paz deseada? ¿Está a punto de caer en la desesperación? ¿Es ese su estanque? ¿Qué en cuanto a los miembros de iglesia que tratan de hacer algo para que Cristo regrese? ¿Acaso no han escuchado eso? ¿Ha analizado los lemas que dicen: «Levantémonos y terminemos la obra»? Sin embargo, escuchamos que la

población del mundo crece más rápido de lo que se puede diseminar el evangelio, y estamos a punto de darnos por vencidos. ¿Es ese su estanque hoy?

Tenemos toda clase de estanques que luchamos por alcanzar. Tal vez hay alguien hoy que ha estado tratando por 38 años o más de llegar a su estanque y todavía no lo logra. ¡Tengo buenas nuevas para usted! Hay una fuente llena de sangre, proveniente de las venas de Emmanuel; y los pecadores, al sumergirse en esta fuente, lavan las manchas de sus pecados. Hay un manto para aquellos que se encuentran desnudos, un manto tejido sin un solo hilo de virtud humana. Se le ofrece hoy como un obsequio. Es el manto del poder de Jesús que cubre sus fracasos.

Así que, por favor, acompáñeme hoy por uno de esos cinco pórticos. Jesús está pasando. Se inclina sobre usted y le pregunta «¿Quieres ser sano?»

Aquí nos metemos en lo que algunos llaman el evangelio subjetivo. Ellos dicen: «No hablemos acerca de ser sanos. Seamos objetivos. No hablemos de nosotros mismos».

¿Se puede imaginar a Jesús inclinado frente a este hombre en el estanque mientras le pregunta: «¿Quieres ser sano?» Y el hombre le responde: «Oh, eso es demasiado

subjetivo. Sólo atribúyete un poco de justicia a mi cuenta en el cielo. Eso será suficiente».

Podemos agradecer a Jesús por lo que hizo en la cruz, pero podemos agradecerle igualmente por lo que desea hacer en cada vida hoy. Charles Spurgeon, gran predicador del pasado, lo dijo de esta manera: «Y ahora, mis queridos oyentes, les preguntaré: ¿Quieren ser sanos? ¿Desean ser salvos? ¿Saben lo que es ser salvos? Oh, dirán ustedes, es escapar del infierno. No, no, no. Eso es el resultado de ser salvos. Ser salvos es completamente diferente. ¿Quieren ser salvos del poder del pecado? ¿Desean ser salvos de la codicia, de pensar como piensa el mundo, de ser impuros? ¿Anhelan liberarse de un temperamento malvado, de ser injustos, impíos, dominantes, borrachos o profanos? ¿Están dispuestos a abandonar el pecado más acariciado de sus almas?

-No -dice alguien-, no puedo decir honestamente que deseo precisamente eso.

-Entonces no eres la persona a la que estoy hablando hoy. Pero habrá quien diga:

-Sí, deseo deshacerme del pecado, con todas sus ramificaciones y raíces. Deseo, por la gracia de Dios,

hacerme cristiano en este mismo día y ser liberado de mis pecados.

-Entonces, levántate, toma tu lecho, y anda.

¿No quisieran aceptar al mejor Amigo que jamás podrían hallar, al Señor Jesús en persona, quien se pasea por los cinco pórticos? No vino a llamar a los justos, sino a los pecadores al arrepentimiento. Y él dice: «Mirad a mí, y sed salvos, todos los términos de la tierra» (Isaías 45:22). Él está dispuesto a arriesgarse por ti. Su compasión siempre lo domina, y hoy te ofrece la sanación espiritual que tanto deseas.

CAPÍTULO 13: CÓMO TRATÓ JESÚS A SUS DISCÍPULOS

¿Alguna vez ha pensado en morir por Cristo? ¿Estaría dispuesto a hacerlo? Y si estuviera dispuesto, ¿podría hacerlo? Seguramente los que han dado su vida por Cristo recibieron ayuda de lo alto.

Durante la Rebelión de los Bóxer, en China, unos bandidos se llevaron a un misionero a su escondite en la montaña. Allí trataron de obligarlo a renunciar a su fe. Él se rehusó. Así que le cortaron los dedos de las manos y luego de los pies. Después le preguntaron: - ¿Estás dispuesto ahora a renunciar a tu fe?

Pero él respondió que no. Así que le amputaron las manos desde las muñecas y los pies desde los tobillos, y le ordenaron a gritos que renunciara a su fe en Cristo. Él nuevamente se negó a hacerlo. Finalmente le cortaron los brazos y las piernas, y mientras se desangraba le preguntaron:

- ¿Y ahora tienes algo que decir?

Él les respondió:

-Sí. Háganme el favor de decirle a mi hijo que venga a tomar mi lugar en China.

Bueno, casi todos hemos escuchado este tipo de historias de muchos países a través del tiempo. La sangre de los mártires ha fluido desde Abel hasta nuestros días. Y en este libro que habla acerca de cómo trató Jesús a la gente, sería una falla si no consideráramos cómo trató a sus seguidores, no sólo bajo la relación de compañerismo, sino también bajo las circunstancias de sufrimiento.

Cristo dijo a sus seguidores: «Sé fiel hasta la muerte, y yo te daré la corona de la vida» (Apocalipsis 2:10). El apóstol Pedro aprendió el valor del sufrimiento. Hubo una época cuando se retrajo. Recordarán su conversación con Jesús, cuando éste hablaba con sus discípulos acerca de su muerte inminente. Pedro le dijo: «En ninguna manera esto te acontezca». Y Jesús lo reprendió (Mateo 16:22-23).

Pero Pedro aprendió la bendición de la comunión por medio del sufrimiento, y en 1 Pedro 4:12-13 dijo: «Amados, no os sorprendáis del fuego de prueba que os ha sobrevenido, como si alguna cosa extraña os aconteciese, sino gozaos por cuanto sois participantes de los padecimientos de Cristo, para que también en la revelación de su gloria os gocéis con gran alegría».

Como ven, no es extraño que los cristianos sufran. Encontramos un mensaje similar de parte del apóstol Pablo en Filipenses 1:29, donde escribió: «Porque a vosotros os es concedido a causa de Cristo, no sólo que creáis en él, sino también que padezcáis por él».

Es un privilegio, un don y un gran honor -una de las más grandes bendiciones que el cielo puede conferir al ser humano, ser partícipes de la comunión por medio del sufrimiento y ser fieles hasta la muerte. La razón de esto es un misterio que escapa la comprensión de la mente humana, pero la comunión por medio del sufrimiento es lo que Jesús ofrece a todos sus seguidores de una forma u otra.

Por esa razón, concentrémonos en uno de los seguidores más cercanos a Jesús, del cual él mismo dijo: «No hay mayor profeta». Su nombre es Juan el Bautista. Muchos se han maravillado por causa de su muerte.

Juan el Bautista fue un niño milagro, dedicado al Señor desde su nacimiento. Su vida transcurría en el desierto, vestía ropas extrañas y comía algarrobas y miel silvestre. Aprendió a amar el desierto y los espacios abiertos.

Cuando inició su ministerio público, anunciando la pronta llegada del Mesías, no escatimó palabras. Hasta

reprendió al rey Herodes por su matrimonio ilícito. La esposa de Herodes se disgustó mucho por sus atrevidas aseveraciones, así que convenció a su marido para que metiera a Juan el Bautista en prisión.

La mayoría de las personas esperaba que Juan fuera puesto en libertad después de un tiempo. Estaban seguros de que el aprecio de la gente y aun del rey Herodes mismo, aseguraría el bienestar de Juan. Pero Juan el Bautista esperó y esperó y esperó. Los confines del calabozo pesaban grandemente sobre aquel que se había acostumbrado a las montañas del desierto. Las preguntas comenzaron a surgir en su mente. Se le dio la oportunidad de dudar acerca de su misión, dudar acerca de la divinidad de Cristo. Llegó el momento cuando no pudo soportar más, y envió un mensaje a Jesús, haciendo algunas de sus preguntas más difíciles. Y la respuesta de Jesús le dio seguridad.

Llegó el día cuando a la esposa de Herodes se le concedió su deseo. Mediante su hija Salomé engañó a su esposo, y en el proceso, Juan el Bautista fue decapitado, aparentemente desamparado por Dios, aparentemente olvidado por Jesús, aparentemente solo. ¿Es esta la manera como Jesús trata a sus discípulos? Resulta difícil

comprender que de todos los dones que el cielo puede otorgar, la comunión con Cristo en sus sufrimientos sea la mayor demostración de confianza y el más alto honor. ¿Qué clase de comunión sostuvieron Juan el Bautista, el misionero en China y los demás mártires a través de las edades, con Cristo en su sufrimiento? ¿Cuáles fueron los sufrimientos de Cristo?

En primer lugar, sabemos que Cristo sufrió por causa de la justicia. No fue un sufrimiento como resultado de sus pecados. Y él pronunció una bendición sobre todos aquellos que a través de las edades han sufrido por causa de la justicia.

El inicuo siempre se ha sentido incómodo en presencia de los rectos. Hombres malvados odiaron a Jesús por su vida inmaculada y trataron de destruirlo por esa misma razón. A aquellos que han aceptado la justicia de Cristo, se les advierte que no siempre serán los más populares; algunos sufrirán persecución y aun muerte por causa de la justicia.

Jesús también sufrió por los demás. Es el ejemplo supremo de Uno que está dispuesto a poner su vida por sus amigos, y otros en todas las edades se han unido a él en ese aspecto. Ya hemos oído sus historias.

También sabemos que Jesús sufrió porque se apegó al plan maestro, formado desde antes de la fundación de este mundo, que, si aparecía el pecado, él vendría para ofrecerle una vía de escape a la humanidad. Jesús no se desvió de ese plan, sino que permaneció bajo el control de su Padre durante su vida en esta tierra.

Pero él podría haberse salvado a sí mismo. Cuando los sacerdotes y escribas llegaron y dijeron: «A otros salvó, a sí mismo no puede salvarse» (Marcos 15:31), decían la verdad. Pero aun si él hubiera podido salvarse, no podía salvarse a sí mismo y salvar a los otros simultáneamente.

Aquellos que han seguido a Jesús en la comunión del sufrimiento han descubierto lo mismo. Al permanecer bajo el control de Dios, no han podido salvarse por su propia cuenta. El misionero en China aparentemente pudo haberse salvado a sí mismo, si hubiera estado dispuesto a renunciar a su fe en Cristo. Pero debido a que había decidido permanecer bajo el control de Dios y seguir confesando su fe en él, no pudo salvarse a sí mismo. Así que un seguidor de Cristo puede sufrir por causa de la justicia, sufrir por el bien de otros, y sufrir porque permanece bajo el control de Dios. Juan el Bautista experimentó esta clase de sufrimiento.

Jesús hubiera salvado a su fiel y amado siervo de todo corazón, pero por amor de los miles que en años posteriores pasarían de prisión a muerte, Juan debía beber la copa del martirio. Juan el Bautista abrió el camino para otros discípulos, todos los cuales, con excepción de uno, padecerían la muerte por medio del martirio. Y los discípulos pagaron el precio máximo, marcando la pauta para los mártires que los seguirían. Los mártires que los siguieron han marcado la pauta para los que seguimos con vida en este mundo de dolor, tristeza, separación y muerte.

Tal vez comprendamos la muerte de Juan por el bien de los mártires del futuro; pero ¿por qué tuvieron que morir los mártires? Para empezar, sabemos que Dios hizo este mundo de tal manera que la lluvia cae sobre justos e injustos. El sol brilla sobre buenos y malos. Si las cosas buenas sucedieran sólo a los buenos y las cosas malas sólo a los malos, no pasaría mucho tiempo sin que el mundo se llenara de personas buenas que servirían a Dios únicamente por los beneficios que pueden obtener de su bondad. Pero Dios sólo busca que lo sirvan por amor. Nunca prometió a sus seguidores «un cielo siempre azul». Dios no ha prometido a sus seguidores que los liberaría de los problemas inherentes de vivir en este mundo de pecado.

Indudablemente hay muchas razones. Una podría ser que, hasta sus seguidores, necesitan recordar cuán horrible es el pecado, y puesto que su naturaleza es mortal, evitemos caer nuevamente como sus víctimas. En el plan de Dios, una vez que el universo quede limpio, una vez que el pecado y los pecadores dejen de existir, él quiere que su universo permanezca purificado. El Señor ha prometido que el pecado jamás surgirá una segunda vez. Para que esto pueda cumplirse, debemos visualizarlo de manera clara por lo que realmente es, para que jamás vuelva a sernos atractivo. Pero hay otra razón que debemos considerar. Sabemos que el diablo ha acusado a Dios de ser injusto. Ha difundido la idea de que la gente sirve a Dios sólo por lo que pueden obtener de él. Ya conocen la historia de Job y sus resultados. La acusación del enemigo fue: «Job te sirve por la manera en que lo bendices» (véase Job 1:9-10). Y la experiencia de Job puede repetirse hoy en las vidas de cada uno de nosotros.

La promesa de Dios es que no hay nada que pueda hacer el diablo, contra lo cual el Señor no posea poder para librarnos. Confiemos en él. ¡Dios necesita ejemplos vivos de esta verdad! Asumamos nuestro compromiso mientras tratamos de ver cómo funciona este principio en la gran controversia entre Cristo y Satanás. La Biblia enseña que al

final del milenio, cuando Jesús regrese a este mundo por tercera vez, todos los que alguna vez han vivido en este mundo se juntarán por primera y última vez. Algunos estarán fuera de la gran ciudad, mirando hacia adentro y otros estarán dentro de la gran ciudad, mirando hacia afuera. Afuera de la ciudad habrá personas de la época del diluvio, cuando los pensamientos de los hombres eran continuamente hacia el mal. Y estos agitarán sus puños hacia Dios y dirán: «No es justo. Era demasiado difícil servirte en la época cuando yo vivía».

Y tal vez sea posible imaginar una voz proveniente de alguna parte del interior de la ciudad que dice: «Noé, ¿podrías asomarte al muro, por favor?»

Y cuando Noé se pone de pie, la gente de la época del diluvio guarda silencio; ya no tienen nada que decir.

Puedo ver fuera de la ciudad a un grupo que vivió en el tiempo de la gran apostasía de Israel. Aquellos que cedieron a la presión y llegaron a ser adoradores de Baal. Ellos también le agitan los puños a Dios y dicen: «Era demasiado difícil servirte en la época cuando yo vivía. Pues, hubiera sido uno de los pocos en serte fiel».

Y Dios le pide a Elías que se asome al muro, pero súbitamente ya no tienen nada más que decir.

Puedo ver también a personas del tiempo de la iglesia primitiva, cuando la persecución estaba en su apogeo. Están fuera de la ciudad, le agitan los puños a Dios y exclaman: «Era demasiado difícil servirte en la época cuando yo viví. Me iban a matar si hablaba abiertamente en favor de Jesús».

Y Dios llama a Esteban al muro y los argumentos de los quejosos se desploman.

Me llama la atención un grupo de la Edad Media, que agitan sus puños hacia Dios. Entonces se les pide a Huss y a Jerónimo que se pongan de pie. Veo a un individuo de China, de la época de la Rebelión de los Bóxer, en las afueras de la ciudad, y el misionero del relato introductorio a este capítulo es invitado a aparecer sobre el muro.

Veo a un personaje moderno que sufrió durante varios meses como víctima del cáncer y luego murió. Pero antes de morir, se rebela contra Dios, lo culpa por todos sus problemas, lo maldice y muere.

¿Significa todo esto que es Dios el culpable del sufrimiento? No, no. El sufrimiento es infligido por Satanás, pero Dios lo permite de acuerdo con sus propósitos de misericordia. Observe, los discípulos preguntaron a Jesús: «¿Quién pecó, este hombre o sus padres?»

Jesús respondió: «Ninguno, ¡pero ...! Ahora verán la gloria de Dios» (véase Juan 9:3).

Llegará el día cuando la gloria de Dios triunfará y los seguidores de Cristo que hayan sufrido y lo hayan servido por amor a él, no sólo por sus propios intereses, tendrán su recompensa. Jesús ha prometido recompensarlos con creces por cualquier inconveniencia que sufran como resultado de haber nacido en este mundo de pecado.

Y el plan de Dios en la gran controversia prosigue de tal manera que hasta los que están fuera de la ciudad, hasta el mismo Satanás, finalmente reconocerán que Dios ha sido y es justo. ¡Qué día más glorioso será aquel cuando el problema del pecado se solucione para siempre, y podamos estar en comunión con Cristo por la eternidad!

CAPÍTULO 14: CÓMO TRATÓ JESÚS A SUS VECINOS

Las noticias de la llegada de Jesús se difundieron rápidamente por el pueblo. No es que hubiera estado fuera del pueblo demasiado tiempo. Por casi 30 años había sido simplemente uno de los vecinos en Nazaret. Hacía menos de dos años que guardó sus herramientas, se despidió de María, su mamá, y emprendió una extraña misión.

Habían llegado informes del Río Jordán, de Jerusalén, la capital, y de otros pueblos y aldeas en Galilea. Jesús se había dedicado a realizar actos misteriosos. En Nazaret, frecuentemente al lado del pozo de la ciudad o en el mercado, los hombres y mujeres discutían los rumores más recientes acerca de Jesús. En la mayoría de los casos no se parecía nada al Jesús que ellos habían conocido. Allí en el pueblo de Nazaret Jesús había sido trabajador, buen vecino y sabía escuchar. Había sido un poco excéntrico, intensamente interesado en las cosas de Dios, y hacía lo que podía por ayudar a aquellos que lo rodeaban. Pero ahora, de repente, aparentaba ser un tipo fanático, radical o zelote. No había estado fuera del pueblo demasiado tiempo, cuando les llegó la noticia de la purificación del

templo en Jerusalén. ¡Él nunca había intentado algo así en la sinagoga local de Nazaret! Pero después de todo, es posible que Jerusalén necesitara un trato así. Había mucha corrupción en la capital de la nación, por lo menos así se rumoraba.

Jesús había viajado bastante por el país, y tenía un número creciente de seguidores que lo acompañaban por doquier. Se oían informes de milagros, sanaciones y exorcismos. Nadie sabía qué creer, pero todos estaban interesados en saber que el Chico del Barrio hacía cosas buenas, ¿o estaba haciendo cosas malas? Bueno, ahora se darían cuenta personalmente, puesto que Jesús vendría a visitar Nazaret.

«Y Jesús volvió en el poder del Espíritu a Galilea, y se difundió su fama por toda la tierra de alrededor. Y enseñaba en las sinagogas de ellos y era glorificado por todos. Vino a Nazaret, donde se había criado; y en el día de reposo entró en la sinagoga, conforme a su costumbre, y se levantó a leer» (Lucas 4:14-16).

La gente de Nazaret observó con orgullo cómo le otorgaron el honor de leer la Escritura aquel sábado por la mañana. Era agradable tenerlo nuevamente en casa. Fue bondadoso de parte de los ancianos locales darle el

privilegio de sentarse en la plataforma. Uno no puede menos que imaginarse a uno de los asistentes inclinarse y susurrarle en el oído a su compañero: «¿Ya sabes que él es el hijo de José, verdad? Antes vivía a media cuadra de nosotros».

Juan el Bautista había proclamado que Jesús era el Hijo de Dios. Sus discípulos creían que era el Mesías. Multitudes lo habían aceptado como un gran maestro unos, y como profeta, otros.

Pero aquí en Nazaret, no era más que el hijo de José. Y si había algo de verdad en los informes de milagros y maravillas que había realizado en otros lugares, ¿acaso Nazaret no merecía un espectáculo especial? ¿No tenían el derecho de contar con los asientos de primera fila? ¿Acaso no lo conocemos desde ...? Se hicieron hacia adelante en sus asientos para no perder palabra alguna que pronunciara.

«Y se le dio el libro del profeta Isaías; y habiendo abierto el libro, halló el lugar donde estaba escrito: El Espíritu del Señor está sobre mí, por cuanto me ha ungido para dar buenas nuevas a los pobres; me ha enviado a sanar a los quebrantados de corazón; a pregonar libertad a los cautivos, y vista a los ciegos; a poner en libertad a los

oprimidos; a predicar el año agradable del Señor. Y enrollando el libro, lo dio al ministro, y se sentó; y los ojos de todos en la sinagoga estaban fijos en él» (Lucas 4:17-20).

Tal vez la mayoría de las personas de Nazaret no estuvieron conscientes del énfasis que puso Jesús en su lectura. Sabían que este pasaje específico de la Escritura era una profecía mesiánica, y sus mentes se dirigieron hacia el Mesías venidero. Tal vez algunos comenzaron a atar cabos y empezaron a sentirse incómodos con la implicación. A pesar de todo, algo en el ambiente impidió que el servicio continuara, ya que la Biblia dice que los ojos de todos en la sinagoga estaban fijos en él, aun después que se sentó.

Luego Jesús habló nuevamente, en el versículo 21: «Y comenzó a decirles: Hoy se ha cumplido esta Escritura delante de vosotros». Y ahora el resto de los rostros se oscurecieron. Jesús, en esencia les dijo: «Yo soy el Mesías». Son palabras un poco difíciles de aceptar de parte de un vecino. Pero había algo más engorroso de aceptar. Si bien Jesús declaraba: «Yo soy el Mesías», también denunciaba: «Ustedes son pobres. Son un pueblo cautivo. Están ciegos y en prisión».

¡Qué maneras las de Jesús para tratar a sus vecinos! ¿Acaso no merecían su respeto y honor? ¿Acaso no lo habían tratado cortésmente? ¡Qué manera de responder! ¿Por qué si él quería que creyesen en él, no comenzó sanando las enfermedades y aflicciones de sus viejos amigos y vecinos? ¿Por qué, si era el Mesías, no comenzó ofreciéndoles posiciones claves en su nuevo reino del que tanto habían oído? ¿Cómo pudo comenzar con insultos y luego esperar que le mostrasen aceptación y apoyo?

Las semillas del rechazo eran fuertes a pesar del interés en Jesús como el Chico del Barrio que había ganado fama en Jerusalén y Capernaúm, a pesar de las palabras amables que pronunciaba, a pesar de la fuerte influencia del Espíritu Santo aquel día. La gente decía: «¿No es éste el hijo de José?» (vers. 22).

¿Qué estaban diciendo? «Él es uno de nosotros. ¡Adelante, Jesús, ataca la corrupción de Jerusalén. Que todos se enteren de la pecaminosidad de los paganos y los samaritanos. Reprende a las ramera y recaudadores de impuestos! ¡Pero aquí estamos en Nazaret! ¡No trates así a tus vecinos! Eres uno de nosotros. Hemos ayudado a formarte. No te muestres arrogante con nosotros; te

conocemos bien. Conocemos a tus padres y a tu familia. Sabemos que sólo eres el hijo de José».

Pero Jesús todavía no había terminado. «Él les dijo: Sin duda me diréis este refrán: Médico, cúrate a ti mismo; de tantas cosas que hemos oído que se han hecho en Capernaúm, haz también aquí en tu tierra» (vers. 23). Y prosiguió su discurso en el que les recordó acerca de Elías. Cuando no hubo lluvia durante tres años y medio, a pesar de las tantas viudas que había en Israel, Elías fue enviado a una viuda en Sarepta, una ciudad de Sidón, una extranjera. Dios pasó por alto a su pueblo ese día y acudió a los paganos.

No sólo eso, Jesús les habló de Naamán el leproso, que fue sanado por Eliseo, mientras que ninguno de los leprosos de Israel recibió sanidad. Y ahora Jesús sugería que lo mismo pasaría nuevamente aquí en Nazaret. Era demasiado.

«Al oír estas cosas, todos en la sinagoga se llenaron de ira» (vers. 28), ¡todos!

Un momento, por favor, éstas eran personas con las que Jesús había crecido. Eran los mismos con quienes había jugado en las calles cuando él estaba dispuesto a participar. Esta gente lo veía salir de la aldea de Nazaret,

temprano por la mañana o por la tarde, con un rollo bajo el brazo, en busca de unos momentos de quietud con su Padre. Eran personas que habían visto su vida perfecta, habían recibido de sus manos un vaso de agua fría; habían compartido su comida cuando apretaba el hambre. Marcos nos cuenta que su propia familia estaba presente; y quisiéramos pensar que su reacción sería la excepción. Pero la Escritura dice que todos se llenaron de ira.

«Y levantándose, le echaron fuera de la ciudad, y le llevaron hasta la cumbre del monte sobre el cual estaba edificada la ciudad de ellos, para despeñarle. Mas él pasó por en medio de ellos, y se fue» (vers. 29-30).

¿Puede verlo alejarse solo de Nazaret? ¿Puede verlo caminar cabizbajo, con gruesas lágrimas deslizándose por sus mejillas? Estos eran sus amigos de la niñez. Seguramente amaba a estas personas de una manera especial. Pero ellos lo rechazaban; y no sólo eso, ¡sino que habían tratado de quitarle la vida! Otro sufrimiento para este Varón de Dolores que estaba experimentado en quebrantos. Sus propios vecinos, amigos y tal vez hasta miembros de su propia familia, lo habían rechazado.

¿En qué fundaban su rechazo? Era algo mucho más profundo que la rivalidad de sus compañeros y vecinos. Lo

rechazaban porque él era puro y ellos pecadores. Los impíos siempre se han sentido incómodos en presencia de los píos. Lo rechazaban porque reconocían que deberían efectuar cambios en sus vidas si aceptaban sus enseñanzas. Lo rechazaban porque él había asestado un golpe severo a su orgullo nacional. Se resistían a considerar el registro del Antiguo Testamento con la aseveración de que los paganos y extranjeros habían sido honrados por encima del pueblo escogido. Lo rechazaban porque no aprobaba sus vidas religiosas, sus costumbres y ni siquiera a sus venerados dirigentes religiosos. Rechazaban a Jesús porque era como ellos, y a la vez, no lo era.

De esta manera Jesús se vio obligado a alejarse de sus vecinos de Nazaret y desaparecer por el camino polvoriento, consciente de la tragedia que representaba para la mayoría de ellos; el rechazo era definitivo. Jesús sabía que cuando las personas rechazan a Dios, es casi inevitable seguirlo rechazando. El orgullo humano se resiste a reconocer el propio error. Una vez que se asume una posición, no es agradable dar marcha atrás. Y la mayoría de los vecinos de Jesús nunca se retractaron de haberlo rechazado en Nazaret.

Sin embargo, aun en Nazaret hubo unos pocos... Marcos 6 registra que él pudo sanar a unos pocos. En la nación escogida, de entre el pueblo especial de Dios, hubo unos pocos que aceptaron a Jesús. Yo anhelo desesperadamente estar entre esos pocos que lo acepten hoy, ¿y tú, amigo lector?

Jesús vino a predicar el evangelio a los pobres. Hubo unos pocos pescadores pobres que lo aceptaron. ¿No quisieras unirte a ellos hoy? Jesús vino a sanar a los acongojados. Hubo unos pocos acongojados, como María y Marta, que aprendieron a sentarse a sus pies. Jesús vino a predicar un mensaje de liberación para los cautivos. Hubo unos pocos que escucharon las palabras de Jesús por encima del rugir de los demonios en sus mentes entenebrecidas, y aceptaron la liberación que él les ofreció. Jesús vino para dar vista a los ciegos. Hubo unos pocos, como el ciego Bartimeo, que clamaba en voz alta en busca de la ayuda que Jesús deseaba darle. Hubo algunos ciegos espirituales que percibieron su necesidad, los cuales estiraron sus brazos a Jesús y su vista también fue restaurada. Hubo unos pocos maltratados y golpeados por el enemigo, quienes acudieron a Jesús, aceptaron su liberación y dieron alabanzas en voz alta.

Pero éstos fueron sólo unos pocos.

Cuando veas a Jesús alejarse por el camino, obligado a dejar a aquellos que rechazaron su amor, no le permitas alejarse solo. Permítele caminar a tu lado y dile: «Querido Señor, cuenta conmigo. Estoy de tu lado. Yo no quiero dejarte».

Jesús todavía busca ansioso a todos los que quieran aceptar las bendiciones que él anhela darles.

CAPÍTULO 15: CÓMO TRATÓ JESÚS A LOS DIRIGENTES RELIGIOSOS

¿Es usted fariseo? ¿O saduceo? Basta conocer un poco el registro bíblico referente a los días de Cristo, para que usted no quiera identificarse con ninguno de los dos grupos. Sin embargo, déjeme decirle que, en los días de Cristo, ser fariseo o saduceo era una gran distinción. Hasta el apóstol Pablo mencionó que ser fariseo era una distinción honorable. En esos días, si una persona se encontraba con un viejo amigo y le preguntaba: «¿Y a qué se dedica su hijo ahora?», éste contestaba orgullosamente: «¡Mi hijo es un fariseo!»

Actualmente pensamos en los fariseos y saduceos mayormente en forma peyorativa, aun cuando algunos de los problemas que ellos tuvieron pueden ser los nuestros hoy. Veamos cómo pensaban ellos, y tal vez podamos evitar algunos de sus errores.

¿Quiénes eran los fariseos? Eran los dirigentes religiosos conservadores. Eran los legalistas rígidos. Eran los tradicionalistas.

Hacían todo lo posible por mantener en alto las normas, las doctrinas y las costumbres de la iglesia. Eran víctimas del problema más común de aquellos días: salvación por obras. Trataban de salvarse ellos mismos por sus propios esfuerzos. Era el más grande de los dos grupos de dirigentes religiosos, y hallaban su seguridad en las normas de la iglesia que ellos mismos sostenían.

El segundo grupo religioso se identificaba como los saduceos. Eran los liberales de ese espacio histórico. Seguían siendo legalistas, porque también eran víctimas de la idea de que podían salvarse por sus propios esfuerzos. Pero ellos hallaban su seguridad en las normas de la iglesia, que habían abandonado.

Los saduceos decían creer en la "sola scriptura", en contraposición con los fariseos, quienes abiertamente apoyaban algunas de sus doctrinas por tradición. Pero en realidad, los saduceos también tenían sus propias tradiciones. Hasta en el énfasis que ponían en la Escritura, frecuentemente se mostraban selectivos en cuanto a cuáles aceptar y cuáles rechazar.

Los peores enemigos de Jesús se encontraban entre los saduceos. Era el más pequeño de los dos grupos, pero el más poderoso. La posición de sumo sacerdote

generalmente se concedía a un saduceo y ellos, generalmente, controlaban el Sanedrín. Algunas encuestas hechas a la iglesia cristiana actual muestran que la mayoría de los dirigentes religiosos, y la gente en general, siguen tratando de llegar al cielo por sus propias obras. Hace mucho tiempo es el común denominador de todas las religiones del mundo, y lastimosamente se ha popularizado entre la cristiandad también.

Cada iglesia lucha contra la enfermedad conocida como: salvación por obras. La mayoría de los así llamados cristianos no tienen tiempo para Dios, para la oración, ni para el estudio de su Palabra. Y cualquiera que vive alejado de Dios día a día, y que espera finalmente llegar al cielo, es un creyente en la salvación por obras. Esto significa que existe la posibilidad de que haya fariseos y saduceos entre nosotros hoy.

Los fariseos y saduceos tenían otras cosas en común, además de la esperanza de recibir la salvación con base en sus propios esfuerzos. Tenían un problema común que consistía en interpretar mal las Escrituras. Interpretaban mal la ley, su propósito y función. Interpretaban mal las profecías, incluso las del Mesías venidero. Interpretaban mal el reino de Dios y lo que involucraba las buenas nuevas

de su reino. ¡Sin embargo, eran buenos con la justificación! La sangre corría como ríos en sus fiestas y festejos religiosos. Se involucraban diariamente en los sacrificios de corderos, ganado vacuno y palomas. Pero a pesar de sus creencias e intereses en común, había poca unidad entre los dos grupos. Estaban en constante controversia y debate. Frecuentemente sus argumentos giraban en torno a la resurrección de los muertos.

Cuando Jesús llegó, no los trató tan bien, de acuerdo con sus costumbres. ¡No sólo no los honró a ellos y a sus formalismos y ceremonias, sino que se mostró severo! Es difícil comprender cómo pudo hablarles como lo hizo, y todavía hacerlo con lágrimas en la voz; pero se nos dice que así era él. En Lucas 12:1, llamó hipócritas tanto a los fariseos como a los saduceos. Ambos grupos estaban equivocados. Ambos trataban de aparentar exteriormente algo que no eran en el interior. En Mateo 23 Jesús usó una interesante ilustración que señala este problema. Se refiere a una taza y un plato que estaban limpios por fuera, sin embargo, seguían sucios por dentro.

Mostró aún más severidad en su ilustración acerca de las tumbas de los profetas, según se registra en Mateo 23, versículos 27-30. Él dijo: «¡Ay de vosotros, escribas y

fariseos, hipócritas!, porque sois semejantes a sepulcros blanqueados, que, por fuera, a la verdad, se muestran hermosos, mas por dentro están llenos de huesos de muertos y de toda inmundicia. Así también vosotros por fuera, a la verdad, os mostráis justos a los hombres, pero por dentro estáis llenos de hipocresía e iniquidad. ¡Ay de vosotros escribas y fariseos, hipócritas!, porque edificáis los sepulcros de los profetas, y adornáis los monumentos de los justos, y decís: Si hubiésemos vivido en los días de nuestros padres, no habiéramos sido sus cómplices en la sangre de los profetas».

Obviamente eran víctimas de justificación externa. Sabían cómo trazar un sendero desde sus casas hasta la sinagoga. Pero Jesús les dijo en su Sermón del Monte, que a menos que su justicia fuera mayor que la justicia de los fariseos no había oportunidad de llegar al reino de los cielos.

Estos hipócritas pagaban sus diezmos, eran fieles guardadores del sábado, eran reformadores de la salud. Ni siquiera se comían el mosquito que caía en la sopa. Eran expertos en las obras, especialmente en las que podían observar los demás. Tenían mucha experiencia en ayunar y hacían hermosas y extensas oraciones. Eran meticulosos en

sus lavamientos ceremoniales y les encantaban los primeros lugares en la sinagoga. No obstante, traían a los demás cargas imposibles de llevar. Jesús los denunció porque cuando lograban meterle a la gente su religión por la fuerza, lo único que conseguían era que sus conversos fueran dos veces más «hijos del infierno» que ellos (Mateo 23:15).

Jesús dijo: «Y yo, si fuere levantado de la tierra, a todos atraeré a mí mismo» (Juan 12:32). Pero los dirigentes religiosos decían: «Si nosotros atraemos a todos a nosotros mismos, entonces seremos levantados». Y eso es precisamente lo que trataron de hacer.

Estos líderes religiosos no querían a Jesús por varias razones. En primer lugar, Jesús recibía a los pecadores y ellos no. Los pecadores reincidentes no tenían esperanzas con los fariseos y saduceos. Los sacaban de la sinagoga, trataban de apedrearlos y evitaban cualquier contacto o asociación con ellos. Pero Jesús recibía a los pecadores; estas son buenas nuevas aun en nuestros días, ¿no lo cree? ¿No se siente feliz de saber que Jesús recibe a los pecadores?

Otro aspecto que no les gustaba acerca de Jesús era que, de acuerdo con sus reglas, él quebrantaba el sábado.

Lo consideraban un liberal, porque no se apegaba a sus reglas y tradiciones. Les irritaba que Jesús anduviera predicando sin autorización. Les molestaba la falta de respeto que manifestaba hacia sus elevados cargos. Les repugnaban los nombres que él les daba y los sobrados reproches que dirigía hacia ellos. Les disgustaban los milagros que realizaba y la manera en que la gente común lo seguía y aclamaba. Exclamaban impotentes: «Mirad, el mundo se va detrás de él» (Juan 12:19). Y temían por su propio poder y autoridad sobre la gente.

En pocas palabras, le tenían envidia y codiciaban su popularidad. Cuando la solitaria cruz se erigió como resultado de su exacerbado odio contra Cristo, ellos pasaron al pie de la cruz sacudiendo la cabeza y diciendo: «A otros salvó, pero a sí mismo no pudo salvar». Ellos habían pasado la vida entera tratando de salvarse por ellos mismos, y el hecho de que Jesús había venido a salvar a otros y no a sí mismo, resultaba ser como una bofetada para ellos. Jesús pudo haberse salvado a sí mismo, pero no había venido con ese propósito a este mundo. Él vino para salvar a otros, incluyéndonos a usted y a mí; y mientras lo hacía, no podía salvarse a sí mismo.

La entrega del yo era la esencia de las enseñanzas de Jesús, y esto era particularmente ofensivo para los dirigentes religiosos. Ellos eran suficientemente grandes para administrar sus propias vidas. Los saduceos se sintieron especialmente ofendidos, porque no creían en un Dios que se involucraba personalmente en las vidas de sus hijos. Por lo tanto, se ofendieron por las enseñanzas y el ejemplo de Jesucristo.

Pablo hace referencia a estos dirigentes religiosos en 1 Corintios 2:7-8: «Mas hablamos sabiduría de Dios en misterio, la sabiduría oculta, la cual Dios predestinó antes de los siglos para nuestra gloria, la que ninguno de los príncipes de este siglo conoció; porque si la hubieran conocido, nunca habrían crucificado al Señor de gloria». Jesús sugirió el mismo pensamiento en su oración a la hora de la crucifixión: «Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen» (Lucas 23:34). Aparentemente había cierto grado de ignorancia en sus acciones, y si hubieran sabido que en realidad era Hijo de Dios, no lo habrían crucificado.

Peor, ¿por qué no lo sabían? Los pastorcillos lo supieron y los sabios de Oriente lo supieron. Los humildes pescadores lo supieron y hasta los mismos demonios supieron y dijeron: «Nosotros te conocemos y sabemos

quién eres». Pero no los dirigentes religiosos. Tal vez encontremos parte de la razón de su ignorancia en Mateo 11:25: «Te alabo, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque escondiste estas cosas de los sabios y de los entendidos, y las revelaste a los niños».

Jesús estaba agradecido de que estas cosas estuvieran ocultas de los sabios. ¿Por qué? ¿Qué es lo que los sabios hacen con la verdad? Se atribuyen la gloria ellos mismos. La tendencia es asumir nosotros mismos toda la gloria, si podemos encontrar la menor excusa para hacerlo.

¿Será que Dios se sentó arriba en su trono y dijo: «Dadles a los pescadores y los pastores del campo, pero no permitáis que los fariseos posean la verdad? ¿O tenemos pasajes adicionales que podemos escudriñar sobre este tema? Busque Mateo 13, comenzando con el versículo 9: «El que tiene oídos para oír, oiga.

Entonces, acercándose los discípulos, le dijeron: ¿Por qué les hablas por parábolas? Él respondiendo, les dijo: porque a vosotros os es dado saber los misterios del reino de los cielos; mas a ellos no les es dado». ¡No se detenga aquí, siga leyendo! «Porque a cualquiera que tiene, se le dará, y tendrá más; pero al que no tiene, aun lo que tiene le será quitado. Por eso les hablo por parábolas: porque

viendo no ven, y oyendo no oyen, ni entienden. De manera que se cumple en ellos la profecía de Isaías, que dijo: De oído oiréis, y no entenderéis; y viendo veréis, y no percibiréis.

Porque el corazón de este pueblo se ha engrosado, y con los oídos oyen pesadamente, y han cerrado sus ojos; para que no vean con los ojos y oigan con los oídos, y con el corazón entiendan, y se conviertan, y yo los sane. Pero bienaventurados vuestros ojos, porque ven; y vuestros oídos, porque oyen» (vers. 9-16).

Ellos han cerrado sus oídos. Ellos han cerrado sus ojos. Así que no fue Dios quien arbitrariamente dio entendimiento a unos, y a otros no. Son las diferencias personales. El sol brilla sobre la cera y el barro. La cera se ablanda, mientras que el barro se endurece. ¿Por qué? Es el mismo sol que brilla sobre ambos.

¿Por qué cerraron sus oídos y sus ojos? Jesús, llegando como lo hizo, amenazó el orgullo de su estatus. Pasó por alto a los dirigentes religiosos y escogió a campesinos y extranjeros como receptores de su mensaje. El orgullo de su estatus se vio amenazado.

En segundo lugar, su orgullo nacional recibió un golpe certero. Ellos esperaban a un Mesías que dirigiera ejércitos

y venciera a Roma. En su lugar, vino Uno con humildes vestiduras quien ofrecía sus dádivas a judíos y gentiles por igual.

En tercer lugar, se sintió amenazado su orgullo personal. Los pecadores, las ramera y los ladrones aceptaron a Jesús, y él los aceptó a ellos. ¿Cómo podía ser si los mismos dirigentes se sentían incómodos en su presencia? Así que cerraron sus ojos y se alejaron de él. Al igual que la gente de Nazaret, una vez que asumieron una posición, eran demasiado orgullosos para cambiar de opinión.

A pesar de sus diferencias, los fariseos y saduceos finalmente se unieron. Podrían haberse unido en la aceptación de Jesús si hubieran estado dispuestos a rendir su orgullo y acudir a él, puesto que sólo al venir a Jesús nos unimos los unos a los otros. Por el contrario, se unieron para rechazarlo tanto en la sala de juicio del palacio de Pilato, como en el momento de la crucifixión. ¿Y qué sucede si usted mismo puede verse representado por estos dirigentes religiosos de los días de Cristo? ¿Significa esto que ya no hay esperanza para usted? No, hay buenas nuevas, puesto que se puede unir con aquellos que fueron la excepción a la regla.

Nicodemo, un fariseo y miembro del Sanedrín, era demasiado orgulloso para siquiera acercársele a Jesús de día, pero lo buscó bajo el manto de la oscuridad nocturna. Aun así, aceptó el nuevo nacimiento que Jesús tan solemnemente enfatizó, y llegó a ser un fiel seguidor de él finalmente.

Simón, también fariseo, tomó el camino largo para regresar a Jesús. Ni siquiera el haber sido sanado de lepra fue suficiente para hacerlo dar vuelta en su camino. Sin embargo, llegó el tiempo cuando Jesús pudo llegar a su corazón en su propia fiesta, y Simón se rindió a ese amor que no lo soltaba.

Y Juan 12:42-43 habla acerca de muchos que creyeron en él. Hubo muchos que fueron conscientes de la inutilidad de sus propios esfuerzos para salvarse ellos mismos y llegaron a aceptar la salvación que Jesús les ofrecía. Reconocieron que no podían limpiar el templo de sus propios corazones, e invitaron a Jesús a entrar, no una vez solamente, sino todos los días. Jesús sigue ofreciendo la misma salvación a cada uno de nosotros, y tenemos el poder de aceptarlo. Podemos decidir por una relación vital con él en la medida que aprendamos a conocerlo mejor como Salvador, Señor y Amigo.

CAPÍTULO 16: CÓMO TRATÓ JESÚS A LA GENTE COMÚN

¿Alguna vez participó en el juego infantil «Sigue al líder», donde todos los niños deben seguir los pasos del líder? Y al jugarlo, ¿alguna vez tuvo que seguirlo a lugares tan absurdos como la alberca con sus ropas puestas, y seguirlo hasta cruzar por charcos de aguas barrosas o saltar desde el techo de la cochera? Si así fue, probablemente aprendió a cuestionar seriamente el juego.

Las ovejas son notables por seguir ciegamente a su líder. En un matadero de la ciudad de Nueva York, habían entrenado a un chivo a ser el líder. Se llamaba Judas. En el momento que le abrían, pasaba por el portón y todas las ovejas lo seguían ciegamente. En el último instante, el chivo salía por una pequeña puerta lateral, y las ovejas seguían su camino hacia su destino final, mientras que Judas regresaba por otro grupo.

Una de las parábolas más cortas que pronunciara Jesús trata acerca de los peligros de jugar a «Sigue al líder» en un sentido espiritual. Se encuentra en Lucas 6:39-40. «Y les decía una parábola: ¿Acaso puede un ciego guiar a otro ciego? ¿No caerán ambos en el hoyo? El discípulo no es

superior a su maestro; mas todo el que fuere perfeccionado, será como su maestro».

Jesús compara frecuentemente a sus seguidores con las ovejas y nos invita a seguirlo donde él nos guíe. De manera que el problema no consiste en el acto de seguir, sino en quién se constituye como su guía. En los días de Cristo, la mayoría de la gente común aceptaba como líderes a los fariseos y saduceos. Como se explicaba en el último capítulo, los fariseos eran los tradicionalistas, los conservadores; y los saduceos, los liberales. Ambos grupos eran legalistas, porque dependían de sus propios esfuerzos para asegurar la salvación. Y la gente se alineó detrás de sus líderes ciegos y se unió a ellos para rechazar finalmente a Jesús.

Es trágico el hecho de que la gente pocas veces supere a su ministro, maestro o líder. El pueblo judío pereció como nación porque siguieron a sus líderes en su gran error de no escudriñar las Escrituras personalmente ni decidir por su propia cuenta en favor de la verdad. ¿No es éste un gran peligro para nosotros hoy? Cuán fácil es simplemente seguir, en vez de estudiar, escudriñar y orar por nosotros mismos para conocer la voz del verdadero Pastor.

Otro texto similar que habla acerca de seguir a los líderes se encuentra en Mateo 15:13, 14. Esto sucedió instantes después que Jesús había pronunciado palabras ásperas a los dirigentes religiosos de sus días. Y los discípulos informaron a Jesús: «¿Sabes que los fariseos se ofendieron cuando escucharon lo que les dijiste?» En respuesta a esto Jesús les dijo: «Toda planta que no plantó mi Padre celestial, será desarraigada. Dejadlos; son ciegos guías de ciegos; y si el ciego guiare al ciego, ambos caerán en el hoyo». Aparentemente es posible hallar a líderes que no fueron plantados por el Señor aun en una comunidad religiosa. No todos los que son, externamente, miembros del cuerpo de Cristo, son necesariamente árboles de justicia. Llegará el tiempo cuando aquellos que no fueron plantados por el Señor, serán desarraigados.

Quisiera hacer una aclaración en este momento. Cuando hablamos acerca de seguir a los líderes hoy, no nos referimos solamente a los dirigentes de la Asociación General. La costumbre de seguir a los líderes no se limita a la sede de la iglesia. Lo que aquí decimos, sin embargo, no lleva la intención de atacar a la dirigencia de nuestra iglesia. Las personas escogen a sus propios líderes dependiendo de la manera como desean vivir. Siempre es posible hallar a alguien, en algún lugar, que guíe en la dirección que uno

necesita tomar. Dios ha ordenado el liderazgo como un medio para guiar a su iglesia. El liderazgo tiene un propósito y una función definidos. Lo que se pretende destacar aquí es que resulta peligroso seguir ciegamente a una persona.

Según encuestas y estadísticas realizadas, sólo una de cada cuatro o cinco personas de la iglesia dedican tiempo al estudio de la Palabra de Dios y a la comunión personal con Cristo. Si esto es cierto, actualmente existen muchos seguidores ciegos. Así que no nos anquilesemos en la lección de historia, sino que veamos de qué manera podemos beneficiarnos de las lecciones que Jesús trató de enseñar a los seguidores de sus días.

Fue en este marco de referencia que Jesús expuso la parábola que ilustra la posibilidad de seguir a un líder que conduce directamente a una zanja. ¿Por qué sucedía esto? ¿Qué pasaba con la gente común, las multitudes tan vulnerables al engaño? Primero, no estaban convertidos. Nunca habían experimentado la obra sobrenatural del Espíritu Santo en el corazón. Su actitud hacia Dios no había cambiado. Nunca habían permitido que Dios les diera una nueva capacidad de conocerlo. Pasaban muy poco tiempo en una búsqueda personal de Dios, pues eran incapaces

de hacerlo. En la época de Cristo, ataban pequeños trozos de la Escritura alrededor de las muñecas y la cabeza para sustituir el acto de prenderlos en el corazón. Toda su actividad religiosa giraba en torno al yo. Se sentían cómodos con las formas y ceremonias de una religión externa, pero sus corazones permanecían ajenos a la gracia de Dios.

Estas personas no tenían una relación con Dios. Eran víctimas de la salvación por obras: sus ejercicios y normas religiosas tenían como propósito asegurar las bendiciones temporales. Les gustaba la idea de que las langostas se detuvieran en el cerco de la propiedad de aquellos que pagaban sus diezmos. Les interesaba el concepto del cielo y la oferta de vivir para siempre. Les impresionaba el milagro de los panes y los peces y que las enfermedades desaparecían tras unas cuantas palabras suaves de Jesús.

Pero en Juan 6, cuando Jesús habló acerca del pan de vida, se sintieron turbados y dijeron: «Dura es esta palabra; ¿quién la puede oír?» (vers. 60).

En los días de Jesús la gente, lo aceptó parcialmente. Estaban dispuestos a aceptarlo como un gran Maestro. Consentían en que era un obrador de milagros. Admitían que era un profeta. Pero se negaban a aceptarlo como

Salvador, Señor o Dios. Y su aceptación limitada terminó en rechazo total.

Sus contemporáneos tuvieron problemas para aceptar el espíritu de profecía. Esto se registra en Lucas 16:19-31, cuando Jesús usa una fábula romana popular a fin de enseñar ciertas verdades: ¡pero la condición de la humanidad después de la muerte NO encajaba en estas verdades! En esta composición ficticia, un hombre rico estaba en un tormento. Curiosamente pidió que se enviara a Lázaro, el mendigo, para hablar con sus cinco hermanos y advertirlos acerca de su horrenda suerte.

«Y Abraham le dijo: a Moisés y a los profetas tienen; oiganlos. El entonces dijo: no, padre Abraham; pero si alguno fuere a ellos de entre los muertos, se arrepentirán. Mas Abraham le dijo: si no oyen a Moisés y a los profetas, tampoco se persuadirán, aunque alguno se levante de los muertos» (vers. 29-31).

Tiempo después, sucedió en la vida real. Un hombre fue levantado de entre los muertos, ¡y su nombre era Lázaro! Y lo triste es que no sólo rehusaron aceptar esa evidencia, sino que planearon asesinar tanto a Jesús como a Lázaro, quien había resucitado de los muertos. De

manera que estas personas tampoco aceptaban muy bien a Moisés y a los profetas.

Mateo 23 menciona que adornaban las tumbas de los profetas, sin embargo, eran hijos de los asesinos de los profetas, en espíritu y en linaje. Pablo menciona esto en su predicación registrada en Hechos 13:26, 27 y dice: «Varones hermanos, hijos del linaje de Abraham ... Porque los habitantes de Jerusalén y sus gobernantes, no conociendo a Jesús, ni las palabras de los profetas que se leen todos los días de reposo, las cumplieron al condenarle». Ellos leían cada sábado los escritos de los profetas, pero no aceptaban ni comprendían lo que leían.

Esteban dijo esto en Hechos 7:51-53: «¡Duros de cerviz, e incircuncisos de corazón y de oídos! Vosotros resistís siempre al Espíritu Santo; como vuestros padres, así también vosotros. ¿A cuál de los profetas no persiguieron vuestros padres? Y mataron a los que anunciaron de antemano la venida del Justo, de quien vosotros ahora habéis sido entregadores y matadores; vosotros que recibisteis la ley por disposición de ángeles, y no la guardasteis». Ese mensaje fue demasiado para esa gente. Se lanzaron sobre él, lo sacaron de la ciudad, y mientras un

joven llamado Saulo recogía y cuidaba los mantos, las piedras comenzaron a llover.

Pero Esteban, mirando hacia el cielo, vio una visión de Jesús, de pie a la diestra del Padre. Siempre me ha gustado esa historia. ¡Jesús no iba a aceptar este sacrificio sentado! Estaba de pie, al lado de Esteban, lo cual trajo seguridad a su fiel discípulo quien murió en paz, orando por sus enemigos. Pero había dicho la verdad acerca de estas personas. Profesaban aceptar y reverenciar a los profetas, pero en realidad rechazaban tanto a los profetas como a Aquel sobre quien se había profetizado.

Esto también es evidente en su relación con Juan el Bautista. En Mateo 21, los dirigentes religiosos pasaron aprietos, cuando Jesús les preguntó qué pensaban acerca de Juan el Bautista. Se negaron a contestar, porque sabían que la gente consideraba a Juan como un profeta. Pero habían aceptado parcialmente a Juan el Bautista, y no aceptaban a Jesús como Aquel señalado por Juan el Bautista.

¿Será que Jesús trató de decir a la gente común que no necesitaban liderazgo? No. Existe un propósito definido para el liderazgo. Pero ¿será que el propósito del liderazgo es entregar a la gente la verdad, sin pedirles que sigan

investigando por su propia cuenta? ¡Jamás! El propósito de los líderes, maestros y predicadores es animar y motivar a la gente a que comprendan la verdad por medio del estudio y el escudriñamiento personal de las Escrituras. Un antiguo adagio reza de la siguiente manera: «Puedes darle a un hombre un pescado y alimentarlo por un día. Puedes enseñarle a un hombre a pescar, y alimentarlo por el resto de su vida». ¡Aunque ésta no es una ilustración vegetariana, sin embargo, sigue siendo atinada!

¿Enseñó la verdad, Pablo? Claro que lo hizo. ¿Enseñó la verdad Jesús? Seguro. ¿Enseñaron la verdad sus discípulos? Sí. ¿Y los de Berea escudriñaron sus enseñanzas y verificaron que verdaderamente fuera la verdad? Lo cierto es que fueron reconocidos por su percepción. Jesús no pidió a las masas que lo siguieran ciegamente. No espera que nadie lo siga ciegamente. Pero sí les pidió que lo siguieran.

La mayoría de la gente común en los días de Cristo no lo aceptaron. No obstante, hubo excepciones, los cuales nos dan valor e inspiración actualmente.

No todos los que estaban entre las masas eran volubles. No todos se unieron a los que le cantaron alabanzas en su entrada triunfal en Jerusalén, y poco

después gritaron «¡Crucifícalo!» La mujer en el pozo buscaba algo que pudiera satisfacer su alma. Ella aceptó a Jesús como el Mesías y convenció a todo el pueblo de esta verdad. Lázaro, un humilde trabajador anónimo de la sinagoga, desde la primera vez que se encontró con Jesús, lo amó con un amor que nunca menguó. El ladrón en la cruz volteó la cabeza en medio de su dolor y vergüenza y suplicó: «¡Señor, acuérdate de mí!» Me alegro mucho por las excepciones, ¿y usted?

Podemos ponernos del lado de las excepciones hoy, así como hicieron los discípulos al final del discurso de Jesús referido en Juan 6. La multitud se estaba dispersando y Jesús preguntó, «¿Y ustedes también se irán?» (véase el vers. 67).

¿Quieren unirse a los discípulos que dijeron, «Señor, a quién iremos? Tú tienes palabras de vida eterna» (vers. 68). No era popular creer en Jesús. No era la moda para la multitud de antaño permanecer a su lado, y hoy sigue siendo igual. Pero me gustaría invitarlo a vivir una experiencia doble. Le evitará ser mal guiado al seguir a cualquier persona ciegamente. La primera experiencia implica una relación personal con Jesús. La segunda, una comprensión inteligente de la verdad en la que se basa esa

relación. Ambas tienen el mismo grado de importancia. La una sin la otra será insuficiente. Sin embargo, podemos aceptar hoy el privilegio de conocer a Jesús y la verdad por nuestra propia cuenta. Mientras tanto, busquémoslo en su Palabra por medio del estudio y la oración. Sigamos buscándolo hasta que regrese a este mundo.

CAPÍTULO 17: CÓMO TRATÓ JESÚS A LOS MUNDANOS

En cierta ocasión, un grupo de estudiantes universitarios regresaban a sus casas durante las vacaciones de primavera. Mientras viajaban, se encontraron con una señal en la carretera que decía: «¡No leas lo que dice en la parte trasera de esta señal!» ¡Nadie dijo una palabra, pero cuando la pasamos, todos los que estábamos en el automóvil volteamos la cabeza para ver el dorso del anuncio! La publicidad negativa puede ser una forma muy efectiva de dar a conocer un producto. Tal vez hasta Dios la usa en algunas ocasiones.

Cuando Jesús se acercaba al final de su vida y misión terrenas, las cosas no andaban muy bien. Había excesiva mala publicidad. Mucha gente había abandonado a Jesús, hasta aquellos a quienes había sanado. Nueve de diez leprosos aceptaron sólo las bendiciones físicas, mientras rehusaban el ofrecimiento de las bendiciones espirituales.

Durante un tiempo la gente se aglomeraba para escucharlo y verlo. Pero a medida que su tiempo llegaba a su final, toda su misión asumió el aspecto de cruel derrota.

Su caso parecía perdido. Aparentemente Jesús había hecho poco del trabajo que había venido a hacer.

Pero a pesar del aparente fracaso, podía sentarse tranquilamente en la cumbre del Monte de los Olivos, mirar hacia otra montaña que tenía la apariencia de una calavera y decir: «El evangelio que yo enseñé irá a todo el mundo». Si hubiera confiado en los recursos humanos, habría fracasado. Tenía un puñado de discípulos y unas pocas mujeres que lo seguían; y hasta sus discípulos emprendieron la carrera de cien metros al llegar el momento de la verdad. Cualquier observador habría pronosticado que jamás sería aceptado por los dirigentes de la iglesia. Parecía imposible que tuviera éxito.

Sin embargo, hoy vivimos en el cumplimiento de su predicción, o por lo menos su cumplimiento potencial. Hoy, la iglesia recibe muchas críticas. Pero Dios puede hacer que todo esto cambie, así como el cuadro tétrico de los días de Jesús cambió por completo. La mala publicidad sigue siendo publicidad. Proponer que no se lea el reverso del anuncio puede incitar a que muchos lo hagan. Así que hay varias lecciones que pueden aprenderse hoy del aparente fracaso con que se caracterizaron los días previos a la crucifixión de Jesús.

Comencemos leyendo Juan 12:20 en adelante, donde se registra un episodio que infundió ánimo al corazón de Cristo. «Había ciertos griegos entre los que habían subido a adorar en la fiesta». Jesús estuvo presente en la fiesta, parado en el atrio del templo, a punto de irse para siempre. «Estos, pues, se acercaron a Felipe, que era de Betsaida de Galilea, y le rogaron, diciendo: «Señor, quisiéramos ver a Jesús. Felipe fue y se lo dijo a Andrés; entonces Andrés y Felipe se lo dijeron a Jesús. Jesús les respondió diciendo: ha llegado la hora para que el Hijo del Hombre sea glorificado» (Juan 12:21-23).

Luego inicia un párrafo que a primera vista no pareciera ser demasiado relevante; pero si lo observamos bien, cobra nuevo significado. «De cierto, de cierto os digo, que, si el grano de trigo no cae en la tierra y muere, queda solo; pero si muere, lleva mucho fruto» (vers. 24). Jesús quería decir que sería glorificado; pero para que esto se llevara a cabo, primero debía morir. Luego hace la aplicación a sus seguidores. «El que ama su vida, la perderá; y el que aborrece su vida en este mundo, para vida eterna la guardará. Si alguno me sirve, sígame; y donde yo estuviere, allí también estará mi servidor. Si alguno me sirviere, mi Padre le honrará» (vers. 25, 26). De

esta manera Jesús señalaba que para que podamos ser glorificados, debemos seguirlo a la cruz.

«Y ahora está turbada mi alma; ¿y qué diré? ¿Padre, sálvame de esta hora?» Entendemos que en lo que concernía a Jesús, si se le hubiera concedido su preferencia personal, hubiera evitado el camino a la cruz. Pero luego presentó su verdadero espíritu de sumisión a la voluntad de su Padre y el plan de salvación: «Mas para esto he llegado a esta hora. Padre, glorifica tu nombre».

«Entonces vino una voz del cielo: Lo he glorificado, y lo glorificaré otra vez. Y la multitud que estaba allí, y había oído la voz, decía que había sido un trueno. Otros decían: Un ángel le ha hablado. Respondió Jesús y dijo: no ha venido esta voz por causa mía, sino por causa de vosotros» (vers. 27-30). Dios les concedía otra oportunidad, una última oportunidad para que ellos escucharan. Pero notemos que la voz de Dios sólo suena como truenos para algunas personas. «Ahora es el juicio de este mundo; ahora el príncipe de este mundo será echado fuera. Y yo, si fuere levantado de la tierra, a todos atraeré a mí mismo» (vers. 31, 32).

Cuánto ánimo le ha de haber infundido a Jesús cuando estos hombres de Oriente vinieron y dijeron: «Nos gustaría

ver a Jesús». Este fue uno de los pocos momentos de ánimo hacia el final de su vida, puesto que ya estaba bajo la sombra de la cruz. Lo había predicho, aun cuando a sus seguidores no les gustaba la idea. Pero la aparición de estos hombres llegó a ser el cumplimiento de una profecía registrada en Mateo 8:11, 12. Jesús había sanado al siervo del centurión y había felicitado al dirigente militar por su gran fe. Luego hizo esta gran declaración: «Y os digo que vendrán muchos del oriente y del occidente, y se sentarán con Abraham e Isaac y Jacob en el reino de los cielos; mas los hijos del reino serán echados a las tinieblas de afuera; allí será el lloro y el crujir de dientes».

Jesús predijo un intercambio, un momento en el cual su propio pueblo lo abandonaría y otros pueblos vendrían del oriente y del occidente (y Lucas agrega del norte y del sur también) y se sentarán con Abraham e Isaac y Jacob. Al mismo principio del ministerio de Jesús, los sabios vinieron del Oriente y preguntaron: «¿Dónde está el rey de los judíos, que ha nacido? Porque su estrella hemos visto en Oriente, y venimos a adorarlo» (Mateo 2:2).

Luego, al final de su ministerio, un grupo vino del Occidente, en seguimiento del cumplimiento de la profecía.

¿Notaron a Felipe y Andrés? Ellos tenían sus radares encendidos. Sus oídos estaban afinados respecto de las almas sedientas, y habían visto a los griegos que entraron en el atrio del templo. Allá en el principio, fue Andrés quien trajo a su hermano Pedro a Jesús. Podemos ver a Andrés, sentado en la última banca de la sinagoga mientras que Pedro está en la plataforma, predicando. Y Andrés se dice a sí mismo, «qué día tan maravilloso cuando traje a Pedro a los pies de Jesús». Andrés estaba dispuesto a permanecer al margen. Participaba poco, y no era tan comunicativo como su hermano. Pero siempre estaba conduciendo a alguien a los pies de Jesús, aunque fuera a un niño con cinco panes y dos peces.

Felipe, uno de los primeros discípulos de Jesús, trajo a Natanael, habiéndolo invitado a venir y ver. De manera que aquí los tenemos otra vez, Felipe y Andrés, trayendo a alguien a los pies de Jesús.

Ciertamente, los griegos tenían la motivación adecuada. «Nos gustaría ver a Jesús». No pidieron que les dieran el informe de la gira misionera en la que los setenta discípulos habían participado. No pidieron un paseo organizado de la sinagoga, ni vinieron para una discusión teológica. Querían ver a Jesús. Y su petición fue cumplida.

En este pasaje de la Escritura, se registra una declaración clásica de nuestro Señor Jesucristo: «Y yo, si fuere levantado ..., a todos atraeré ... a mí mismo». El levantamiento de Jesús atrae a las personas a él. Jesús colgado en una cruz era una ofensa para la gente de sus días, y es una ofensa para algunos contemporáneos también. La iglesia primitiva tuvo que soportar mucha publicidad negativa por tener a un Dios que había sido crucificado. Esa fue una mala publicidad. Los dioses de aquellos días estaban ajenos al concepto de «Salvó a otros; a sí mismo no puede salvar». Pablo les habló a los corintios acerca de la locura de predicar la cruz. Sin embargo, en ella está el poder de Dios.

Y estos griegos pudieron penetrar en el mismo corazón del asunto, pidiendo y aceptando una revelación de Jesús en un momento cuando otros cerraban las puertas de la salvación. Asimismo, la iglesia del tiempo del fin, poco antes de la segunda venida de Jesús, parecerá próxima a caer. Pero no caerá. Más bien, se llevará a cabo una vez más este extraño intercambio; los que están adentro, la dejarán, y aquellos que son del norte y del sur y del este y del oeste, entrarán en ella. Nótese que Abraham, Isaac y Jacob no salen de la iglesia para unirse a

los del norte, del sur, del este y del oeste. Son éstos los que entran en ella. ¡No pierdan este detalle!

Así que, en el mismo fin, se presenta en la iglesia orgánica un gran éxodo de personas que tienen el mismo problema que el de las personas religiosas de los días de Cristo. Lo rechazan. Y en la medida que éstas lo abandonan, multitudes entran y toman sus lugares.

¿Por qué se llevan a cabo estos cambios? El apóstol Pablo describe la situación y da una respuesta. Si fue acertada para sus días, ¿por qué no para los nuestros?

«¿Qué, pues, diremos? Que los gentiles, que no iban tras la justicia, han alcanzado la justicia, es decir, la justicia que es por la fe; mas Israel, que iba tras una ley de justicia, no la alcanzó. ¿Por qué? Porque iban tras ella no por fe, sino como por obras de la ley, pues tropezaron en la piedra de tropiezo, como está escrito: He aquí pongo en Sion piedra de tropiezo y roca de caída; y el que creyere en él, no será avergonzado.

«Hermanos, ciertamente el anhelo de mi corazón, y mi oración a Dios por Israel es para salvación. Porque yo les doy testimonio de que tienen celo de Dios, pero no conforme a ciencia. Porque ignorando la justicia de Dios, y

procurando establecer la suya propia, no se han sujetado a la justicia de Dios» (Romanos 9:30-33 y 10:1-3).

Ellos todavía no habían ido a la cruz para unirse con Jesús, quien no podía salvarse a sí mismo. Ellos no han llegado al punto de reconocer que no podían salvarse a sí mismos. Y Pablo termina su argumento con las siguientes palabras: «Porque el fin de la ley es Cristo, para justicia a todo aquel que cree» (vers. 4). El punto focal en la salvación por fe y la salvación por obras es la línea divisoria entre aquellos que aceptaron a Jesús, igual que los griegos, y aquellos que lo rechazaron, igual que los líderes judíos. Las personas que han realizado logros por medio de sus propios esfuerzos desean méritos y crédito, y encuentran en Jesús un estorbo y una roca ofensiva. El legalista se ofende con Jesús y lo abandonará exactamente por la misma razón en el tiempo del fin.

¿Acaso no podemos unirnos a Pablo cuando dice: «Hermanos, es el deseo de mi corazón que (¿cuántos?), todos sean salvos». No deseamos ver que miles de nuestros hermanos que han conformado la iglesia salgan a la oscuridad; Dios mismo quisiera que todos permanezcamos firmes. Todos podemos estar allí para sentarnos con Abraham, Isaac y Jacob, junto con la

multitud que nadie puede contar provenientes de todas las naciones y tribus y lenguas y pueblos. No podemos salvarnos a nosotros mismos excepto por un método, y eso es caer sobre la Roca y ser quebrantados por nuestra propia voluntad. Podemos decidir entrar en una relación con Jesús hoy, seguirlo y someternos a la verdad. Recordemos que no podemos salvarnos a nosotros mismos. Podemos unirnos a los griegos en el deseo de ver a Jesús hoy.

Qué sería ver a Jesús; al aumentar las sombras de la tarde, Por el pequeño paisaje de nuestra vida; Qué sería ver a Jesús, para fortalecer nuestra débil fe, Para el último conflicto, en esta lucha mortal. Qué sería ver a Jesús, es todo lo que necesitamos; Fortaleza, gozo y disposición se añaden al contemplarlo; Qué sería ver a Jesús, muriendo, levantado y suplicante, ¡Pronto vendrá y terminará esta noche mortal!

-Anna B. Warner

CAPÍTULO 18: CÓMO TRATARON A JESÚS EN EL JARDÍN

Cuando era un niño de doce años vivíamos en el Estado de Michigan. Allí acostumbábamos a patinar sobre el hielo. Una noche mi padre -que es pastor de iglesia- debía ir al otro lado del pueblo donde residíamos para dar un estudio bíblico. Sabía que pasaría cerca de un parque con un magnífico lago donde podría patinar sobre el hielo. Así que le pedí que me llevara con él y que me dejara en el parque mientras él daba su estudio bíblico.

¡Han de haber estudiado acerca del milenio aquella noche! Demoró tanto tiempo que cerraron el parque, y los otros patinadores se fueron a sus casas. Apagaron las luces y yo me quedé solo en la oscuridad del lago, tratando de patinar lo suficiente para no congelarme. Después de lo que me pareció una eternidad, finalmente creí que mi papá se había olvidado de mí y había regresado a casa sin mí. Tenía demasiado frío para seguir patinando, y simplemente me senté contra un árbol que me protegía un poco del viento.

Se cree que los niños de doce años no lloran, ¡pero sí lloran! Tenía toda clase de sentimientos; me sentía triste y enfadado. Pero poco antes de morir, pude ver las luces conocidas del carro de mi papá que venía por el camino. Nunca en mi vida me había sentido tan contento. Al preparar esta sección, recordé mi experiencia de sentirme desamparado por el padre.

Con este capítulo, hacemos una especie de transición entre cómo trató Jesús a la gente, y cómo trató la gente a Jesús. Hasta el momento, hemos estudiado varias de las clases de personas con las cuales Jesús caminó y trabajó, y cómo trató a cada persona con amor y bondad infinitos. Ahora, al estudiar las últimas escenas de su vida, vemos el desenvolvimiento trágico de cómo respondió la gente a su vida y misión.

Observemos la descripción de cómo trataron a Jesús en el jardín. «Entonces llegó Jesús con ellos a un lugar que se llama Getsemaní, y dijo a sus discípulos: Sentaos aquí, entre tanto que voy allí y oro. Y tomando a Pedro, y a los dos hijos de Zebedeo, comenzó a entristecerse y a angustiarse en gran manera. Entonces Jesús les dijo: Mi alma está muy triste, hasta la muerte». Nosotros tal vez diríamos «Estoy muerto».

«Quedaos aquí, y velad conmigo. Y yendo un poco adelante, se postró sobre su rostro orando y diciendo: Padre mío, si es posible, pase de mí esta copa; pero no sea como yo quiero, sino como tú» (Mateo 26:36-39).

Veamos esta escena como ustedes la recuerdan. Jesús había pasado algún tiempo con sus discípulos en el aposento alto. Habían celebrado la Pascua. Les había dado lecciones muy animadoras, algunas palabras acerca de la vida y los pámpanos, y con ellos elevó una oración muy poderosa, no sólo en favor de sus discípulos (ahora quedaban sólo once), sino también en favor de sus seguidores de todas las edades.

Juntos abandonaron el aposento alto y se dirigieron hacia el jardín, que era uno de los lugares favoritos de Jesús para orar y estar en comunión con su Padre. En el camino hacia el jardín, Jesús fue sobrecogido por un tremendo peso. Los discípulos notaron que la carga era tal que Jesús caminaba como si tuviera un gran peso encima. Daba pasos forzados poniendo dolorosamente un pie delante del otro. Los discípulos se acercaron más a él, deseando ayudarlo, aunque no comprendían la tristeza que agobiaba su alma.

Cuando llegaron a la entrada del jardín, la mayoría de los discípulos se quedaron atrás, pero Jesús escogió a tres para que lo acompañaran hasta más adelante. Luego se dirigió hacia uno de sus lugares favoritos para orar, mientras los discípulos que estaban con él esperaban a corta distancia. Cuántas veces hemos visto cuadros de esta escena: Jesús arrodillado, orando en el jardín. Esta era la noche cuando su alma estaba sumamente triste, cuando él sintió que iba a morir.

Al considerar esta experiencia del Getsemaní, notemos la relación de diferentes personas con él: cómo lo trataron otros en el jardín.

En primer lugar, consideremos a su propio Padre. En el plan que se había preparado desde antes de la fundación del mundo, Jesús y su Padre eligieron un determinado curso de acción del cual ahora Jesús no quería desviarse, a pesar del dolor. Humanamente hablando, quería evitar tan terrible experiencia. Había llegado el momento cuando su Padre, de acuerdo con la Escritura, había puesto sobre su cabeza la iniquidad de todos nosotros. Era una carga abrumadora.

No hay manera de que podamos comprender cuán pesada era la carga que llevó Jesús; pero piense por unos

instantes acerca de algún fracaso en su vida. Recuerde la ocasión cuando cayó miserablemente en pecado y el enemigo llegó a golpearlo con el sentimiento de culpabilidad. ¿Puede pensar en un momento crítico de su vida cuando se sintió alejado de Dios y experimentó el mayor remordimiento y dolor por su pecado? He conversado con personas que han sentido tan pesada la carga de pecado, al cosechar los resultados de su propio estilo de vida, que han querido ponerle fin al problema. Sentían que no valía la pena prolongar su vida debido al sentimiento de culpa y dolor. Ahora tome esa experiencia como si fuera propia y agréguele todas las demás en las que ha experimentado culpa, fracaso o pecado. Y luego multiplíquelas por el número de personas que hay en el mundo, con su culpa acumulada. Después multiplique el peso de todas las personas de todas las edades. Este es el peso que Jesús tomó sobre sus hombros. Esta es la razón por la cual ni siquiera podemos empezar a comprender o imaginar la carga que Jesús sintió cuando Dios puso sobre él toda nuestra iniquidad.

Y lo más sorprendente de todo es que Jesús estuvo tan involucrado en el desarrollo de este plan como su propio Padre. Dios no colocó todo este peso sobre Jesús en contra de su voluntad. La Biblia nos dice que tanto el Padre como

el Hijo estaban de acuerdo en esta reconciliación. Y aunque Dios ama al pecador, y siempre ha amado a los pecadores, odia el pecado. Jesús odiaba el pecado. La carga del pecado del mundo entero estaba aplastando su vida. Sin embargo, Jesús asumió esa carga voluntariamente para que Dios fuera justo y, además, el justificador de todo aquel que cree y acepta el sacrificio que le fue provisto.

Durante el tiempo de prueba de Jesús en el Getsemaní, cuando murió antes de morir, hubo una aparente separación entre Jesús y su Padre. Así será la separación que el pecador experimentará si sigue en su rebelión contra Dios y finalmente se pierda para siempre.

A veces pensamos que cuando Jesús llegó a este momento de su vida, dependió de sus propias fuerzas. Vemos que durante toda su vida dependió totalmente de su Padre: vivió en íntima relación con su Padre. Pero ahora, desde el Getsemaní hasta la cruz, pareciera como si su Padre hubiera desaparecido, y Jesús queda solo para luchar contra el pecado. En este momento conviene dar una segunda consideración a este asunto; porque aun cuando Jesús se sintió abandonado, no lo estaba. Jesús había predicho su gran dolor en Juan 16:31, cuando dijo: «He aquí la hora viene, y ha venido ya, en que seréis

esparcidos cada uno por su lado, y me dejaréis solo; mas no estoy solo, porque el Padre está conmigo».

Jesús sabía que su Padre estaría con él, pero él también sabía que se sentiría absolutamente abandonado y separado cuando llegara el momento de la crisis. Los sentimientos eran tan reales como si no lo supiera. Jesús sintió que el pecado lo estaba separando de su Padre. Sintió que la ira de Dios contra el pecado era tan grande que su unidad con el Padre quedaría destruida. Pero Dios estuvo ahí. El Padre estuvo ahí, «en Cristo, reconciliando consigo al mundo» (véase 2 Corintios 5:19).

Jesús tuvo miedo. Estaba temeroso. Temía no poder cumplir con su parte del trato cuando se sintiera separado de su Padre. Se sintió solo. Sabía que era humano. Lo cierto es que podríamos pasar mucho tiempo especulando sobre los detalles exactos de la naturaleza humana de Cristo. Pero sabemos claramente lo siguiente: él conocía por experiencia la debilidad de la humanidad después de 4000 años de pecado. No era tan fuerte como Adán, y bien sabía cómo Adán había fallado la prueba. Se sintió solo y desamparado, y no es de sorprenderse cómo se aferró al suelo, pues no quería separarse más de lo que ya sentía. No es de sorprenderse que llorara y sudara gotas de

sangre mezcladas con sudor. Estos momentos de lucha con la muerte de Jesús en el jardín sólo pueden describirse con palabras como desesperación y horror tenebroso. Ningún dolor puede compararse con el que sintió Jesús. Cuán difícil debe de haberle sido, y también a su Padre. Consideremos a otro personaje en este momento. Vayamos al polo opuesto del cuadro; consideremos a Satanás. ¿Cómo trabajaba Satanás en esta hora de oscuridad? Se aproximaba su gran momento, cuando todo estaba en juego. Durante toda la vida de Jesús, Satanás había tratado de conquistarlo, de hacer que fracasara. Todo comenzó desde antes de su nacimiento. Cuando Jesús era un bebé, todos los infantes varones de Belén fueron muertos durante el fallido plan que Satanás realizó para poner fin a la vida de Jesús.

Satanás se encontró con Jesús en el desierto, y casi tuvo éxito en quitarle la vida, pero un ángel vino a fortalecerlo cuando casi moría en el desierto de la tentación. Satanás y sus secuaces desafiaron a Jesús en más de una ocasión, gritándole y diciendo:

«Sabemos quién eres, tú eres el Santo, el Hijo de Dios».

Ahora Satanás vino a tentar a Jesús, para que pensara que su Padre lo había abandonado para siempre. Jesús

dijo: «Mi Padre no me ha abandonado», pero Satanás sugirió: «Estás solo. Dios te ha abandonado. Esta separación que experimentas es real. Jamás volverás a ver a tu Padre. La separación que sientes es eterna, así que, ¿de qué te sirve pasar por todo este dolor? Se supone que debes salvar al mundo, pero el mundo te ha rechazado. Tu propia gente quiere destruirte. Uno de tus discípulos se ha convertido en traidor y te ha traicionado. ¿Por qué no te das por vencido? ¿Por qué no regresas a tu Padre y dejas de esforzarte?»

Jesús sintió la tentación de regresar al Padre. Muy interesante. Nuestra gran tentación es vivir separados de Dios. Pero la tentación más grande de Jesús en el Getsemaní fue regresar al lado de su Padre. Todo lo contrario de lo que nos pasa a nosotros, ¿verdad? Satanás no se detuvo con nada, hacía todo cuanto estaba en su poder para convencer a Jesús de que dejara este mundo en sus manos. Sabía que su propio futuro estaba en la balanza.

Ahora, consideremos a los ángeles. ¿Cómo reaccionaron los ángeles aquella noche cuando Jesús luchaba en el jardín? Permanecieron callados. Los ángeles sabían que el momento crucial del universo había llegado.

No había cantos en el cielo. Las arpas callaron. Los ángeles quedaron absortos observando el drama. Miraban, sabiendo lo que estaba en juego. Los ángeles, cuya misma vida había estado llena con el gozo del servicio, aquella noche se sintieron frustrados. ¿Se los imaginan caminando de un lado a otro, observando la escena, y luego dando vueltas, con todo el deseo de volar con alas veloces para traerle auxilio, pero sin poder hacerlo?

Miran a Jesús en el jardín. Miran al Padre. ¡Oh! ¡Si tan sólo el Padre les hiciera la más leve señal con la cabeza para ir a ayudarlo. Finalmente tienen que esconder el rostro de la terrible escena. Hay más personas involucradas en el plan de salvación que aquellos que estaban en la tierra. Están los mundos no caídos.

¿Creen que los otros mundos están habitados? ¿Ha leído Apocalipsis 12 últimamente? «Por lo cual alegraos, cielos, y los que moráis en ellos» (vers. 12). Existen evidencias en la Biblia que aclaran que otros mundos están habitados. Supongo que podemos especular acerca de cuánto de lo que sucede en este mundo ellos realmente pueden ver. Tal vez tengan la misma visión que tienen los ángeles. Dudo que tengan un sistema de televisión con el noticiero celestial de las seis de la tarde como el que nos

brindan muchos de nuestros periodistas latinoamericanos. Pero cuando el mundo fue creado, las estrellas matutinas cantaron juntas y todos los hijos de Dios gritaron de alegría (véase Job 38:4-7). Sabían lo que estaba sucediendo y se preguntaban cuál sería el resultado.

Cuando Satanás comenzó su rebelión, hizo dos acusaciones contra Dios. Primero, que era imposible guardar la ley de Dios; y segundo, que, si la ley no se cumplía al pie de la letra, era imposible recibir el perdón de Dios. Si sus acusaciones eran ciertas, todo el universo estaría en peligro. Así que los mundos no caídos y todos los ángeles observaban fascinados el drama que se desarrollaba en el jardín de Getsemaní.

A continuación, veamos a los discípulos. Ellos dormían. ¿Alguna vez recibió bajas calificaciones por dormir? Jesús acudió a ellos en busca de simpatía, puesto que él era humano, y uno de los grandes principios del corazón humano es el deseo de simpatía en el sufrimiento. No hay nada anormal en desear consuelo cuando se sufre. Es legítimo el anhelo de que alguien le diga: «Yo estoy contigo, no te dejaré».

Así que Jesús se dirigió de su rincón de oración hasta donde estaban los discípulos en busca de palabras de

ánimo. Pero ellos dormían. Se quedaron viéndolo un momento, más dormidos que despiertos, pero pudieron despertar lo suficiente como para responder a su pregunta. Luego nuevamente se quedaron profundamente dormidos.

Pero note lo que dice la Escritura acerca de la clase de sueño que sufrían. Hay diferentes clases de sueño. Está el sueño por cansancio físico, después de haber caminado por los caminos polvorientos de Galilea todo el día y se está cansado. Está el sueño por causa del aburrimiento. Y luego está el sueño del que habla Lucas 22:45: «Cuando se levantó de la oración, y vino a sus discípulos, los halló durmiendo a causa de la tristeza». El sueño de la tristeza.

¿Qué es el sueño de la tristeza? Los mismos psicólogos, que estudian la mente humana, nos hablan acerca de personas que usan el sueño como un medio de escape de alguna terrible tristeza.

La mayoría de nosotros hemos experimentado un poco de esto en nuestras vidas. Los discípulos eran víctimas de esa clase de sueño. Sabían que Jesús estaba sufriendo. Lo habían oído hablar de pruebas y muerte. Habían tratado de no oír, pero tenían miedo. Habían oído sus lamentos de agonía allí en el jardín. Ellos sufrían porque su amado

Maestro sufría. El sueño vino como una bendición y un alivio para tanto dolor. Los discípulos dormían el sueño de la tristeza.

Jesús lo sabía, y nosotros también deberíamos saberlo. Jesús sabía que el espíritu de ellos estaba dispuesto pero que su carne era débil. En un sentido, no era un sueño por el que se olvidaron de Jesús; era un sueño por el que se identificaron tanto con él que no pudieron aguantar la presión. Por eso estaban dormidos.

Por lo tanto, la tercera vez que Jesús regresó solo a su lugar, clamó nuevamente a su Padre: «Si quieres, pasa de mí esta copa; pero no se haga mi voluntad sino la tuya».

La naturaleza fue la única compañía que tuvo Jesús en esa hora. Los olivos derramaron lágrimas de rocío, los cipreses se postraron con simpatía y el clamor de angustia del Salvador traspasaba el silencio de la noche. Jesús luchó hasta el último momento, aparentemente solo y desamparado por el cielo y la tierra. Nunca trate de comparar la lucha que experimentó Jesús en el jardín con alguna experiencia por la que nosotros hemos pasado. Nunca estaremos en la misma situación de Jesús, como él estuvo esa noche. Nunca lo estaremos. Nunca se nos pedirá que carguemos con todo el peso del pecado del

mundo. Mientras Jesús luchaba, lloró, oró y finalmente cayó moribundo. Repentinamente el cuadro cambió.

Gabriel, que tomó el lugar de Lucifer en presencia de Dios, había estado caminando de un lugar a otro, mirando al Padre, mirando al jardín. ¡De repente, el Padre le hace una señal con la cabeza a Gabriel! ¡Y Gabriel sale a una velocidad sobrenatural: la velocidad del universo!

Gabriel desaparece de aquella escena y al instante aparece al lado de Jesús. Levanta de la tierra la cabeza de su General. La sostiene contra su pecho. Señala hacia los cielos abiertos, de donde vino. Ha venido para recordarle a Jesús cuánto lo ama su Padre.

Le recuerda también acerca de las almas que serán eternamente salvadas como resultado de su sacrificio. Le asegura que su Padre es más grande y poderoso que Satanás y que los reinos de este mundo serán rescatados para los santos del Altísimo. Le garantiza que el horrendo sacrificio vale la pena, ya que tendrá consecuencias eternas a favor de aquellos humanos que elijan estar con él por la eternidad.

Y Jesús se levanta de su lugar de oración. Con su cabeza erguida sale del jardín para hacerle frente a la turba. Mantiene erguida su cabeza, como el Rey que es,

desde ese momento hasta que llega a la cruz. Mientras lo empujan por todo el camino hacia el Calvario, demuestra una fortaleza y compostura sobrenaturales.

Ha aceptado el amor y poder de su Padre por fe. Aunque se siente solo en la cruz y clama: «¿Por qué me has desamparado?», no está solo. Hacia el final exclama: «En tus manos encomiendo mi espíritu» (Lucas 23:46).

¿Se siente agradecido al conocer la historia sublime de Jesús? ¿Su conciencia está cómoda por lo que tuvo que pasar? ¿Experimenta gozo porque usted puede ser uno de los salvados eternamente, gracias a su sacrificio? ¿Por qué no le agradece nuevamente por tan maravilloso amor?

CAPÍTULO 19: CÓMO TRATÓ PEDRO A JESÚS

Una pregunta a la que todo padre tiene que enfrentarse es si conviene castigar físicamente a los hijos o no. Los estudios han mostrado que el tipo de castigo no es tan importante como el hecho de que el niño sepa que es amado y aceptado a pesar del castigo. ¡Sin embargo, mi padre escogió el método de las nalgadas!

Cuando éramos pequeños, usaba un látigo liviano. Un día, después de una sesión de nalgadas, llegué donde estaba mi madre, con una tremenda sonrisa en los labios y le dije: «¡Eso ni me dolió!» Ese fue uno de los más grandes errores de mi vida, porque ella le contó a papá lo que yo había dicho, ¡y desde ese momento en adelante él se aseguró de hacerlo bien! Pero la peor tunda que recibí fue cuando mi padre ni siquiera me tocó.

Estábamos de vacaciones en una isla en medio del Lago Gull, en Míchigan. Mi hermano y yo estábamos otra vez peleando. Ese era nuestro pasatiempo favorito. Estábamos arruinando nuestras vacaciones y la de nuestros padres. Mi papá intentó todo cuanto pudo para que

dejáramos de pelear. Probó quitarnos el postre. Nos mandó a la cama sin cenar. Nos hizo quedar en la cabaña. Nos dio unas nalgadas. ¡Nada funcionó! Finalmente llegó el momento cuando nos llamó a los dos a la cabaña. Estaba tratando de pensar qué camino tomar. Pero obviamente se le habían acabado todas las ideas. Entonces vi cómo comenzaron a brotarle las lágrimas. Ver aquellas lágrimas en el rostro de aquel hombre grande y fuerte fue una experiencia nueva para mí. Me di cuenta de que había causado desilusión y dolor a alguien que me amaba, y no podía soportar esas lágrimas. Podía soportar cualquier castigo menos ese. De repente, me entró un fuerte deseo de cambiar. ¡Fue la peor paliza que he recibido!

Esta misma lección aprendió Pedro. Nuestro capítulo anterior termina con la experiencia de Jesús en el Jardín de Getsemaní (Mateo 26:36-46). El ángel regresa al cielo, mientras Jesús les pide a sus discípulos que descansen. «Mientras todavía hablaba, vino Judas, uno de los doce, y con él mucha gente con espadas y palos, de parte de los principales sacerdotes y de los ancianos del pueblo» (vers. 47). «En aquella misma hora dijo Jesús a la gente: ¿Como contra un ladrón habéis salido con espadas y con palos para prenderme? Cada día me sentaba con vosotros enseñando en el templo, y no me prendisteis. Mas todo

esto sucede, para que se cumplan las Escrituras de los profetas. Entonces todos los discípulos, dejándole, huyeron» (vers. 55, 56).

Los discípulos despertaron repentinamente, allí en el jardín. Judas condujo a la turba hacia Jesús, dándole el beso que sirvió como señal para distinguirlo de sus discípulos. Pedro no se contuvo, tomó su espada y le amputó la oreja al siervo del sumo sacerdote. Mientras Jesús hablaba brevemente con ellos, un ángel se interpuso entre él y la turba. Por unos momentos, pareció que todos sus planes se derrumbarían. Pero el ángel desapareció nuevamente, y los discípulos, quienes habían jurado que nunca abandonarían a Jesús, huyeron en la oscuridad. Aun Pedro, quien le había asegurado con vehemencia, «Aunque todos se escandalicen de ti, yo nunca me escandalizaré», lo abandonó cobardemente y huyó.

Luego la turba llevó a Jesús al palacio de Caifás. Allí trataron de encontrar testigos falsos con los cuales presentar la acusación que comprometiese a Jesús como digno de muerte. Pero los testigos falsos se contradecían y sus testimonios no concordaban. Jesús esperó pacientemente, sin decir palabra alguna, hasta que

finalmente, Caifás se desesperó. Conjuró a Jesús a que declarara si era el Cristo, el Hijo de Dios.

En ese momento, Jesús rompió el silencio y dijo: «Lo soy». Y mientras todo oído escuchó su confesión bajo juramento ante el sumo sacerdote, y ante la mirada de todos los presentes, su rostro brilló con la gloria celestial. Luego Jesús agregó algo que Caifás no había pedido. Dijo: «Desde ahora veréis al Hijo del Hombre sentado a la diestra de Dios, y viniendo en las nubes del cielo» (vers. 64). Caifás gritó: «¡blasfemia!» Y la turba, airada, comenzó a darle de puñetazos, otros le abofeteaban y otros le escupían. Esa fue una noche horrible en la sala de juicio de Caifás. Le cubrieron la cabeza con trapos viejos y lo golpearon mientras le decían: «Profetízanos, Cristo, quién es el que te golpeó». Le escupieron el rostro ... Jesús fue tratado más cruel e injustamente que ningún otro prisionero.

A Jesús se le presentó una angustia peor aquella noche. Esta angustia es la que necesitamos considerar, porque involucró a uno de sus seguidores más cercanos.

Los discípulos habían abandonado a Jesús en el jardín cuando la turba lo aprehendió. Pero por lo menos dos de ellos regresaron y siguieron al populacho a corta distancia

en camino hacia el palacio de Caifás. Eran Pedro y Juan. No podían estar lejos de Jesús por mucho tiempo.

Cuando entraron en el salón, Juan encontró un lugar lo más cerca que pudo de Jesús, pero Pedro se unió al grupo que estaba junto al fuego, calentándose por lo fresco de la noche y tratando de fingir. Es una historia conocida. Pero casi nunca nos detenemos a considerar cuidadosamente los pasos tomados por Pedro para ubicarse en una posición donde podía negar a su Señor.

El primer paso llegó cuando Jesús trató de advertirle a Pedro de su peligro. Jesús le había dicho: «Todos vosotros os escandalizaréis de mí esta noche; porque escrito está: Heriré al pastor, y las ovejas del rebaño serán dispersadas».

Pero Pedro respondió: «Aunque todos se escandalicen de ti, yo nunca me escandalizaré».

Jesús dijo: «De cierto te digo que esta noche, antes que el gallo cante, me negarás tres veces».

Pedro insistió: «Aunque me sea necesario morir contigo, no te negaré» (Mateo 26:31-34). Se sentía seguro de sí mismo. Se sentía fuerte. Estaba seguro de que tenía suficiente fuerza de voluntad y espina dorsal para tomar la decisión adecuada y respetarla hasta su máxima

consecuencia. Se consideraba un hombre disciplinado, uno en quien Jesús podía confiar. No se percataba del peligro inminente. Ese es el primer paso que cualquiera puede tomar para negar a su Señor.

El segundo paso hacia la negación fue ceder a la tentación de dormir cuando debió haber estado orando. Es un paso fácil de tomar cuando uno se siente autosuficiente. ¿Quién necesita orar cuando cree poder hacer todo por sí mismo? ¿Quién necesita un poder superior cuando tiene suficiente poder y fuerzas propias? Me gustaría proponer que la razón principal por la cual la mayoría de los cristianos no pasan demasiado tiempo en oración es porque creen que no necesitan tanta ayuda de Dios. Viven muy bien sin su ayuda. Se les hace fácil darse la vuelta y conseguir una horita más de sueño en la mañana en vez de pasar tiempo en comunión con Cristo, porque no sienten que necesitan tanto de la oración. Y eso conduce al siguiente paso.

El tercer paso que dio Pedro fue querer pelear sus propias batallas. Sentía que era suficientemente grande para hacerle frente al enemigo con sus propias fuerzas. Le hizo frente a la turba entera sólo con su espada. Lo único que logró cortar fue una oreja, y ni siquiera era una oreja

demasiado importante, ¡excepto para el siervo del sumo sacerdote, el dueño de la oreja!

Cuando nos separamos de la fuente de poder, se nos olvida que jamás debemos luchar solos con el enemigo. Se nos olvida que Dios es el único que puede librar nuestras batallas por nosotros. Es el único suficientemente fuerte para hacerlo. Y cuando comenzamos a blandir nuestras espadas, el resultado inevitable es la vergüenza y la derrota.

El cuarto paso que dio Pedro aquella noche fue tratar de salvarse a sí mismo. Jesús no se le unió a Pedro para ayudarlo a pelear sus batallas de la manera como él esperaba. Así que salió corriendo. Si Jesús no era suficientemente fuerte para salvarlo, entonces valdría más salvarse a sí mismo. Y Pedro salió corriendo en la oscuridad.

El quinto paso dado por Pedro fue seguir a Jesús de lejos. Había sufrido su confianza en Jesús. No estaba listo para apartarse completa y permanentemente de Cristo, pero ahora tenía más cuidado. No quería acercársele demasiado. Deliberadamente quería mantener cierta distancia entre Cristo y él. Así que lo siguió de lejos.

Pero la noche estaba fría. La noche siempre es fría cuando nos hallamos lejos de Jesús. ¿Ya descubrió esto? Así que Pedro dio el sexto paso, al buscar calor y confort a la manera del mundo. Se unió al resto de la turba junto al fuego, tratando de calentarse allí. Sin embargo, se encontró extrañamente incómodo en ese medio, que lo llevó a tomar el siguiente paso, el séptimo, de asumir una falsa identidad. No encajaba muy bien. Mientras que el resto de los malvivientes se reían cuando maltrataban a Jesús, Pedro se dio cuenta que quería llorar. Pero eso atraería la atención hacia su persona y los demás se darían cuenta que en realidad no era uno de ellos. Así que se rio más fuerte que los demás. Cuando los otros proferían maldiciones y chistes, el espíritu de Pedro se sacudía. Estaba jugando un papel y no lo hacía muy bien, ya que no pasó mucho tiempo sin que lo descubrieran.

Y ese fue el último paso de la negación de Pedro. Cuando una persona se ha separado de Jesús y encuentra calor y aceptación en el mundo, y alguien pregunta: «¿No eres uno de ellos?», instantáneamente contesta: «¡No, no lo soy!» Cuando le llegó la lumbre a Pedro y los demás lo señalaron con el dedo, él comenzó a maldecir y negar con juramento que jamás había conocido a Jesús.

Súbitamente, Jesús volvió la cabeza y miró a Pedro. Se dio vuelta en el lugar donde lo empujaban, golpeaban y apretaban. Jesús -con su corona de espinas y la sangre que se deslizaba lentamente-, se volvió para mirar a Pedro. Hay diferentes clases de miradas. Cuando Jesús miró a Pedro, no le dirigió una mirada de ira ni disgusto. Fue una mirada de compasión y amor por su pobre discípulo.

Probablemente no reclamaríamos a Pedro como discípulo de Jesús en ese momento. El mismo Pedro lo negaba. Pero Jesús vio que él seguía siendo suyo. Pedro no era hipócrita. Cuando dijo que moriría por Jesús, lo dijo con convicción. Pero era débil. Y a Pedro, el enemigo lo había alejado de Jesús paso a paso, lejos de su lado, de confiar plenamente en él. Pedro ni siquiera había notado el proceso hasta ese momento. El diablo siempre trabaja de esa manera. No nos conquista de un salto gigantesco para lanzarnos al precipicio. Sabe que veremos el peligro y que acudiremos inmediatamente a Jesús. Así que nos lleva desde aquí hasta allá, y luego más allá, paso a paso que parecieran ser inocentes, para que no nos percatemos del peligro.

Jesús miró a Pedro con amor, desilusión y tristeza. Si había un momento en que él necesitaba a un amigo, era

ahora. Si alguna vez necesitó a alguien que le dijera que todavía estaba con él, que todavía estaba de su parte, era ahora. Es por eso por lo que el más grande dolor al corazón de Jesús le llegó esa noche, cuando uno de sus mejores amigos negó conocerlo.

Cuando la mirada de Pedro se cruzó con la de Jesús, un río de recuerdos acudieron a su mente. Recordó el momento de su llamamiento al lado del mar, cuando Jesús le dijo que lo haría pescador de hombres. Recordó la noche en el lago cuando casi se ahogaba por su presunción, pero Jesús estiró la mano y lo rescató.

Recordó cómo lo rescató Jesús cuando surgió el problema sobre el impuesto del templo. Recordó cómo pocas horas antes, Jesús le lavó los pies, explicándole pacientemente la razón de sus acciones. Recordó cómo Jesús le dijo: «Simón, Simón, he aquí Satanás os ha pedido para zarandearos como a trigo; pero yo he rogado por ti, que tu fe no falte» (Lucas 22:31-32).

Cuando Pedro vio el rostro pálido y sufriente de Jesús, los labios temblorosos, las gotas de sangre, no pudo soportar más. Se apartó de la escena, atravesó corriendo el patio, y fue por las calles oscurecidas de Jerusalén. Llegó hasta el portón dorado, bajó corriendo la colina y cruzó el

arroyo Cedrón. Subió corriendo por el otro lado hasta llegar al jardín de Getsemaní y buscó en la oscuridad hasta llegar al lugar donde Jesús había orado y llorado y sudado gotas de sangre esa misma noche. Y Pedro cayó al suelo, deseando la muerte. Sabía que de todo el dolor que había soportado Jesús esa noche, lo que él había hecho fue lo que más le dolió. Ese dolor atravesó el mismo corazón de Pedro.

Pedro nunca más fue el mismo después de esa noche en el jardín. La crisis de su vida había pasado. El amor y perdón de Jesús le infundieron esperanza y en adelante pudo hablar con seguridad de las buenas nuevas, de lo que Jesús estaba dispuesto a hacer hasta por el más débil de sus hijos.

Hubo otro esa misma noche que deseó la muerte, sólo que éste logró su deseo. Su nombre era Judas. Es probable que Judas haya sido el más inteligente de los doce discípulos. Había comprendido lo que Jesús quería enseñar acerca del tipo de reino que planeaba fundar, pero lo abandonó todo después del último y desesperado intento de forzar a Jesús a seguir su propio plan de acción. Cuando alimentó a las multitudes, Judas trató de presionar a Jesús a que fundara su reino con poder terrenal. Ahora

nuevamente trató de forzarlo a acceder al trono. ¿Alguna vez ha peleado para que Jesús ocupe el trono de su vida?

Judas había ideado un plan maestro. En realidad, iba más allá de las 30 piezas de plata que recibió de los dirigentes judíos. Su verdadero propósito era obligar a Jesús a que estableciera su reino terrenal, que se auto coronara en el trono. Pensó que, si entregaba a Jesús en manos de los dirigentes religiosos, lo obligaría a obrar un milagro para salvarse a sí mismo, y, por lo tanto, el reino de Jesús como el nuevo Mesías sería establecido. Judas estaba convencido de que, por respeto a sus métodos ingeniosos, Jesús lo nombraría primer ministro.

Todo iba bien hasta el momento en que Judas traicionó al Señor con un beso. Entonces dijo a los sacerdotes y dirigentes, «al apresarlos, trátenlos bien». Él esperaba que Jesús venciese a sus enemigos, se liberase a sí mismo y a sus discípulos y ocupase el trono de Israel.

Pero lo que Judas observó a la distancia fue que se llevaron a Jesús como a un cordero al matadero. Vio atadas sus manos. Vio cómo abusaban de él y cómo se burlaban de él en el juicio ante Caifás. Cuando el juicio hubo concluido, un sentimiento de desesperación y temor se

apoderó de él, sabiendo que había enviado a Jesús a la muerte.

Luego vino uno de los momentos más dramáticos en el juicio de Jesús. Judas no aguantó más. La escena se describe en el libro «El Deseado de todas las gentes»: «De repente, una voz ronca cruzó la sala, haciendo estremecer de terror todos los corazones: ¡Es inocente; perdónale, oh, Caifás! Se vio entonces a Judas, hombre de estatura alta, abrirse paso a través de la muchedumbre asombrada. Su rostro estaba pálido y desencajado, y había en su frente gruesas gotas de sudor. Corriendo hacia el sitio del juez, arrojó delante del sumo sacerdote las piezas de plata que habían sido el precio de la entrega de su Señor. Asiéndose vivamente del manto de Caifás, le imploró que soltase a Jesús y declaró que no había hecho nada digno de muerte. Yo he pecado -gritó otra vez Judas-, he entregado sangre inocente» (DTG 669).

Entonces se echó a los pies de Jesús y le suplicó que se salvara a sí mismo. Pero la respuesta de Jesús fue: «Para esta hora he venido al mundo».

Y bien, ya saben el resto de la historia. Más tarde, en el camino al Calvario, la turba se detuvo abruptamente

donde yacía el cuerpo quebrantado de Judas, separado de la soga que había usado para ahorcarse.

El juicio ante Caifás se cerró rápidamente después de la confesión de Judas ante la asamblea. Su reconocimiento de culpa al traicionar a Jesús había puesto al sumo sacerdote en una situación incómoda, y Caifás estaba ansioso de escapar de las miradas indagadoras y la vergüenza.

Ya había llegado la mañana y lo que quisieran lograr, debían hacerlo rápidamente. Era viernes, el inicio de la Pascua, y el espíritu impulsivo de las masas que les había ayudado hasta el momento comenzaba a tranquilizarse. Si se vieran en la obligación de esperar hasta después del sábado, tendrían pocas esperanzas de ver cumplidas sus metas.

Así que el juicio de Jesús ante los máximos dirigentes religiosos del pueblo escogido de Dios llegó a su fin. Estos sacerdotes y ministros de su propio templo lo examinaron y lo condenaron. Ahora lo declararon digno de muerte. ¡Asómbrense, oh cielos, sorpréndete, oh tierra!

CAPÍTULO 20: CÓMO TRATÓ PILATO A JESÚS

Llevaron a Jesús de casa de Caifás al pretorio. Era de mañana, y ellos no entraron en el pretorio para no contaminarse, y así poder comer la pascua» (Juan 18:28).

¡Qué escena tuvo que presenciar el universo! ¡Cómo trajeron a juicio al Juez de toda la tierra! ¡Cómo lo arrastraron y empujaron por todo el camino hasta la sala de juicio de Pilato: Aquel que creó los cielos y la tierra! El mismo Creador que mantenía latiendo los corazones de sus acusadores en los mismos instantes que ellos lo maltrataban.

Pero allí permaneció callado. Bien sabía que llegará el día cuando esas mismas personas estarán en el banco de los acusados frente a él y tendrán que escuchar la sentencia que se pronunciará sobre ellos, en el momento cuando él se constituya en el Juez del universo.

¿Alguna vez se ha sentido preocupado por el día del juicio? ¿Alguna vez ha sentido miedo y tal vez ha tratado de no pensar sobre el asunto, porque el sólo pensar en ello

lo ha inquietado? Mientras espera el día del juicio conviene que recuerde algunos asuntos alentadores.

Primero, no olvide que será juzgado justamente. Cuando trajeron a Jesús ante el tribunal, él hizo frente a esa experiencia con el conocimiento de que no sería juzgado con justicia. Sabía que los que lo acusaban estaban buscando una excusa para condenarlo. Aún más, que, al no encontrar un pretexto válido para condenarlo, lo condenarían de todas maneras con falsos cargos. La corte, ante la cual fue juzgado, era corrupta y estaba podrida hasta los huesos. Lo que realmente tenían en contra de Jesús era el reproche de su vida inmaculada que incomodaba a aquellos infelices pecadores.

Con todo, ni una sola voz se levantó en su defensa. Se esfumó la esperanza de que lo hallaran inocente, de acuerdo con los estándares corruptos del juicio.

Cuando a usted lo traigan a juicio, será juzgado con justicia. ¿Esas son buenas o malas noticias? ¿Es usted inocente o culpable? ¿Es un pecador o no? Si tuviera que comparecer ante una corte justa, para determinar si ha sido pecador o no, ¿cuál sería el veredicto? ¡Con razón, frecuentemente anticipamos el día del juicio con aprensión y preocupación. Sabemos que, si se nos juzga justamente,

seremos condenados! Seremos hallados culpables. No existe ni la menor esperanza de que se nos halle inocentes, cuando seamos medidos por la ley de Dios, la cual será la norma del juicio.

¡Pero avance, no se detenga! Hay un segundo punto que debe tener en mente al considerar el juicio. Cuando Jesús fue llevado a juicio, tuvo que hacerle frente al tribunal solo. Nadie estuvo de su lado. Nadie lo defendió contra los cargos que le hacían. La parte acusadora estaba allí con todo su peso, sin embargo, no tenía abogado defensor.

Habrán acusaciones cuando estemos ante el tribunal de Dios. Pero tendremos un Defensor, un Abogado ante el Padre, a Cristo Jesús, el justo. No estaremos solos frente a las acusaciones del enemigo. Habrá Uno que estará a nuestro lado. Uno que no sólo fue tentado como nosotros, sino que también fue enjuiciado y condenado. Jesús pagó la pena que no merecía, a fin de colocar su propia justicia en nuestra cuenta para que podamos ser hallados sin falta, que es lo que él merecía. Él fue juzgado por nosotros. Él fue condenado por nosotros. Él fue castigado por nosotros.

Y por supuesto, lo último que necesitamos recordar cuando pensamos acerca del juicio venidero es que el mismo Jesús, nuestro Defensor, fue juzgado por nosotros

y castigado por nosotros. Él también será nuestro Juez. ¿Qué más pudo hacer para asegurarnos toda oportunidad de perdón?

Pero para él, aquel día ante Pilato, no hubo esperanza de perdón, no hubo misericordia, no hubo justicia. Los líderes judíos que lo llevaron a rastras ante Pilato ni siquiera quisieron entrar al tribunal. Querían estar ceremonialmente limpios para la Pascua, que señalaba la muerte de Jesús por ellos. Por lo cual insistieron en que se lo condenara a muerte en el patio a fin de que pudieran llegar a casa a tiempo para comenzar el fin de semana de la Pascua. El pecado hace cosas extrañas para nuestro razonamiento humano, ¿verdad?

«Entonces salió Pilato a ellos, y les dijo: ¿Qué acusación traéis contra este hombre? Respondieron y le dijeron: Si éste no fuera malhechor, no te lo habríamos entregado» (Juan 18:29-30). En otras palabras, ¡No nos cuestiones! ¡Nosotros somos responsables aquí! Somos los líderes de esta nación. ¿Acaso no sabes con quién estás hablando?

«Entonces les dijo Pilato: Tomadle vosotros, y juzgadle según vuestra ley». Es decir, si ustedes son lo que dicen ser, entonces, ¿por qué lo traen a mí? «Y los judíos le dijeron: A nosotros no nos está permitido dar muerte a nadie; para

que se cumpliera la palabra que Jesús había dicho, dando a entender de qué muerte iba a morir.

Entonces Pilato volvió a entrar en el pretorio, y llamó a Jesús y le dijo: ¿Eres tú el Rey de los judíos? Jesús le respondió: ¿Dices tú esto por ti mismo, o te lo han dicho otros de mí? Pilato respondió: ¿Soy yo acaso judío? Tu nación, y los principales sacerdotes, te han entregado a mí. ¿Qué has hecho? Respondió Jesús: Mi reino no es de este mundo; si mi reino fuera de este mundo, mis servidores pelearían para que yo no fuera entregado a los judíos; pero mi reino no es de aquí» (vers. 31-36).

Nótese particularmente la frase: «Mi reino no es de este mundo; si mi reino fuera de este mundo, mis servidores pelearían». Judas había decidido poner a Jesús en el trono a la fuerza, aunque tuviera que pelear para lograrlo. Ese era su estilo. Él creía que debía pelear por lo que deseaba. Creía en hacer un esfuerzo personal para que las cosas sucedieran. No creía en esperar para que Dios obrara. Quería hacerlo todo por su cuenta.

La respuesta de Jesús a este tipo de tendencias fue: «Mi reino no es de este mundo; si mi reino fuera de este mundo, entonces mis servidores pelearían». En vista de que su reino no era de este mundo, sus siervos no debían

pelear para lograr sus metas. ¡Cómo! ¿Será que nosotros no debemos pelear para traer victorias al reino espiritual?

Si rastreamos el uso de la palabra «reino» en los Evangelios, descubriremos que Jesús habla de uno de dos reinos, del reino de la gracia o del reino de la gloria. Usó el término reino, o reino de los cielos, repetidas veces. Sus parábolas frecuentemente comenzaban con las palabras: «El reino de los cielos es ...»

El reino de la gracia incluye tanto el perdón de Dios como su poder. Y los siervos de Dios no deben pelear por ninguno de estos dones. No podemos hacer méritos ni ganarnos el camino al cielo. Tampoco podemos pelear para obtener la victoria o la obediencia.

Si el reino de Jesús fuera de este mundo, sus siervos tendrían que pelear contra el pecado y el diablo, pelear para obedecer, pelear para rendirse, pelear para obtener la victoria. Pero Jesús dijo: «Mi reino no es de este mundo».

Las bendiciones del reino celestial deben recibirse como dones. El perdón es un don. El arrepentimiento es un don. La victoria es un don. La obediencia es un don. Y uno no debe pelear por lo que se nos da como don.

Pedro no había comprendido esto. Primero blandió su espada y luego huyó de Jesús cuando vio que la pelea no era la respuesta. Ahora yacía con el rostro en el polvo, en el jardín, deseando morir.

Judas no lo había comprendido. Ahora estaba muerto debajo de la rama de un árbol en el camino al Calvario. Pilato no lo había comprendido y decidió prestar atención al clamor de la turba en vez de escuchar las suaves palabras de Jesús, quien le ofreció el don de un reino donde las peleas serían innecesarias. Luego trató de evadir la decisión dolorosa al enviar a Jesús a Herodes, quien tampoco comprendió la naturaleza del reino de Dios. Pilato decidió pasarle el paquete a Herodes.

«Herodes, viendo a Jesús, se alegró mucho, porque hacía tiempo que deseaba verle; porque había oído muchas cosas acerca de él, y esperaba verle hacer alguna señal. Y le hacía muchas preguntas, pero él nada le respondió. Y estaban los principales sacerdotes y los escribas acusándole con gran vehemencia. Entonces Herodes con sus soldados le menospreció y escarneció, vistiéndole de una ropa espléndida; y volvió a enviarle a Pilato» (Lucas 23:8-11).

La primera vez que leí esta historia, me puse muy feliz. Herodes era el mismo que mató a Juan el Bautista, quien en ocasión de su fiesta y en medio de su borrachera hizo un juramento descabellado a Salomé. ¡Así que, por mucho tiempo, pensé que era un signo de buen cristianismo, sentir gozo por el trato frío que Herodes recibió de parte de Jesús aquel día! ¡Así se debe tratar a Herodes, Señor! ¡Que reciba su merecido! Ignóralo. Humíllalo, sé vindicativo. Me dio gusto saber que ignorarlo de esta manera, habría sido el peor golpe que pudo haber recibido Herodes.

Pero luego comprendí que Jesús no se comporta de esa manera. Jesús vino a morir por Herodes, lo mismo que por ti y por mí. Por lo tanto, observamos, Jesús no tenía un plan beligerante, mediante el cual tratara de vengarse de Herodes. Lo vemos con un leve temblor en el mentón, mientras lágrimas silenciosas ruedan por sus mejillas, porque otro de sus hermosos seres creados y amigos lo ha rechazado. Vemos a Jesús con el corazón quebrantado, que acepta tristemente la decisión que Herodes ha tomado.

¿Por qué rechazó Herodes a Cristo? ¡Porque también rechazó el espíritu de profecía! (Aunque parezca extraño surge de manera natural este tema en este lugar.) Como

recordarán, Juan el Bautista fue uno de los más grandes profetas de todos los tiempos. En realidad, según el registro del Evangelio, Juan el Bautista fue más que un profeta. Se lo llamó el mensajero del Señor. Y el trágico fin de la historia de Herodes advierte que cuando se menosprecia al mensajero del Señor, y se trata con hostilidad a los profetas, de la misma manera también se tratará al Señor. Las dos actitudes siempre van de la mano.

«Si no oyen a Moisés y a los profetas, tampoco se persuadirán, aunque alguno se levantara de los muertos» (Lucas 16:31). Herodes había rechazado la verdad que le fue pronunciada por un profeta, y ningún otro mensaje se le iba a dar. Jesús aceptó la decisión de Herodes, porque ya no había manera de llegar a su corazón.

Airado y humillado, Herodes envió a Jesús nuevamente a la corte de Pilato. Retomemos la historia en Mateo 27. En esta ocasión, la Sra. Pilato entra en el cuadro. «Y estando sentado en el tribunal, su mujer le mandó decir: no tengas nada que ver con ese justo; porque hoy he padecido mucho en sueños por causa de él» (Mateo 27:19).

Tal vez pudo haber sido semanas o aun meses antes. Pilato y la Sra. Pilato, desayunaban juntos. Él comía sus roles de canela y tomaba su cereal, mientras su esposa le

leía el periódico. ¡Tenía en sus manos el Times de Jerusalén! Sus ojos recorrieron rápidamente los titulares y después de leer todo lo referente a Jesús de Nazaret puso al tanto a su esposo de lo que había leído. Sin duda ya había oído hablar recientemente acerca de Jesús y tenía un lugar especial para él en su corazón. De seguro andaba en busca de la verdad.

Ella era la clase de persona con la que Dios podía comunicarse a través de un sueño, el cual le causó mucho sufrimiento. Vio a Jesús ante el tribunal. Vio que su esposo no lo soltaba, como debería haberlo hecho. Vio la cruz del Calvario y el cuerpo lacerado de Jesús, levantado entre los cielos y la tierra. Escuchó su clamor, «Consumado es». Luego vio más hacia el futuro. Contempló el momento cuando Jesús regresará a la tierra con poder y majestad. En ese momento despertó súbitamente y le envió el mensaje urgente a su esposo, advirtiéndole acerca del error que estaba a punto de cometer.

Pero Pilato siguió adelante, deseando encontrar la manera de liberar a Jesús y apaciguar a la turba airada. Pero finalmente cedió a la presión y entregó cobardemente a Jesús para tratar de obtener la aprobación del pueblo. Volvamos nuevamente a Juan 18. Pilato hace el

último intento con la turba y sus dirigentes. Dice: «Pero vosotros tenéis la costumbre de que os suelte uno en la pascua. ¿Queréis, pues, que os suelte al Rey de los judíos? Entonces todos dieron voces de nuevo, diciendo: no a éste, sino a Barrabás. Y Barrabás era ladrón» (Mateo 18:39-40).

Fulton Oursler, en su libro, *The Greatest Story Ever Told* [La historia más grandiosa jamás contada], describe a Barrabás como un zelote, un hombre punzante contra Roma. Era un ladrón y asaltante muy temido. Pero los dirigentes religiosos escogieron a Barrabás, lo que en esencia era escoger la anarquía. Al preferir a Barrabás, elegían a uno que no creía en el cumplimiento de la ley. Elegir a Jesús involucraba respeto a la ley de Dios, obediencia y superación. Los mismos problemas han surgido sutilmente en la iglesia de hoy. Nuevamente nos encontramos frente a la decisión de elegir entre Cristo y Barrabás. ¿A quién escogeremos? ¿Hemos aceptado el compañerismo y comunión con Cristo como un estilo de vida; como el método para recibir sus dones de perdón y victoria? ¿O preferimos a Barrabás, lo cual implica pelear nuestras batallas, además de conformarnos con la creencia de que no necesitamos obedecer? La gente de Israel tomó su decisión. Escogieron a Barrabás. Nunca se retractaron de esta decisión.

«Entonces los soldados del gobernador llevaron a Jesús al pretorio, y reunieron alrededor de él a toda la compañía; y desnudándole, le echaron encima un manto escarlata, y pusieron sobre su cabeza una corona tejida de espinas, y una caña en su mano derecha; e hincando la rodilla delante de él, le escarnecían, diciendo: ¡Salve, Rey de los judíos! Y escupiéndole, tomaban la caña y le golpeaban en la cabeza. Después de haberle escarnecido, le quitaron el manto, le pusieron sus vestidos, y le llevaron para crucificarle» (Mateo 27:27-31).

Y Jesús, el Creador del universo, que en un instante podría haber llamado a diez mil ángeles para que lo auxiliaran y lo liberaran de esta horrible escena, se mantuvo sujeto a la muerte y muerte de cruz, por su bien y por el mío.

CAPÍTULO 21: EL CAMINO DE LA CRUZ

Imagínese que usted es Simón. Ha recorrido un largo camino para llegar a Palestina. Su hogar está en el Norte de África; pero usted, su esposa y sus dos hijos, Alejandro y Rufas, viven cerca de Jerusalén. En este día específico, se dirige hacia la ciudad temprano por la mañana. Esto es poco común. Como ya saben, las personas en esta parte del país trabajan fuera de los muros de la ciudad durante el día, labrando la tierra, y regresan por la noche a la seguridad de los muros de la ciudad. Tal vez en esta ocasión se le olvidó el azadón u otra herramienta que necesitaba para su trabajo. Y entra a la ciudad apenas a tiempo para encontrarse con una extraña procesión.

Puede ver soldados que tratan de controlar a la turba, sacerdotes y dirigentes con sus largas túnicas, y personas de todas las posiciones sociales. Todos siguen a tres hombres que cargan sus cruces. Observa a nueve hombres que siguen a la multitud a corta distancia; la tristeza y la vergüenza se dibujan en sus rostros.

Examina detenidamente a los tres hombres que obviamente son los condenados. Dos son ladrones: hombres rudos, con musculatura bien desarrollada y

rostros ásperos; luchan continuamente con los soldados que los obligan a avanzar. Están bien capacitados para soportar la carga que les han puesto sobre los hombros.

El tercero también es fuerte, bien dotado y musculoso. Ha trabajado la mayor parte de su vida en el taller de carpintería, sin la ayuda de herramientas de alto poder. Pero se percibe algo diferente en él. Tiene una expresión en el rostro que llama la atención.

Lo han golpeado duramente y se ve abatido. Su rostro evidencia que ha pasado por una experiencia que los otros dos obviamente no han soportado. No le han dado alimentos ni agua desde el día anterior. Ha luchado solo con los poderes de las tinieblas en el jardín de Getsemaní. Lo han juzgado no menos de siete veces. La turba atrevida lo ha golpeado abusivamente. Dos veces lo han azotado. Y ahora, su naturaleza humana no puede más. Frente a sus propios ojos, cae desfallecido bajo el peso de la cruz.

De los nueve hombres que son sus seguidores, seguramente uno de ellos se adelantará en el momento más crítico para él. Tres de los doce que conformaban su grupo no están allí. Uno yace muerto y quebrantado al pie de un árbol a corta distancia. Otro, todavía está tendido en el jardín llamado Getsemaní, con el corazón quebrantado

por haberlo negado como su mejor Amigo. El tercero llegará un poco después, para nuestra sorpresa y gozo.

Pero estos nueve hombres permanecen detrás de la multitud. Están llenos de tristeza y agobiados por la desilusión. Se mantienen a la distancia. Están llenos de tristeza por el dolor de su Maestro, pero aun así mantienen su distancia. El miedo y la vergüenza los dominan. Ninguno de ellos está dispuesto a ofrecerle su apoyo.

Y usted, Simón, queda sorprendido y consternado. Usted no es de los que se amilanan. No se queda callado. Así que exclama: «¡Esto es increíble! ¿Por qué no hay nadie que ayude a ese hombre?» Los soldados escuchan su comentario. Realmente no sabían qué hacer. Es obvio para todos los observadores que Jesús ya no puede seguir llevando su cruz. A duras penas podría sostenerse de pie aun sin el peso adicional del madero. Así que los soldados gustosamente lo toman por la fuerza a usted y colocan la cruz de este Hombre sobre sus hombros.

Tal vez su primera impresión es pensar, Pues, me lo merecía por haber abierto la boca. Pero al tomar la cruz y unirse a la procesión, escucha el nombre de Este, que despierta su simpatía. Es Jesús. ¡Jesús! Recuerda que sus dos hijos, Alejandro y Rufas, le han contado mucho acerca

de este Hombre. Ellos ya lo habían visto. Escucharon sus enseñanzas. Llegaron a casa con los rostros emocionados, diciendo que ellos creían que él era el Mesías. Usted decidió investigar este asunto algún día, pero ese día nunca llegó. Ahora, lo obligan a llevar su cruz.

En este momento me gustaría hacer una pausa en la historia. Me gustaría preguntar a mis lectores si alguna vez los han obligado a llevar una cruz. ¿Es usted un miembro de iglesia de segunda, tercera o cuarta generación, cuyos padres y abuelos le han obligado a llevar su cruz? ¿Es usted un joven proveniente de un hogar cristiano a quien obligan a llevar su cruz? ¿Es usted un obrero, ya sea maestro, ministro u otro profesional, que, con el deseo de retener su empleo, se siente obligado a llevar su cruz? Me gustaría recordarle que no todo es negativo. Por favor, no pierda de vista las bendiciones de Simón al continuar con la historia.

Usted sigue cargando la cruz hacia el Calvario, y comienza a mirar a la gente de la multitud. Los sacerdotes y dirigentes se han confabulado con lo más bajo de la sociedad, insultando y mofándose de Jesús en su misma cara. Abuchean y gritan como el resto de la gentuza. Los soldados con sus látigos y espadas siguen tratando de

mantener a la procesión en marcha, aunque usted nota que frecuentemente uno de ellos se da vuelta para mirar a Jesús y no le quita la mirada de encima.

La turba está compuesta mayormente por ese tipo de personas que gustan de las emociones fuertes, sin importar la fuente. Son de los que pueden formar parte de la procesión triunfal un día, gritando «¡Hosanna al Rey!», y luego unirse a otra gritando «¡Crucifíquene!», sólo porque es popular hacerlo. Son los que siempre se identifican con las corrientes populares. No piensan por ellos mismos, simplemente siguen voces, y se unen a ellas para gritar más fuerte en un momento dado.

Hay algunos que fueron sanados por Jesús, lo cual comprueba que se requiere más que un milagro para convertirse de corazón. Algunos llevaron a sus seres amados a Jesús y recibieron la ayuda que él jamás rehusó darles. Pero ahora, simplemente forman parte de la turba, se pierden en la muchedumbre.

La procesión se detiene. Cerca de allí hay un grupo de mujeres, mujeres con una naturaleza sensible. Mujeres de cuyos ojos fluyen lágrimas espontáneamente cuando se enfrentan al dolor y la tristeza. Pareciera que estas mujeres

son las únicas en las cuales Jesús se fija. Se detiene a conversar con ellas.

Nos gustaría pensar que eran verdaderas creyentes en Jesús, que lo aceptaron como Mesías y lloraban por él porque lo amaban como su Señor y Salvador. Pero la evidencia indica que simplemente lloraban por el drama y la emoción del momento. Es posible llorar hoy, si se presiona el botón indicado del sistema nervioso. Las lágrimas pueden fluir y luego dejar de hacerlo, y la persona permanece igual. Tal vez es por eso por lo que Jesús les dijo: «No lloren por mí, lloren por ustedes mismas y por sus hijos». Él trata de ir más allá de la emoción del momento, hacia la verdadera necesidad de sus corazones.

De repente, usted ve al tercero de los discípulos que faltaban. Es Juan el discípulo que siempre ha estado allí, al lado de Jesús. Él no ha abandonado a Jesús en el tiempo de crisis. Está apoyando a María, la mamá de Jesús, en el momento que más lo necesita. Es posible que Juan hubiese llevado la cruz de Jesús si no hubiera emprendido esta otra tarea. Ahora camina con María mientras ella avanza lo más cerca que puede de su Hijo.

Usted observa a María unos momentos. Su rostro está cubierto de lágrimas. Se recarga sobre Juan, en busca de

apoyo, pero sigue con determinación las pisadas de su Hijo amado. Tal vez esté recordando aquel día cuando se le apareció el ángel con el mensaje de que pronto le nacería un hijo. Tal vez aflora a su mente cuando era un niño de ocho años, con un rollo de las Escrituras debajo del brazo, que se dirige hacia las colinas temprano por la mañana para pasar unos momentos de comunión continua con su Padre celestial. Tal vez recuerda el día cuando él cierra la carpintería, se despide de ella con un beso, y sale en una extraña misión. Quizá recuerde, con el corazón quebrantado, sus palabras que profetizaron este evento. Tal vez recuerde las palabras de Simeón en el templo: «Este está puesto para caída y para levantamiento de muchos en Israel, y para señal que será contradicha y una espada traspasará tu misma alma» (Lucas 2:34-35). En este instante, la espada penetra dolorosamente.

Pero por todo el camino, usted observa más a Aquel cuya cruz carga sobre sus hombros. Se le deshace el corazón al ver la intensa agonía que sufre. Puede ver su paso inseguro, su forma encorvada, sus gotas de sangre que fluyen sin cesar. Puede ver la mirada de paz y aceptación aun entre tanto dolor. Puede ver su disposición a recorrer el camino del Calvario.

Los ladrones luchan y tratan de escapar. Los soldados deben vigilarlos diligentemente y mantenerlos en línea. Pero éste, cuya cruz usted lleva, es diferente. Él camina por su propia voluntad, aun cuando sólo puede poner un pie frente al otro. Usted no puede menos que mirar y maravillarse hasta llegar al destino final.

Los soldados romanos tuvieron que dominar a los ladrones para colocarlos sobre su cruz. Pero Jesús humildemente se somete, se acuesta y estira los brazos sobre la cruz mientras los soldados van en busca del martillo y los clavos. Se oyen los sollozos de su madre, las maldiciones de los ladrones y los soldados y los insultos de la turba. Luego se escucha la dulce voz de Jesús, y usted se acerca para oírla. Escucha que dice: «Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen».

De repente su corazón se quebranta con amor por este hombre. Y usted clama: «Padre, perdóname a mí también. Perdóname por esperar. Perdóname por postergar el momento de conocer más a este Hombre. Perdóname por dudar cuando mis hijos me hablaron acerca de Jesús. Y perdóname por el resentimiento que tuve cuando me obligaron a cargar su cruz».

Y luego lo mira con ojos llorosos, y él le dice: «Gracias, Simón. Gracias por llevar mi cruz».

Y usted lo mira a él y le dice: «Gracias a ti. Gracias, Señor».

Al terminar este recorrido, usted ha podido percibir algo de la manera como trató Jesús a las personas. Y también ha observado cómo trataron a Jesús las personas. Al final, sólo quedan dos opciones: Usted puede estar con los soldados que clavan a Jesús en la cruz, crucificándolo una vez más. O puede estar con Simón, cargando su cruz. ¿Por cuál opción se decide?